Sophie Saint Rose



Mi otra cara de la moneda

Mi otra cara de la moneda

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo

descargaepub.com

Capítulo 1

Emelie recogió su ropa y la metió en la bolsa de la lavandería a toda prisa. Miró a su alrededor asegurándose de que no le quedaba nada y asintió satisfecha antes de cargarse la bolsa en el hombro para ir a la puerta de su apartamento. Al abrir gimió por dentro al ver a su vecina, la señora Ratchford, a punto de entrar en su casa. Forzó una sonrisa apartando un rizo castaño de la frente. —Buenos días.

—¿Otro día sin ir a trabajar? —preguntó irónica metiendo la llave en la cerradura.

Se sonrojó. —Estoy de vacaciones.

—Ah, yo pensaba que ya te habían echado. Como a ti los trabajos te duran tanto…

Hala, otra pullita. —Pues no, no me han echado. De hecho, en este trabajo he durado tanto que hasta me han dado vacaciones. —Molesta fue hasta el ascensor para oírla decir algo por lo bajo. Entrecerró sus preciosos ojos azules y la miró sobre su hombro. —¿Qué ha dicho?

—¿Yo? Nada. Que pases un buen día.

—Oiga, ¿se cree que soy tonta o sorda? ¡Ha dicho que para la mierda de trabajo que tengo, más valía que me despidieran! ¿Pero usted quién se cree que es?

—Ah, ¿pero no lo sabes? La dueña de este edificio.

Se quedó de piedra. —¿Qué?

La miró con desprecio abriendo su puerta. —Vete a hacer la colada.

—¡No, un momento! ¡Me importa muy poco que sea la dueña de esto, a mí me tratará con respeto!

—¡El respeto hay que ganárselo!

Cerró la puerta de golpe haciéndola parpadear. Pero bueno, ¿quién se creía que era para decirle esas cosas? Si no la conocía de nada. Además, ¿cómo sabía ella en qué trabajaba si jamás se habían dirigido más de dos palabras seguidas? Furiosa se acercó a la puerta y gritó —¡Lo mismo digo, bruja con mala leche! ¡El respeto se gana y usted ha perdido totalmente el mío!

La puerta se abrió y ambas se enfrentaron con la mirada. —Te aconsejo que cambies de vida.

Asombrada jadeó. —Pero bueno, ¿qué pasa? ¿Ahora es mi madre? ¡Con mi vida haré lo que me venga en gana!

—¡Deja a esos amigos que tienes, porque solo te traerán problemas! ¡Se ve a la legua!

—¡Métase en sus asuntos, cotilla! ¿Pero de qué va? ¿Es una madre frustrada o algo así? Usted a recoger el alquiler cada mes y no meta la nariz donde nadie le llama. —Cuando la mujer palideció a Emelie se le cortó el aliento al ver que le había dado donde dolía. —¿Señora Ratchford?

Esta forzó una sonrisa. —Tienes razón, no tengo hijos. No pude dárselos a mi marido.

—Lo siento, yo…

—Y no es asunto mío los amigos que tienes, aunque sea evidente que son exconvictos o hijos de drogadictos o…

—¡Son artistas!

—Vaya, una artista frustrada. ¿Por eso trabajas de cajera en un supermercado?

—¡No soy cajera en un supermercado, soy ayudante de un pintor muy reconocido!

—Ayudante… Te has rendido.

—Pero bueno, ¿a usted qué le pasa? ¿Está tan amargada que tiene que meterse en la vida de los demás con sus lecciones de mierda?

—¿Lecciones de mierda? ¡He visto como en el último año no has hecho absolutamente nada con tu vida! Cómo sales con esa panda de inútiles y cómo...

Algo la distrajo tras la mujer y levantó la vista para ver que en el hall de su casa tenía uno de sus cuadros. Uno que había desechado cuando había hecho la mudanza. —Pero que… —Asombrada la miró. —¡Ese cuadro es mío!

—No. —Levantó la barbilla. —Lo tiraste, así que no era de nadie. Ahora es mío.

En eso tenía razón. —¿Le gusta? —preguntó asombrada.

—Los tienes mejores —dijo antes de cerrarle la puerta en las narices.

Confundida se volvió. —Le gusta. Si lo tiene colgado, es que le gusta. —Pensando en ello fue hasta el ascensor y entrecerró los ojos antes de mirar su puerta. —Qué mujer más rara.

Sentada sobre la lavadora no dejaba de darle vueltas. ¿Qué sus amigos eran unos delincuentes? Bueno, a Peter le habían detenido por llevar tres gramos de coca, pero los demás no debían tener antecedentes. Les iba el estilo alternativo, pasaban de los cánones comerciales de estilo que llevaba todo el mundo. Ella era la más normalita. Vaqueros y camiseta, cuanto más simple mejor. El color lo reservaba para sus cuadros. Amanecer azul… Había sido uno de sus primeros cuadros después de salir de la escuela de arte. ¿Que se había rendido? Jamás. Si trabajaba para ese imbécil era para conocer contactos que la ayudaran en su primera exposición. Nunca se rendiría. Puede que le dijeran que su trabajo no valía nada, pero para ella era su vida. Sabía que si había nacido, había sido para eso, para expresar en sus cuadros cómo veía el mundo a través de sus ojos. No, no había dejado de luchar, simplemente últimamente no estaba pintando tanto como debería, pero era algo pasajero. Suspiró porque al menos eso esperaba. Algunas veces había pensado qué ocurriría si nunca vendía un cuadro y había llegado a la resolución de que eso no importaba, nunca dejaría de pintar porque era lo que le hacía feliz. Era lo único que le hacía feliz desde que tenía uso de razón y no importaba que nadie quisiera su trabajo porque ella seguiría expresándose de esa manera.

Pero a alguien sí que le gustaba su trabajo. No era un amigo que le decía casi por obligación que tenía fuerza, esa mujer lo había colgado en el hall de su casa. Lo veía cada vez que abría la puerta y era algo tan increíble que no daba crédito. De repente sonrió sintiéndose genial. ¡Le gustaba su trabajo! ¡Y creía que los tenía mejores! ¿Cuántos habría cogido? ¿Todos? Recordaba haber tirado unos quince. No, seguro que no tenía tantos. Habría escogido los que

más le gustaban. Se moría de curiosidad por saber cuáles eran.

Tomó aire antes de levantar la mano y pulsó el timbre de la puerta. Escuchó los pasos de la mujer sobre el parquet y se pasó las manos por los vaqueros algo nerviosa. La puerta se abrió de golpe y la señora Ratchford parpadeó demostrando que eso no se lo esperaba. —¿Y ahora qué quieres?

—¿Puedo ver qué cuadros ha colgado en su casa?

—¿Perdón?

Se sonrojó. —¿Puedo ver los cuadros que escogió de la basura? Tengo curiosidad por ver los que le han gustado más.

—¿Eso ayudaría a que no desperdiciaras tu vida?

Ni sabía qué decir. —¿Sí?

—No me gusta enseñar mi casa.

—¿Nunca deja entrar a nadie?

—Pues no.

Dejó caer los hombros decepcionada. —Lo entiendo, gracias. —Fue hasta su puerta. —Gracias por nada.

—Muy bien, pasa —dijo como si fuera muy pesada.

La miró ilusionada. —¿De veras?

—Pasa antes de que me arrepienta.

Sonrió pasando ante ella y la mujer cerró la puerta observándola. Emelie contemplaba su obra. —¿Por qué lo ha puesto aquí?

—Me alegra al llegar a casa. —Se acercó. —Me encantan este estilo de pinceladas, solo Van Gogh conseguía este efecto. Bueno, y ahora tú.

—¿Me está comparando con un genio?

—Ven…

La siguió a través de un pasillo lleno de óleos suyos y entraron en un salón enorme. No salía de su asombro. Sobre el sofá había una obra del genio. —Dios mío… —Se acercó. —Es… Es… —La miró. —¡Es auténtico! ¿No es cierto? ¡Es un auténtico Van Gogh!

—¿Por qué no lo gritas más alto para ver si los rateros que viven abajo vienen a apuñalarme para llevárselo?

—¿Habla del que es abogado?

—No hay más ladrón que un abogado. Te sacarían los higadillos si pudieran. —Miró la pintura y sus ojos negros parecía que sonreían. —He estudiado su obra toda mi vida.

—¿De veras?

—Empecé en la universidad. Estudié historia del arte y después he estudiado cada libro que ha caído en mis manos, he asistido a cada conferencia y he analizado cada pincelada de cada una de sus obras. Incluso las que están en colecciones privadas. He dedicado mi vida a su obra, por eso cuando vi tus pinturas en el contenedor me quedé de piedra. —Ansiosa fue hasta la pared

de al lado y cogió uno de sus cuadros. —Mira, hasta la curvatura de la pincelada la haces igual —dijo entusiasmada—. Has heredado algo suyo. No sé qué es, pero si alguien ha pintado algo con un talento como el suyo, esa eres tú, Emelie.

—Bromea. Muchos pintan con esa técnica.

—Muchos pintan así, pero nadie pinta como él. Con la proporción adecuada de pintura, con la sencillez y la complejidad de sus obras. Tienes todo, todo lo que él tenía. Y no solo eso, no eres una imitadora, que he conocido a miles y no te pareces en nada, tu obra es única como lo era la suya.

—Lo que acaba de decir es una contradicción en sí misma.

—Has creado cosas que el genio no creo jamás. Los imitadores repiten, tú creas.

Se le cortó el aliento. —Es muy amable…

—No digas tonterías, niña —le espetó—. No intento darte coba. Intento que te des cuenta de que puedes llegar muy lejos en la pintura. Debes dejar tu trabajo, debes usar todo tu tiempo en crear, en trabajar para dar a conocer tu obra. ¿No te das cuenta? Eres lo que todo el mundo ansía en el arte.

—Si dicen que mi obra es una mierda.

—A él también le rechazaron y mira ahora. ¿Esperas fama? No puedo garantizarla, pero lo que sí te garantizo es que en el futuro gente como yo disfrutará de contemplar tus cuadros, de ver tus sueños, de sentir lo mismo que sientes tú al pintar. Y lo reflejas en cada pincelada.

Miró a su alrededor para ver el resto de sus obras colgadas en el salón. Las quince pinturas estaban en aquella casa. Se quedó de piedra al ver colgado uno de sus antiguos bocetos. —Ha conservado los bocetos.

—Por supuesto. Y a partir de ahora ni se te ocurra tirar nada. Estoy harta de rebuscar en la basura.

Se echó a reír y ella jadeó. —¿De qué te ríes?

—Me la imagino con su collar de perlas saltando al contenedor y no puedo evitarlo.

Gruñó pasándose un mechón de su cabello negro tras la oreja. —Todavía estoy ágil. —Rio más fuerte y la mujer sonrió. —Ha merecido la pena.

Eso le cortó el aliento. —No puede hablar en serio.

—Por supuesto que sí. —Se sentó en el sofá y dio dos golpecitos sobre la seda azul. —Siéntate por favor, quiero saber por qué no te dedicas a ello el cien por cien del tiempo.

—Por dinero —dijo dejándose caer en el sofá.

—Querida, hay que sentarse más delicadamente.

Vio como cruzaba las piernas por los tobillos como si fuera de la realeza. —¿Me está llamando basta?

—Estás un poco asilvestrada.

—¡Oiga!

—Ya empieza —dijo por lo bajo—. Bueno, da igual, así que necesitas el dinero.

—Hay que pagar el alquiler y los cuadros no se comen.

—Eso sería un sacrilegio.

—¿No cree que está exagerando?

Sonrió con ironía. —No me extraña que no confíes en ti cuando nunca te han alentado en desarrollar tu potencial. —Entrecerró los ojos. —¿O me equivoco? ¿Quién te apoya en tu carrera?

—No sé de qué me habla, me apoya mucha gente —respondió tensa.

—¿Esos amigos tuyos que no tienen donde caerse muertos? ¿Hablas de ellos? Porque no tienes familia, ¿verdad? No tienes un hermano como tuvo él —dijo señalando el cuadro—. Alguien que le apoyó hasta el día de su muerte.

—¡Cállese! ¡Usted no sabe nada de mi vida!

—Durante el tiempo que has estado aquí solo has recibido visitas de esos desarrapados. No hay que ser muy lista para darse cuenta de que no tienes familia.

Apretó los puños con impotencia y ella se dio cuenta sonriendo aún más. —Lo sabía.

—¡Y le hace gracia!

—No, niña. —La miró con pena, una mirada que odiaba. —Sé perfectamente lo que se siente, pero hay que seguir adelante.

—¡Yo salgo adelante!

—¡Ocultando un talento que debería ver el mundo!

—¿Acaso se cree que no lo he intentado? ¡He ido a todas las galerías de Nueva York!

—Estúpidos, solo se guían por el dinero. Puede que al principio cueste, pero lo conseguirás, estoy segura de que lo conseguirás.

Se le cortó el aliento. —¿Tanta fe tiene en mí?

—Sí —dijo rotundamente—. No sé cómo ha ocurrido, no sé si alguno de tus genes perteneció en su tiempo al gran genio, pero tienes su esencia, solo tienes que desarrollarla ¡y para eso hay que trabajar! ¿Hace cuánto que no pintas?

—¡Tengo que trabajar para mantenerme!

—Has perdido el interés —dijo con desprecio—. Estoy segura de que no has pintado nada desde hace semanas, igual meses. ¡No he olido la trementina!

—Esto es ridículo. —Se levantó para irse.

—Muy bien, seré tu mecenas.

Se detuvo ante la puerta del salón y asombrada la miró. —¿Qué ha dicho?

—Los de la antigüedad los tenían. Un mecenazgo es lo que necesitas. Te daré mil dólares al mes para tus gastos y permitiré que no pagues el alquiler. ¿Te parece bien?

—¿Está hablando en serio?

—Muy en serio. Pintarás para mí. Por supuesto la obra seguirá siendo tuya, pero me dejarás observar cómo trabajas cuando a mí me plazca. Cuando consigas vender tu primer cuadro, dejaré de pagar tus gastos, ¿te parece bien?

—¿Y qué consigue usted con esto? —preguntó incrédula.

—El placer de ver pintar a un genio.

Capítulo 2

Su amiga Sara dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Es coña? —Emelie negó con la cabeza. —Leche, preséntamela.

—No creo que le caigas bien, tiene un carácter…

Sara se metió una patata en la boca. —Increíble —dijo mientras masticaba—. Una mecenas. Tía, podrás pintar todo lo que quieras. —Sus ojos castaños brillaron. —Sería un sueño para mí y saldría de este trabajo de mierda. Todo el día haciendo lo que más me gusta.

—Es raro, no me digas que no.

—Si tiene pasta para aburrir y quiere dártela a ti por el placer de verte pintar, es su problema. Tú a pintar y a disfrutar. Ya verás como centrándote en tu arte llegas más lejos.

—Eso dice ella.

—Pues eso. Hazle caso a esa mujer, que seguramente sabe de lo que habla y a lo mejor tiene algún contacto. No va a arriesgar la pasta por nada. Tiene quince cuadros tuyos y si despegas se forrará, así que seguro que te enchufa en algún sitio.

No había pensado en eso. —Sí, los ricos se conocen.

—Exacto. Has metido la cabeza, no lo desaproveches.

Ante el lienzo en blanco pasó el dedo ligeramente por la superficie para asegurarse de que la imprimación había secado bien. Suspiró. Hacía semanas que no pintaba. Aunque se decía que se había tomado un descanso por el trabajo que tenía con ese idiota, en el fondo de su ser sabía que eso no era del todo así. Igual era cierto y estaba agotada de luchar. ¿Estaría deprimida? ¿O se había rendido y no se había dado cuenta? Bueno, eso ya daba igual, como decía la señora Ratchford no podía dejarlo, ahora era un trabajo, así que había que pintar.

—Lo que sea, déjalo fluir como cuando tenías quince años y no tenías ni idea de lo que estabas haciendo. Disfruta de lo que haces. Suéltate. —Cogió el pincel asegurándose de que era el pelo adecuado y agarró la paleta. Mojó el pincel en el aceite de linaza y respiró hondo mezclándolo con el azul ultramar. Le encantaba ese color. Sintió algo en su interior que le daba fuerzas y acercó el pincel al lienzo dando una pequeña pincelada. Al ver su curvatura algo fluyó dentro de ella y sonrió. Ahí estaba. Esa magia que sentía mientras creaba, seguía en su interior. Ahora solo tenía que reflejarla.

Subió los escalones corriendo con la bolsa de papel en la mano y al llegar a su piso se abrió la puerta de la señora Ratchford. —Niña, ¿a dónde has ido?

—Necesitaba material, he ido a la tienda de arte. —Sonrió radiante. —¿Quiere verlos?

—Oh, ahora no puedo porque tengo… —Parpadeó. —¿Has dicho verlos?

Asintió abriendo la puerta y la mujer se acercó para ver tres lienzos distribuidos en su saloncito. —No los toque, aún no están secos. —Entró en su apartamento y fue directamente a la barrita que dividía el salón de la cocina. Empezó a sacar cosas mirándola de reojo.

—Madre mía… —dijo impresionada mirando el más grande—. ¡Madre mía!

Sonrió. —¿Le gusta?

—He muerto y estoy en el cielo.

Se echó a reír. —Exagerada.

—Son mucho mejores. —Se volvió hacia el que estaba arrimado a la pared. —Mucho, mucho mejores. ¿Los has pintado en una noche?

Hizo una mueca. —Estaba algo inquieta.

—Increíble. Espero que hayas ventilado bien para evitar la toxicidad de la trementina.

—Menos mal que ya estamos en primavera.

—Necesitas un estudio —dijo la mujer preocupada—. No puedes vivir así.

—Estoy bien.

—Estas hermosuras necesitan estar bien almacenadas. —Se mordió el labio inferior. —Ya pensaré en algo. —Se volvió para irse.

—No es necesario, de verdad. —El portazo en respuesta le hizo levantar una ceja. —Vale.

Dos semanas después iba a salir del estudio en el tercer piso, pero lo pensó mejor y estiró el cuello hacia el pasillo. —Muy bien, despejado. —Cerró la puerta, corrió por el pasillo para bajar las escaleras a toda prisa y cuando llegó al hall casi sin aliento, se detuvo en seco al ver a la señora Ratchford hablando con el portero. —Mierda —dijo por lo bajo.

—Querida, ¿a dónde vas? —Miró su reloj de pulsera de oro. —Son las tres de la tarde.

—Necesito material.

—Pero si compraste antes de ayer. —Entrecerró los ojos. —No estarás desatendiendo tu trabajo, ¿no?

—Qué va, necesito trementina.

La mujer sonrió. —Oh, yo iba a salir, te la compraré.

Se quedaron mirándose y su jefa levantó una ceja. —¿Necesitas algo más?

—No. —Gruñó volviéndose y empezó a subir las escaleras.

—¡Esta tarde llegarán los lienzos nuevos! —dijo ella bien alto para que la oyera.

—Vale. —Gruñendo por lo bajo porque esa mujer bien podría dirigir una prisión de trabajos forzados, entró en el estudio y cerró la puerta. A toda prisa sacó el móvil y llamó a Sara.

—¿Dónde estás? Te estamos esperando.

—No puedo ir.

—¿Qué?

—Me ha pillado en el hall.

—Esto es ridículo. No es tu dueña y has trabajado muchísimo toda la semana. Además, es sábado y vamos a celebrar el cumpleaños de Brian.

—Me paga el alquiler y me da un sueldo. Toda mi vida depende de ella y no quiero cabrearla.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Convertirte en su esclava? Tienes derecho a tu tiempo libre.

—Y si me echa, ¿eh? Ahora ya no tengo trabajo. ¡Me quedaría sin casa! Tengo que tragar. Sara, me ha buscado hasta un estudio.

—En el mismo edificio, para controlarte.

—Bueno, es lógico que no quiera que pierda el tiempo. No pide nada a cambio.

—Solo que trabajes como una burra.

—Vamos, no es para tanto.

—Quiere alejarte de todos y de todo. Quiere que te conviertas en una ermitaña.

—No puedo ir al cumpleaños de Brian, eso es todo. No exageres, que no es para tanto.

—Recuerda mis palabras, esa bruja te quiere solo para ella.

Un mes después estaba agotaba y por la cantidad de cuadros que la rodeaban era evidente que debía parar. Necesitaba unos días libres para recuperar fuerzas. Salió del estudio y subió a su piso. Entró en él y apenas se estaba quitando las zapatillas cuando llamaron a la puerta. Puso los ojos en blanco y fue a abrir a la señora Ratchford que tenía una cara de furia que no podía con ella. —¿Otra vez aquí?

—Me voy a acostar un rato, ayer me dormí a las cuatro de la mañana.

—Porque estabas embebida en tu arte. No debes parar. Cada obra es mejor que la anterior.

—¡Tengo que descansar! —dijo alterada porque ya estaba perdiendo la paciencia. Respiró hondo. —Me voy a tomar unos días libres.

La miró como si estuviera loca. —¿Qué has dicho?

—¡Lo que ha oído! —Cerró de un portazo y la escuchó jadear. —Tendría que haber hecho esto hace semanas —dijo por lo bajo antes de quitarse la camiseta e ir hasta el baño. Necesitaba una ducha, comer algo y dormir hasta el día siguiente.

Cuando se tumbó en la cama veinte minutos después, suspiró de gusto y sonrió. —Debes aprender a imponerte. —Bostezó. —Menos mal que le has cerrado la boca. Si la dejas te volverá loca.

—Eso no ha sido muy amable, querida.

Sorprendida miró sobre su hombro y la mujer le tapó la boca y la nariz con un paño. Gritó intentando apartarse, pero aquel olor penetrante la mareó y la mujer apretó más fuerte hasta que poco a poco fue perdiendo la consciencia por mucho que se resistió. Cuando cayó sobre la cama sin sentido la mujer sonrió. —Ahora descansarás un ratito. En unas horas podrás seguir pintando. No pienso dejar que desperdicies tu talento. Te debes a tu arte. Muchos lo esperan con

ansiedad. Necesitamos un genio, alguien a quien admirar. Y tú eres esa persona, estoy convencida de ello.

Miró el grillete que rodeaba su tobillo y juró por lo bajo porque la herida que se había hecho con su roce estaba empezando a sangrar de nuevo. —Mierda. —Cogió un pedazo de tela de algodón blanca que esa chiflada le daba para pintar y la rasgó en dos antes de agacharse para mover el grillete con cuidado. La venda que ya tenía se había movido. La quitó y revisó la herida que nunca terminaba de curar, antes de mirar con rabia hacia la puerta cerrada. —Maldita zorra. —Se cubrió la herida de nuevo y se incorporó para mirar el lienzo que aún estaba a la mitad. Eran dos manos, una era fuerte y la otra era pálida, frágil. Pero era la frágil la que intentaba ayudar a la otra tirando de ella. Suspiró. Esa no le gustaría, pero a ella le encantaba. Bueno, el trato es que si no pintaba no comía, no que pintaría lo que ella quisiera. Con satisfacción dio otra pincelada. Sin dejar de pintar se dio cuenta de que no sabía si era sábado o domingo. Dios, había pasado un año. Un maldito año allí encerrada. Su mirada fue a parar a la ventana tapiada. Cuando había despertado aquel horrible día, era lo primero que había visto y fue cuando comprendió que había pensado secuestrarla desde el principio. Y esa bruja se lo confirmó cuando se lo preguntó.

—Claro que sí, cielo —dijo apuntándola con una pistola para que no la atacara—. ¿Cómo no iba a planearlo? Tu talento es demasiado preciado para que permita que lo desaproveches. —Entrecerró los ojos. —Y vas a pintar, eso te lo juro por mis muertos. Y no te molestes en gritar, esta habitación es la más alejada de la entrada de mi piso y está insonorizada, es donde mi sobrino tocaba el piano.

—¡Sácame de aquí!

Se echó a reír y salió de la habitación cerrando los cuatro cerrojos que no dejaba de oír en su cabeza. Pero iba a salir de allí, esa zorra algún día sería descuidada y entonces se tiraría sobre ella. Esperaba ansiosa a que llegara ese momento.

Sintió hambre y frunció el ceño, ¿qué hora sería? La vieja se estaba retrasando. Y le parecía que mucho. Miró su botella de agua casi vacía. Esperaba que llegara pronto.

Frustrada tiró el pincel a un lado y fue hasta la puerta. —¿Está ahí? —Golpeó la puerta con los puños. —¡Tengo sed! ¡No tengo agua desde ayer! —Volvió a golpear la puerta con fuerza. —¡Señora Ratchford! —Angustiada se llevó la mano al cuello. —Dios mío… —No había ido en dos días. Jamás faltaba un solo día para ver sus avances y cambiarle el orinal. Se llevó las manos a la cara y sollozó. ¿Esa loca iba a dejarla morir? No, era demasiado importante para ella, tenía que haberle pasado algo. ¿Y si se había desmayado por la calle? ¿Y si estaba en el hospital? Dios, tenía que salir de allí. —¡Por favor, que alguien me ayude! —gritó—. ¿Hola? —Golpeó de nuevo la puerta y para evitar hacerse daño con las manos retiró el cuadro del caballete antes de tirarlo al suelo. Quitó las palomillas que sujetaban el listón transversal que aguantaba el lienzo y lo sacó de la estructura para acercarse a la puerta y empezar a dar golpes. —¡Ayuda! ¡Ayúdenme! —Siguió golpeando hasta que se quedó sin fuerzas y sollozó apoyando las manos en la maltratada madera. —Ayúdenme. —Se dejó caer ante la puerta. —Estoy aquí, siempre he estado aquí.

—¿Hola?

Se le cortó el aliento al oír la voz de un hombre y Emelie se levantó a toda prisa. —¡Sí! ¡Estoy aquí!

Escuchó como se movían los candados. —¿Hay alguien ahí?

Aporreó la puerta. —¡Por favor sáqueme, me han secuestrado!

—Oh, Dios mío. Tranquila, que voy a llamar a la policía.

—¡No, sáqueme! ¡Sáqueme, por favor! Si vuelve… ¡No se vaya!

—Tranquila, no me moveré de aquí.

Entonces se dio cuenta de quien era. El portero. —¿Harry? ¡Soy Emelie!

—Dios santo, niña ¿pero qué te ha hecho esa mujer?

Sollozó del alivio. —Está loca.

—Tranquila, que ya estás a salvo —dijo tocando los candados—. Te sacaremos de ahí. Oiga, necesito ayuda. ¡Acabo de encontrar a Emelie Walters, estaba secuestrada! ¡Sí, sí, me ha entendido bien, es una chica desaparecida hace un año! La mantenía retenida la señora Ratchford, la dueña del edificio. He entrado porque… ¡Bueno, eso da igual! ¡Necesito que vengan de inmediato!

—Sí, por favor —dijo agotada—. Quiero recuperar mi vida. —Sollozó de la alegría. —Mi vida, voy a recuperar mi vida.

Tumbada en la cama del hospital vio las imágenes de su liberación por la televisión. La cámara que llevaba uno de los policías mostró como con una cizalla rompían los candados y un policía con el arma en la mano empujaba la puerta para mostrarla sentada en la cama pálida, desnutrida y con profundas ojeras llorando de felicidad porque al fin era libre. El policía se acercó y se vio el grillete en su pie. Alguien gritaba que fuera un médico y el policía se agachó para atenderla preguntándole —¿Está bien?

—Ahora sí, ahora estoy bien.

Unos médicos se acercaron a ella y uno gritó que alguien le quitara el grillete. Entonces la imagen se giró mostrando los cientos de cuadros que había pintado ese último año. —Dios mío… Es lo más impresionante que he visto nunca —dijo un policía.

—¡Son míos! —gritó ella alterada.

—Tranquila —dijo el médico que la atendía—. No te los va a quitar nadie. Los trataremos con cuidado.

—Sí —sollozó tapándose el rostro—. Ella decía que mi arte era para el mundo, pero ahora no quiero que los vea nadie.

—No te preocupes por eso —dijo mientras le inyectaba algo que la adormiló—. Descansa, todo ha pasado.

Emelie apretó los labios viéndose a sí misma como caía hacia atrás tumbada. —No quiero que los vea nadie más.

En la imagen apareció la periodista tras su mesa que parecía realmente impresionada. —Dios mío, hasta dónde llega la maldad humana. La señora Ratchford murió de un infarto cuando estaba haciendo unas compras en Macy´s. Se estaba probando unos zapatos de marca mientras

Emelie sufría lo indecible ahí encerrada. Menos mal que el portero entró en su casa al día siguiente para regar las plantas, porque sino esa chica hubiera muerto allí.

La cámara se movió hacia su compañero. —Es espeluznante. Esa muchacha ha tenido mucha suerte. ¿Te la imaginas pintando una y otra vez en ese ambiente tan cerrado? Pudo intoxicarse, cuando pintas al óleo la estancia debe estar ventilada.

La presentadora asintió. —Terrorífico. Pero sus obras son increíbles.

A Emelie se le cortó el aliento poniéndose de rodillas sobre la cama.

—Lo más increíble que he visto nunca. ¿No te recuerdan a Van Gogh?

—Tan impresionante o más que ese increíble genio. Puede haberlo pasado mal, pero presiento que ha nacido una leyenda. Veamos alguno de sus cuadros que forman parte de las pruebas recopiladas y que han sido cuidadosamente almacenados por expertos del MoMA.

Separó los labios de la impresión. —El MoMA.

Entonces vio su obra de las manos cuando era trasladada en un bastidor por dos hombres con guantes blancos y trajes del mismo color. —¿Pero qué? —Después pasaron otros con su lago encantado, y después otro y otro, no dejaban de pasar ante la cámara cuando ella no quería que los viera nadie. —¡No, no! ¡No pueden hacer esto! ¡Es lo que ella quería!

Una enfermera entró a toda prisa. —Cálmese.

—¿No lo ve? ¡Mire lo que han hecho! —Señaló la televisión viendo más cuadros que pasaban ante ella. —¡Ha conseguido lo que ella quería! ¡No quiero que los enseñen, son míos!

—Tranquilícese —dijo la mujer poniéndose ante ella mientras alguien la agarraba por la espalda impidiendo que moviera los brazos—. Tranquila.

—¡Esos cuadros son míos!

—Un calmante —ordenó quien la agarraba.

—¿Pero qué hacen? ¡Necesito ayuda! ¡No quiero que nadie los toque!

Una enfermera llegó con una jeringuilla en la mano y Emelie intentó apartarse. —¿No lo comprenden? ¡Es lo que ella quería! —La pinchó en el brazo haciéndole daño. —¡No, me duele! —Sollozó mientras las chicas la miraban apenadas. —No me haga daño. —Dejó de resistirse entre los brazos del hombre que la agarraba y sollozó. —Solo quiero irme.

—Y te irás —dijo él cerca de su oído—. Tranquila Emelie, todo va a ir bien.

Miró sobre su hombro sintiéndose mareada y vio unos ojos verdes que le cortaron el aliento. —¿Me lo jura?

Él asintió. —Te lo juro. A partir de ahora todo irá bien.

Cuando abrió los ojos vio el techo de la habitación y recordó donde estaba. Cerró los ojos de nuevo.

—No podrás huir siempre de lo que está ocurriendo.

Frunció el ceño dudando si esas palabras habían sido producto de su imaginación. Temiendo estar volviéndose loca giró la cabeza lentamente para ver esos ojos verdes de nuevo. No había sido un sueño, estaba allí.

—¿Cómo te encuentras?

Tenía el cabello castaño y su barbilla era cuadrada con una pequeña cicatriz que le daba muchísima personalidad. No es que fuera guapo, que lo era y mucho, es que tenía un aura a su alrededor que le provocó un vuelco al corazón. En ese momento él suspiró levantándose, mostrando sus vaqueros de firma y su camisa blanca. —¿Te encuentras mejor?

—¿Usted es mi médico? —preguntó algo impresionada porque era algo que no se podía creer, sobre todo recordando a los médicos que había tenido hasta ahora.

—Soy quien te va a ayudar a salir de esta situación tan estresante.

—Un loquero.

Él sonrió. —Algo así. Me han hecho venir para hablar contigo.

—¿Hablar conmigo de qué?

Se sentó a su lado en la cama. —De lo que te ha ocurrido. De lo que has sufrido este último año.

Apartó la mirada. —No quiero hablar de ello.

—Te hará sentir mejor.

Le miró a los ojos. —Por mucho que hable de ello, ya lo he vivido y nunca lo olvidaré.

—Pero podrás desahogarte. Sacarlo al exterior sea cual sea el sentimiento, es algo bueno. Es algo necesario.

—Pues tráigame un cuaderno.

—¿Así te desahogabas? ¿Pintando?

Que le recordara todo lo que había pasado la enfurecía. —Pinto lo que me da la gana —dijo entre dientes—. Ahora quiero que se vaya.

—Si quieres salir de aquí tendrás que hablar conmigo.

Parpadeó sorprendida. —¿Cómo dice?

—Puedes tutearme, me llamo Ryker.

—¡Me importa un pito! ¡Déjeme en paz!

—No puedo hacerlo. Como no tienes familia el estado te ha tutelado por las condiciones en que te encuentras. Cuando saliste de esa casa no podías tomar decisiones, así que ahora estás bajo tutela.

—Será una broma…

—No, hasta que se haga un informe psiquiátrico favorable. Mucha gente está preocupada por ti, Emelie.

—¿Qué gente? —preguntó con desprecio.

—Gente. —Se la quedó mirando fijamente. —¿Qué tal si hablamos de cómo la conociste?

—¡No quiero hacer esto! ¡Además, ya sabes como la conocí! ¡Acaba de salir en la televisión!

—¿Hablas del día que nos conocimos? Eso fue hace tres días.

Se le cortó el aliento. —¿Qué? No… Acaba de pasar. ¿De veras?

—Te despertaste esa misma tarde y perdiste los nervios de nuevo. Tres veces hemos tenido que sedarte porque temíamos que te hicieras daño. —Emelie separó los labios de la

impresión. —Tranquila, es normal en tu caso. Has sufrido mucho estrés y tienes que acostumbrarte a la vida normal, por eso es importante que hablemos. Te ayudará a mejorar.

—¿Eso crees? —preguntó incrédula.

Él sonrió cortándole el aliento. —También es normal que no confíes en nadie. Te llevará un tiempo, pero lo lograrás. Cuéntame, ¿cómo la conociste?

—Era la bruja de mi vecina, casi ni hablábamos hasta que me di cuenta de que tenía cuadros míos en su hall. —Poco a poco y casi sin darse cuenta, empezó a contar todo lo que había pasado y él asentía sin interrumpirla. Recordando el día que se despertó en aquella habitación sus ojos se llenaron de lágrimas. —No me lo podía creer —dijo con la voz temblorosa.

—Tranquila, estás a salvo.

Intentó retener su llanto y respiró hondo mirando el techo. —Cuando me desperté fue muy clara, mi arte debía ser enseñado al mundo y no podía desaprovechar mi talento en cosas absurdas como tener tiempo libre, así que fue tajante, o pintaba o no me alimentaría. Al principio me negué y se llevaba las bandejas sin tocar. Pero un día me desmayé y se asustó. Me desperté con una vía en el brazo. Me dijo que podíamos jugar a ese juego todo lo que quisiera, pero que no me iba a perder. —Una lágrima cayó por su sien y miró el techo. —Así que no me quedó otro remedio que pintar. Al menos comía una vez al día algo de fruta o un sándwich y si me había portado bien cada quince días más o menos ella pedía comida china a domicilio. Cuando le apetecía a ella, claro. A veces hasta me daba helado de chocolate si la obra le había entusiasmado.

—¿Dónde te lavabas? En esa habitación no había baño.

Apretó los labios. —En un cubo que me dejaba en la habitación todos los días.

—¿Y cómo evitabas la intoxicación por trementina?

—No la usaba. Entre otras cosas porque temía que incendiara la habitación. Un día intenté quemar la puerta y me lo quitó.

—¿Con qué ibas a encenderlo?

—Me pilló frotando dos pinceles. —Hizo una mueca por su mirada. —Sí, una estupidez, pero en los concursos de supervivencia funciona.

—¿Qué más hiciste para intentar escapar?

—Una vez tiré el aceite de linaza con intención de que cayera y arrebatarle la pistola. Pero justo ese día se quedó en la puerta y vio la mancha en el suelo. Dije que se me había caído y me dijo que tuviera cuidado. A partir de ahí era más precavida. —Su mirada mostraba que estaba perdida en sus pensamientos. —Y luego me trajo a Pelos.

—¿Pelos?

Le miró a los ojos. —Un gatito. Debía ser para que no me volviera loca. Me sentía feliz. Pero un día arañó uno de los cuadros y cuando esa zorra se dio cuenta, entró furiosa. Le dije que lo arreglaría, que no pasaba nada, pero se lo llevó a punta de pistola. —Sollozó. —Y ya no supe nada de él.

Ryker apretó los labios. —Estaba enferma.

—¿Como yo?

—No, como tú no. —Se levantó y caminó hacia la puerta. —Lo has hecho muy bien, nos

veremos mañana.

Sin saber por qué temió quedarse sola y sus ojos debieron expresarlo porque él sonrió. —Tranquila, antes de que te des cuenta saldrás de aquí e iniciarás tu nueva vida.

—¿Me lo prometes?

Muy serio asintió. —Te lo prometo.

Capítulo 3

Al día siguiente estaba impaciente por verle y cuando la enfermera le retiró la bandeja de la comida preguntó —¿Ryker tardará mucho en venir?

Vicky sonrió. —No, seguro que no.

Sonrió. —¿Puede traerme un block y un lápiz?

Los ojos de la mujer brillaron. —Puedo traerte mucho más.

Apenas cinco minutos después le llevaba un montón de material de dibujo. Asombrada al ver la caja de acuarelas preguntó —¿Tenía esto a mano? —Abrió la caja y vio que las pastillas hasta estaban envueltas. Y era una caja carísima. Una marca que nunca pudo comprarse. La miró sin comprender.

—Ryker te las ha traído. Me dijo que te diera esto si lo pedías y que apuntara lo que quisieras. Dice que te expresabas en tu cautiverio a través de tus obras y que es algo que no debes perder. Es bueno para el alma.

Sí que lo era, porque en ese año había sido su única vía de escape. —Gracias.

La enfermera sonrió. —De nada. ¿Me enseñarás? Siempre he querido aprender.

Su sonrisa se amplió. —Primera lección, hay que dibujar, así que tu mejor amigo será un lápiz y un papel. —Cogió el vaso y lo puso ante ella. —¿Qué ves?

—Un vaso.

—Yo veo cristal, transparencia. —Señaló el vaso por su derecha. —Una sombra en la superficie. Dos círculos, un rectángulo…

Su enfermera rio. —Vale, lo pillo, tengo que mirar más allá.

—Todo se basa en proporciones, luces y sombras. Eso es lo que le da volumen. Eso es lo primero que tienes que aprender y lo que tienes que practicar. No te rindas si algo no sale como quieres. Esto es cuestión de insistir. Un profesor que tuve una vez decía que esto se basa en manchar hojas hasta que te salga de manera instintiva. Y creo que tenía razón.

—¿Cuándo podré empezar a pintar?

—Cuando quieras. Una cosa no quita la otra. Puede que no te salga muy bien, pero mira Jackson Pollock, salpicando un cuadro se convirtió en leyenda. Igual descubres una técnica nueva que nos deje a todos con la boca abierta. Como ha dicho Ryker el arte es para expresarse.

—Genial. —La vio coger un cuaderno y un simple lápiz. Empezó a dar trazos que parecía que no tenían sentido, pero de repente apareció su rostro que le sonreía con los ojos chispeantes de la alegría. Vicky se llevó la mano al pecho de la impresión. —Soy yo… —Emelie sonreía sin dejar de dibujar y cuando puso hasta su peca en la comisura de la boca su nueva amiga se echó a reír. —¡Me encanta!

La firmó, arrancó la hoja y se la entregó. —Para ti.

—Muchas gracias —dijo impresionada—. Lo guardaré siempre.

—Por Dios Vicky, es solo un dibujo. —Soltó una risita empezando a dibujar otra cosa. —Ni que lo hubiera dibujado Picasso.

La enfermera la observó durante unos minutos y distraída levantó la vista. —¿Qué?

Vicky forzó una sonrisa. —No, nada. Es un placer contemplarte. —Suspiró. —Pero desgraciadamente tengo que trabajar. Te veo luego.

—Gracias por esto. Me encanta —dijo dibujando de nuevo.

La enfermera pensativa cerró la puerta y cuando se volvió allí estaba el equipo. Ryker dio un paso al frente. —¿Qué ha hecho?

—Empezar a dibujar.

Todos sonrieron y él dijo —Perfecto. Antes de darnos cuenta estará pintando de nuevo.

—Señor, deberíamos trasladarla a una casa —dijo su ayudante Marguerite con ese encantador acento francés —. Algún sitio donde tenga más libertad de movimiento.

Ryker asintió. —Necesita un estudio. Encárgate de buscar opciones, después les echaré un vistazo. —Se giró hacia el doctor Thompson. —¿Cómo está físicamente?

—Algo anémica y necesita vitamina D, pero nada que no se pueda curar con descanso y buena alimentación.

—Así que puede salir del hospital.

El hombre asintió.

—Muy bien, preparadlo todo. Me la llevaré cuanto antes. —Señaló a la enfermera. —Te quiero con ella las veinticuatro horas mientras esté aquí, se siente a gusto contigo. Ya hablaré yo con el director del hospital.

—Muy bien —dijo apartándose de la puerta—. ¿Piensa entrar ahora?

—No, esperaré un par de horas, no quiero interrumpirla. Veamos lo que dibuja.

Cuando la puerta se abrió Emelie cerró el cuaderno a toda prisa y Ryker sonrió. —Veo que estás entretenida.

Se sonrojó ligeramente. —Sí, aquí no pasa el tiempo.

Se sentó a su lado. —¿Puedo verlo?

—No. —Apartó el cuaderno y lo metió en el cajón cerrándolo con un golpe seco.

Ryker asintió. —¿Qué tal el día?

—Bien, ¿y el tuyo?

—Podía haber sido mejor.

—¿Dónde están mis cuadros?

—Creo que ya sabes que están a buen recaudo en el MoMA. Los expertos consideraron que allí estarán protegidos y se mantendrán bien conservados.

—No quiero que nadie los vea.

—En el almacén dudo que los vea mucha gente.

—Bien.

—¿Por qué no quieres que los vea nadie? ¿Acaso no eres pintora? ¿No te gustaría exponer?

Se tensó. —Ella se saldría con la suya incluso después de muerta.

—¿Y la odias tanto que eres capaz de arruinar tu carrera porque no consiga su objetivo después de muerta?

Pensó en ello entrecerrando los ojos antes de mirarle con admiración. —Eres un loquero muy bueno.

—¿Qué piensas de ello?

—¡Me robó un año de mi vida!

—Aún te queda mucha vida por delante.

Emelie parpadeó porque en eso tenía razón. —Sí que eres bueno, sí, pero no vas a convencerme.

—Vamos a ver Emelie… ¿Qué quieres hacer en el futuro?

—Puedo dar clases de arte.

—¿Crees que como profesora tendrás futuro cuando no has expuesto en la vida?

—Tengo la carrera de bellas artes. Algunos de mis profesores eran auténticos inútiles, te lo garantizo. Yo podría hacerlo mucho mejor.

—Eso no lo dudo. —Suspiró mirando el material que tenía encima de la mesilla de noche y cogió un pincel de acuarela. —Así que vas a enseñar a otros a exponer cuando tú no quieres hacerlo. ¿Antes de lo que te ocurrió querías exponer?

Apretó los labios con fuerza.

—Emelie no creas que porque no me contestes no voy a saber la respuesta. Tienes unos ojos muy expresivos.

—Sí, ¿vale? ¡Sí que quería, quería ser famosa, que mi obra la viera todo el mundo! ¡Pero eso quedó atrás porque una chiflada me encerró en una habitación precisamente por mis cuadros! —Con rabia se adelantó. —¿Sabes lo que me decía? No puedes desperdiciar tu arte, no debes distraerte, esperan ansiosos tus obras. Se maravillarán de todo lo que has plasmado. ¿Sabes lo que es oír eso todo el día?

—Si lo oyera cada día durante tanto tiempo, creo que terminaría creyéndomelo. —Se la quedó mirando fijamente. —Así que lo que tienes es miedo al fracaso. A que ella estuviera equivocada.

—Pero bueno, ¿estás sordo? ¡No quiero que gane! ¡No quiero que consiga lo que tanto deseaba!

—¿Es un castigo?

—¡Sí!

—¿Y si tenía razón?

Se le cortó el aliento. —¿Cómo dices?

—¿Y si todo lo que te decía era absolutamente cierto? ¿Piensas privar al mundo de tu don?

—¿Has bebido? ¡Yo no soy nadie!

—¿Te repites a menudo esos desprecios hacia ti misma? ¿Es una manera de contrarrestar sus palabras? Porque si es así entonces tengo razón, únicamente tienes miedo a la reacción a los demás. Llevan un año diciéndote que eres especial y ahora temes que todo el mundo te diga que no. El que no arriesga no gana, Emelie.

—¿No me digas? —dijo con ironía—. ¡Yo arriesgué! ¡Dejé un trabajo muy bien pagado porque me creí todas las mentiras que decía! ¡Estaba loca, eso es todo! ¡Y yo pagué mi estupidez con un año en esa mierda de habitación!

—¿Y si no estaba loca?

—Tonterías.

—No, en serio, ¿y si cada palabra que salía de su boca era una absoluta verdad? Y si lo que quería era precisamente lo que decía, dar a conocer al mundo tu obra.

—¡No a costa de mi vida! ¡Ella no era nadie para decirme cómo debía vivir mi vida!

Ryker asintió. —Tienes razón, tienes derecho a vivir como te venga en gana.

—Pues me da la sensación de que te parece bien lo que hizo.

—No, Emelie. Jamás estaría de acuerdo con lo que hizo. No me puedo imaginar el miedo que pasaste, lo que sentiste al estar atrapada en esa habitación. Pero la cuestión es si vas a dejar que ese episodio destroce tu vida o si aún quieres luchar por tu sueño. Si vas a dejar que el pánico te domine, que el miedo al fracaso te anule o vas a luchar por mucho que diga la gente. —Se levantó dejándola con la boca seca y tiró el pincel al lado de su pierna. —¿Pintas con acuarelas?

—Hace años que no, pero usarlas me fascinaba cuando empecé en esto.

—¿Y por qué no fuiste acuarelista?

—Porque el óleo se cruzó en mi camino.

—Me encantan las acuarelas. Dan un aspecto etéreo, ¿no crees?

—Sí. ¿Sabes pintar?

Sonrió con ironía. —No tengo ningún talento.

—Dicen que el talento se consigue a base de insistir.

—Puede que insistiendo se pueda tocar un instrumento decentemente, pero para pintar el talento es imprescindible. Eso diferencia una buena obra de una obra épica.

Emelie sonrió. —Como Miguel Ángel.

—Todo un genio con una vida apasionante. —Le guiñó un ojo. —Te traeré un libro sobre él que tengo en mi casa. Seguro que te gusta.

Sus ojos brillaron de la ilusión. —Gracias. ¿Has visto la Capilla Sixtina? —Mirándola a los ojos asintió. —Debe ser increíble. —Suspiró. —Espero que algún día pueda colocarme bajo esa obra y pasarme allí horas.

—Seguro que tienes la oportunidad. Italia es el paraíso para un artista.

—Debe ser maravillosa.

—Apuesto a que irás antes de lo que piensas. —Abrió la puerta. —Hasta mañana.

—Ryker… —La miró sobre su hombro. —¿Cuándo podré salir de aquí?

—Aún hay que hacer el informe y para eso hay que hablar de muchas cosas. Tranquila, que todo va muy bien.

Emelie vio como salía de la habitación y frunció el ceño. Estaba encerrada en otra habitación de nuevo y todo aquello empezaba a inquietarla. Volvió la vista hacia el material de pintura y apretó los labios. —Emelie, no pienses locuras. Es un hospital, nadie quiere hacerte daño. Como sigas con esos pensamientos sí que vas a perder la cabeza. Tienes que confiar en tu terapeuta, solo quiere ayudarte y podrás recuperar tu vida. —Hizo una mueca. —¿Vida? ¿Qué vida? Ya no tienes apartamento, trabajo, ni amigos ni nada de nada. Pero la recuperarás. Claro que sí, tienes que recuperarla y Ryker te ayudará a hacerlo.

Cuando la puerta se abrió, Emelie sentada en la silla de al lado de la ventana sonrió a Ryker que llevaba dos grandes bolsas en la mano. —Buenos días.

—Buenos días, ¿qué tal estás hoy?

—Mucho mejor, gracias. —Vio como dejaba las bolsas sobre la cama.

—Te he traído algo de ropa y otras cosas que puedes necesitar. Hoy nos trasladáremos a una casa tutelada. En el hospital necesitan la cama.

Eso le hizo perder la sonrisa poco a poco. —¿Una casa?

—Sí, estaremos más tranquilos allí.

—¿Tú también vivirás allí?

Él asintió mirándola fijamente. —¿Te molesta?

—No, claro que no, pero es raro. Tengo veinticinco años y que tenga que estar tutelada…

—Veintiséis. —Sacó algo de la bolsa y le mostró una caja azul con circulitos negros. —Felicidades.

Se llevó la mano al pecho mientras se acercaba. —¿Es dos de mayo?

—Y es tu cumpleaños.

Emocionada miró el paquete en su mano y no se lo podía creer. Hacía diecisiete años que no recibía un regalo de cumpleaños. Desde el año en que su madre había muerto. —Gracias. —Alargó la mano y lo cogió rozando su meñique. Se le cortó el aliento por la electricidad que traspasó su brazo y asustada le miró a los ojos, pero él parecía que no había sentido nada, así que se sonrojó por ser tan ridícula. —¿Qué es?

—Ábrelo. —Se sentó en la cama observándola y Emelie le miró de reojo antes de levantar la tapa. Fue cuando se dio cuenta de que no eran círculos negros, eran respiraderos. Se quedó de piedra al ver un gatito blanco dormido sobre un almohadón azul celeste. —¿Te gusta?

Asombrada le miró. —¿Es para mí?

—Todo tuyo, y este no te lo quitará nadie.

El gatito levantó la cabeza y emocionada lo cogió sacándolo de la caja para abrazarlo. —Gracias, gracias.

Ryker sonrió. —Me alegro de que te guste.

—Pero estoy en el hospital —susurró ella—. Nos van a echar la bronca.

—Como nos iremos en cuanto estés lista no creo que se den cuenta. Venga, cámbiate y recoge tus cosas que estarás deseando irte.

Se levantó de inmediato. —Sí, sí. —No soltó el gatito acercándose a la bolsa y sacó lo

primero que pilló que fue un vaquero y un ligero jersey verde agua. Corrió hacia el baño y cerró la puerta. —¡Necesitamos comida y su arena! —dijo desde el otro lado mientras él abría el cajón para sacar el block.

—Tranquila, lo compraremos de camino.

—¿De veras? No tengo dinero.

—No pasa nada, Emelie. Eso es lo de menos, paga el gobierno.

—Cuando trabaje lo devolveré.

—¿Al tío Sam? —Impresionado pasó la portada para ver a Vicky riendo, pasó a la siguiente hoja y se vio a sí mismo sentado a su lado. Emelie estaba sentada con las piernas cruzadas al estilo indio mientras él hablaba, pero lo que le dejaba de piedra es que en sus ojos reflejaba que no confiaba en él del todo. Como si tuviera que mantener las distancias. Era algo sutil en el dibujo, pero ahí estaba. Oyendo el agua correr pasó la hoja y vio su rostro de nuevo. Se tensó porque en ese dibujo alargaba la mano como si pidiera que se fuera con él y por la decepción en sus ojos era evidente que ella le había dicho que no. Tenso cerró el block y lo dejó en su sitio antes de cerrar el cajón. —¿Quieres que avise a Vicky para que te ayude?

—No hace falta, gracias.

Ryker vio la caja de acuarelas y la abrió sonriendo porque el interior de la tapa estaba manchada de varios colores, lo que significaba que la había usado. ¿Dónde estaba el dibujo? Su mirada cayó en la papelera y se acercó para ver la hoja allí. Se le cortó el aliento y se agachó para sacarla. Afortunadamente no la había arrugado antes de tirarla. Era un amanecer y al fondo había una casa rodeada de flores, pero fuera de su valla blanca todo era yermo y sin vida. Amenazador. En su obra había conseguido captar el temor a lo que le rodeaba. Echó un vistazo a la puerta del baño antes de salir de la habitación con la hoja. Su ayudante al fondo del pasillo se levantó en el acto y se acercó a toda prisa. Al ver lo que llevaba en la mano, con eficiencia sacó de su bolso unos guantes de algodón blanco. Impresionada lo cogió. —Qué maravilla.

—Que lo pongan con sus bocetos. Que no se dañe más.

—Entendido, señor.

—Cuando salgamos de la habitación, revísala por si hay algo en algún cajón.

—Muy bien.

Volvió a toda prisa a la habitación y se sentó en la cama. —¿Quieres que vaya recogiendo este material?

—No, ya lo hago yo.

Sonrió por dentro porque como todos los artistas no le gustaba que tocaran sus cosas. —¿Te queda bien la ropa?

—Sí, está bien —dijo como si le importara poco. Se abrió la puerta y con el gatito en brazos caminó hacia la cama. La ropa le quedaba algo grande, pero era porque le faltaban unos cuantos kilos. En unas semanas le quedaría perfecta.

—¿Cómo le vas a llamar?

—Blue.

—Un buen nombre con los ojos que tiene.

Dejó el gatito sobre la cama y miró en la bolsa para sacar unas zapatillas de deporte. —Necesito otra bolsa para el material, no quiero manchar la ropa.

—Pues… Vuelvo enseguida. Hay una tienda cerca de aquí.

Calzándose dijo —No es necesario. —Antes de que se diera cuenta salía de la habitación e iba hacia el control de enfermería. Sonrió a Vicky. —¿Tienes alguna bolsa que me puedas dar?

—Claro.

Se metió en una habitación y Emelie miró a su alrededor. Al ver su historial al lado del ordenador tuvo curiosidad por lo que el doctor decía de ella y alargó la mano para levantar la tapa de su expediente con la mala suerte que lo primero que aparecía eran los resultados de unos análisis. Vicky salió en ese momento y Emelie cerró la carpeta de golpe antes de sonreírle.

—¿Qué haces, pillina?

—¿Es mi expediente?

—Sí, supongo que lo has visto en la etiqueta de la portada.

Se acercó sobre el mostrador. —¿Puedo verlo?

—Todo lo que dice ahí se pondrá en tu informe, ¿sabes?

Miró de reojo hacia la puerta de su habitación donde Ryker la observaba. —¿Qué dice de mí?

Vicky levantó una ceja. —¿Qué dice de ti?

—El doctor… No sé cómo se apellida. Ryker. ¿Qué dice en su informe?

—Pues no sé si puedo decirte…

—Emelie, ¿ocurre algo? Tenemos que irnos, tengo una videollamada en una hora.

Vicky dejó la bolsa sobre el mostrador. —¿Te ayudo a guardarlo todo?

—No, acabo en seguida.

—Sí, venga, date prisa. No es un hombre con mucha paciencia. Iré a preguntarle si me voy con vosotros.

Cogió la bolsa mientras la enfermera se alejaba. Preocupada se volvió empezando a pensar que todo aquello era muy raro. Con el regalo del gatito no le había dado tiempo a pensarlo, pero lo que le acababa de decir Vicky la mosqueaba y mucho. ¿Irse con ellos? ¿Por qué iba a necesitar una enfermera solo para ella? Además, tutelada a esa edad, ¿y el médico se iba con ella a una casa? No entendía que estaba pasando. A cientos de personas les pasaban cosas traumáticas a diario y el estado no las tutelaba, ¿por qué a ella sí? Se le cortó el aliento pensando en sus cuadros, que habían considerado tan importantes como para llevarlos a uno de los museos más prestigiosos del mundo. Apretó la bolsa en su mano y se volvió hacia él. ¿Qué pretendían? ¿Que permitiera exponerlas? ¿Venderlas? ¿Hasta que no diera el permiso no volvería a ser libre? Seguía tan encerrada como en aquella habitación. Se acercó a él y Ryker frunció el ceño. —¿Todo bien?

—Sí, me ha dado una bolsa. —En silencio entró y abrió la bolsa para meter su material con cuidado. El gatito maulló y Emelie sonrió acariciándole la cabeza antes de seguir guardando sus cosas. Cuando terminó cogió la bolsa del material y el gatito antes de volverse. —Estoy lista.

Él asintió. —Pues vamos. —Cogió la bolsa con el resto de la ropa y cuando se volvió Emelie ya no estaba.

A toda prisa salió para encontrársela en el pasillo acariciando al gatito con la mejilla. Caminaron hacia el ascensor y cuando entraron ella preguntó —¿Qué significa exactamente que estoy tutelada?

La miró con el ceño fruncido como si le hubiera sorprendido con su pregunta. —¿Qué?

—¿Qué significa? ¿Qué puedo decidir y qué no? ¿Puedo ir a una hamburguesería?

Él sonrió. —Sí, Emelie, puedes ir a una hamburguesería. La tutela es para ayudarte a volver a tu vida.

Se le cortó el aliento. —¿Volver a mi vida? ¿La vida que tenía antes de que la señora Ratchford me la arrebatara?

—Exacto.

—¿Y si quiero otra vida? ¿Acaso no tengo derecho a decidir qué vida quiero llevar?

—Por supuesto que sí. ¿Pero qué vida quieres llevar? ¿Una en la que renuncies a todo lo que amas? Intentamos que el trauma que sufriste no destruya tu futuro.

—¿Y si el futuro que planee es mucho mejor?

En sus ojos vio que eso no era posible y se dio cuenta de que dijera lo que dijera él no se daría por vencido. —Si ese futuro es mucho mejor, nadie pondrá inconvenientes a que inicies esa nueva vida.

Lo dudaba mucho. Era evidente que solo quería que siguiera pintando. No le había regalado esas pinturas para que se expresara, sino para que no odiara pintar. No quería que le echara la culpa a su arte de lo que le había ocurrido, algo totalmente ridículo porque era evidente que sino hubiera pintado, esa loca nunca la habría retenido. Se le quedó mirando. ¿Cómo podía haber pasado? Algo que la hacía tan feliz había convertido su vida en una pesadilla. Y al parecer la pesadilla no había terminado. —Quiero recuperar el control de mi vida.

Él sonrió como si eso le tranquilizara. —Seguro que ese momento llega antes de lo que piensas. Pero de momento vamos a pasar una temporada en esa casa. Seguro que te gusta, tiene jardín. Allí podrás descansar y recuperarte completamente.

—¿Sueles compartir ese tipo de casas con tus pacientes?

—Estoy especializado en este tipo de tratamientos. Son más rápidos y efectivos. Además, no estaremos solos.

—Sí, Vicky ya me ha dicho que te preguntaría si viene con nosotros.

—He decidido que no necesitas una enfermera —dijo para su alivio—. Pero estarás muy bien, ya verás. Mi equipo estará con nosotros.

Las puertas del ascensor se abrieron y ella mirándole sin poder disimular su desconfianza salió al hall. Caminó a su lado y salieron a la calle. No la pisaba desde hacía un año. Respiró hondo y deteniéndose miró a su alrededor. Al lado de una columna vio que un hombre leía el periódico mientras debía estar esperando a alguien. En primera página estaba la imagen de su cuadro de las manos e impresionada leyó el titular. Valorado en dos millones de dólares. Se le detuvo el corazón y Ryker se detuvo a su lado jurando por lo bajo al ver lo que ocurría. —Son estupideces de los periodistas. —La cogió del brazo. —Especulan con su valor por cuatro marchantes que han dado su opinión. Pero el valor lo pones tú, que eres su dueña. Ven, tengo aquí el coche. —Aún sin poder creérselo le siguió y un chófer abrió la puerta de un cuatro por cuatro negro. Ryker la ayudó a subir y se sentó a su lado. —No te preocupes por eso.

Atónita miraba el vacío y susurró —Hace un año no querían mis obras. No era importante para nadie, decían que no tenía talento. —Sonrió con tristeza. —Hasta mi padre lo decía. Jamás creyó en mí. Y hubo un momento en que me di por vencida, ¿sabes? Pintaría para mí cuando me apeteciera. Tenía un buen trabajo y pintaba cuando me venía en gana. Pero ella lo cambió todo…

Y fue porque tiré unos cuadros —dijo como si no se lo pudiera creer. Rio por lo bajo—. No me cabían en la nueva casa y los tiré. Ella los recogió y me prometió lo que siempre ansié, vivir de lo que más me gustaba en la vida. —Acarició la cabecita de Blue. —Dos millones de dólares. —Volvió la vista hacia él. —Es una locura.

—La vida a veces es una locura. Pero el valor que le pongan a tus obras no debe importarte. El valor es algo que se pone porque es necesario hacerlo, pero es absolutamente relativo. Puede parecer mucho dinero para alguien y sin embargo para otro puede ser una nimiedad porque lo que le provoca al contemplarlo es la esencia de la vida. Por lo que merece la pena vivir.

Separó los labios de la impresión. —¿Crees que alguien siente eso al ver mis obras?

—Sí, estoy convencido de ello. —Se acercó. —Por eso piensa en esto, si puedes hacer sentir algo así a una sola persona de este maldito mundo, ¿eso no da sentido a tu vida? ¿No da sentido a tu arte? ¿Qué más quieres para que te des cuenta de que necesitas mostrar tu trabajo al mundo tanto como esas personas están deseando verlo? Sientes placer al pintar esos cuadros y ellos también tienen derecho a disfrutarlos.

—No los querían.

—No digas tonterías. El mundo del arte se mueve por intereses y a ti no se te conocía de nada. Nadie apostaría por ti cuando tienen tantos artistas ya reconocidos con los que trabajar. No fuiste al lugar correcto, eso es todo.

—¿Y a dónde debería haber ido, doctor sabelotodo? —preguntó molesta—. ¡Hasta mis profesores creían que no tenía talento! Venga, dime a dónde debería haber ido.

Él hizo una mueca. —Si querías simplemente fama y dinero, deberías haber ido a la prensa.

—¿Qué?

—Cuatro amigos periodistas te hubieran dado fama y puede que después llegara el reconocimiento porque el mundo al final se daría cuenta de lo que vales. Pero si querías saber de verdad cuánto valía tu obra y no hablo desde un punto de vista económico, deberías haber acudido a mí.

Se le cortó el aliento porque tenía la sensación de que había llegado el momento de saber lo que ocurría. —¿Quién eres? Tú no eres médico.

Sonrió con ironía. —Sí que lo soy cuando es necesario. Curo almas y a veces me dedico a conseguir que el mundo vea ciertas obras escondidas en el tiempo. ¿Aún no sabes quién soy? —Negó con la cabeza. —¿Y el apellido Reingold te dice algo?

Se le detuvo el corazón. La familia Reingold eran considerados los Médici del siglo veintiuno. Eran millonarios que estaban muy ligados al mundo del arte. De hecho, el hijo mayor y heredero tenía un talento innato para encontrar auténticos genios como Violeta Carrillo, una pintora mexicana que pintaba maravillosamente. Ahora sí que no entendía nada.

—¿Ya sabes quién soy?

—¿Martin Reingold?

Él asintió. —Martin Ryker Reingold.

—¿Qué quieres de mí?

La cogió por la barbilla. —Esa mujer… Esa mujer perdió la cabeza, pero tenía razón.

Eres la persona con más talento que he conocido jamás y no solo hablo de los que están vivos, también hablo de los muertos. —Le miró impresionada. —Y me importa una auténtica mierda que odies a esa bruja o que hayas tenido un año de mierda. Eres una privilegiada. Has nacido con un talento tan increíble… Y no pienso dejar que lo desaproveches. Ten pataletas, grita, llora, como si destrozas la casa, pero vas a pintar.

—¿Pero qué os pasa a los que tenéis pasta? ¿Se os va la pinza?

Él chasqueó la lengua y alargó la mano para pulsar el botón y bajar la mampara que les separaba del chófer. —Bill detente en una tienda de animales. Blue necesita cosas.

—Entendido, jefe.

—¿El estado me ha dejado bajo tu tutela?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque sé de arte más que nadie que conozca, soy rico y el juez es amigo de la familia. Fue él quien me envió varias fotografías de tus pinturas. Estaba en Ginebra y me subí inmediatamente al avión para conocerte. Imagínate mi sorpresa cuando te veo en ese estado de nervios. Había que tomar el control y lo he tomado. Ahora llevarás una vida tranquila y cuando me demuestres que has encauzado tu futuro, podrás tomar el control.

—¿El control? —preguntó con burla—. ¡Métete el control por donde te quepa!

Sonrió con ironía. —No te pongas rebelde…

—¿O qué? ¿Me tutelarás?

—Vaya, ¿vas a ser como esas adolescentes rebeldes? Te aseguro que tengo mis métodos para hacerte entrar en razón.

—¡Eres igual que esa vieja loca!

—No, porque yo te voy a dar la vida que mereces. ¿No quieres ver a un jodido periodista en la vida? ¿No quieres dar ninguna exposición? Estupendo, no es necesario, pero vas a pintar.

—¡Dilo, vamos dilo! ¡No vas a privar al mundo de tu talento!

—¡Pues no! No vas a hacerlo porque eso sería un auténtico…

—¡Sacrilegio! —gritó interrumpiéndole.

—¡Tú lo has dicho! —El coche se detuvo y respiró hondo como si intentara controlarse. —Ahora vamos a comprar las cosas que Blue necesita.

La puerta se abrió y ella entrecerró los ojos mientras él salía. —¿Y si me escapo?

Él asomó la cabeza. —¿Y a dónde irás? ¿A trabajar en una hamburguesería? ¿A auxiliar a otro artista cuando le superas con creces? Vamos, tengo una videollamada y llegaremos tarde.

Emelie abrió la otra puerta y cuando salió corriendo con el gatito y la bolsa del material de arte Ryker gruñó.

—¿Qué hacemos, jefe? ¿La seguimos?

—No tiene ni un dólar, ¿a dónde cree que va?

—¡Jefe, que se escapa! ¡Hay que hacer algo!

De repente sonrió. —El gato tiene un chip, amigo. Sabremos donde está en cada momento. —Se volvió y fue hasta la puerta de la tienda.

—¿A dónde vas? —preguntó su chófer asombrado.

—Blue necesita una cama de arena o me llenará la casa de mierda.

—¡Pues compra también algo para que rasque las uñas! —Bill se volvió para ver que la chica había desaparecido. —Leche, como corre. Como una gacela. Y eso que acaba de salir del hospital.

Capítulo 4

Sin aliento se sentó en el asiento del metro después de haberse colado con gato y todo. Miró tras ella por si la seguían. El gatito maulló y lo miró al instante. Estaba incómodo y dejó la bolsa en el asiento de al lado para abrazarle. —Lo siento, lo siento… ¿He corrido mucho? —Le acarició la cabecita. —Lo siento.

—Es un persa precioso —dijo la mujer que tenía ante ella.

Sorprendida la miró. —¿Un persa?

—Y con pedigrí. Se nota en el morrito que tiene.

—Me lo han regalado.

—Pues es un regalo muy caro, debe apreciarla mucho.

Se echó a reír. —¿A mí? A mí no me aprecia nada, aprecia mi arte.

—Pues debe apreciarlo mucho.

—Mucho.

—Eso está bien, ¿no? —La mujer se adelantó. —Porque lo dices como si fuera algo malo. Soy pianista aficionada y si apreciaran mi música, yo estaría encantada.

La miró sorprendida porque antes de la vieja sí que hubiera estado encantada. Vamos, si Ryker hubiera aparecido en su vida para pedirle que pintara, se hubiera encerrado entre cuatro paredes ella sola y hubiera tirado la llave por el retrete para que no la echaran. Gruñó por todo lo que Angela Ratchford había cambiado su vida. Gimió pasándose la mano por la frente. Estaba tan confusa…

—¿Se encuentra bien?

—Sí, gracias. —Miró a su gatito. Le arrascó debajo del cuello haciendo que cerrara los ojos de gusto mientras pasaban una estación tras otra y Emelie sonrió. Alguien se sentó a su lado y le miró distraída antes de acariciar al gatito de nuevo, cuando se dio cuenta de quien era y asombrada volvió la cabeza hacia Ryker lentamente. —¿Cómo me has encontrado?

Señaló al gato. —Un chip último modelo que puedes seguir desde tu móvil. Cuando me dijeron que los gatos a veces se escapaban, lo vi muy útil. ¿Ahora quieres ir a comer esa hamburguesa?

Sus ojos brillaron de la ilusión. —¿Y la videoconferencia?

—Que esperen. Soy rico, puedo delegar. —Se levantó cogiendo su bolsa. —¿La quieres con queso?

—¿Pero las hay sin queso?

Él rio. —No debería, pero hay flojos que las piden así.

—¿Me dejarán pasar con el gatito?

—Claro, nena. Como si tengo que cerrar la hamburguesería para nosotros.

—Debe ser la leche ser rico.

—No está mal.

La mujer que estaba ante ella parpadeó mientras salían del vagón y cuando se cerraron las puertas entrecerró los ojos con decisión. —Tengo que practicar más.

Se bajó del coche y se quedó sin aliento por la hermosa casa. Era de madera pintada en blanco y las ventanas tenían un color azul clarito que las hacía destacar. Pero lo que la fascinaba eran sus cuatro tejados a distintas alturas. Era la casa de sus sueños y como si eso fuera poco estaba frente al mar. Ryker dio sus bolsas a Bill que fue hacia la casa con ellas y con un montón más que no sabía de donde habían salido. La puerta se abrió mostrando a una doncella e impresionada susurró —¿Esta casa es tuya?

—No, es de alquiler. —Miró a su alrededor. —Pero no está nada mal. No tengo nada en los Hamptons. Me paso casi todo el tiempo en mi casa de la Toscana.

—La Toscana. Italia… ¿Y es tan impresionante como esta?

—Ya la verás. ¿Vamos? —En ese momento salió su ayudante y él dijo —Ah, ella es Marguerite. Es mi mano derecha en los temas relacionados con los artistas.

La morena que se acercó a ellos, llevaba un vestido de firma en color lila y unos zapatos de tacón altísimos. Parecía salida de una revista de moda y podría haber sido la chica de portada porque era preciosa. Se sintió pequeñita a su lado y no solo por la altura sino por como la miraba. Su cuerpo la repelió en el acto y no sabía por qué. Pero observándola se dijo que nunca sería amiga de esa mujer. —Encantada de conocerla, señorita Walters.

—¿Es francesa? —preguntó aunque era evidente.

—De Lyon. ¿Lo conoce?

Se sonrojó. —No, nunca he salido de los Estados Unidos.

—Marguerite, ¿todo listo?

—Por supuesto, señor.

—Ven, nos enseñará tu habitación.

Algo intimidada empezó a caminar hacia la puerta.

—La cena está casi lista y… —dijo la mujer.

—No cenaremos. Hemos parado en una hamburguesería y ha comido demasiado para lo que comía en el hospital. No quiero que le siente mal.

—Muy bien.

—Emelie tiene que descansar, se estaba durmiendo en el coche. Espero que esté a gusto. —Lo dijo de una manera que era evidente que se cabrearía muchísimo si no fuera así, lo que a Emelie le provocó un vuelco al corazón. Nadie se había preocupado tanto por su bienestar desde la muerte de su madre.

—Lo estará, señor. Me aseguraré de que no le falte de nada.

El gato maulló y entonces se dio cuenta. —¡No hemos comprado las cosas de Blue!

Ryker sonrió. —Sí que las hemos comprado.

Ilusionada preguntó —¿De veras? ¡Las bolsas que llevaba Bill!

—Espero que te gusten.

Se sonrojó de gusto y corrió hacia la casa ansiosa por verlas. Marguerite la siguió corriendo. —Espere señorita.

Bill salió de la casa en ese momento y se acercó a él. —No la alcanzaría en la vida. —Ryker sonrió. —Está más relajada.

—Y acaba de llegar. Dentro de una semana será una mujer totalmente distinta. Poner las cartas boca arriba ha disipado parte de sus miedos.

—¿Crees que pintará de inmediato?

—No podrá resistirse, está en su ADN.

—¿Crees que permitirá la exposición?

—Con algo de tiempo le hará la misma ilusión que a cualquier otro artista. Tiempo, esa es la clave.

—Su valor sube cada día que pasa. Menos mal que la prensa no sabía que hoy salía del hospital, hemos tenido suerte.

—Después del comunicado de ayer diciendo que estaría ingresada una semana más, sabía que no se quedarían esperando. Sobre todo porque hoy mi tía iba a dar una rueda de prensa en el Hilton para hablar de la obra de Emelie.

Bill sonrió. —Buena jugada, jefe.

—No quería que la agobiaran más. Debe aceptar en lo que se ha convertido.

—¿Y crees que será un mito o solo una estrella fugaz?

Él miró pensativo hacia la casa. —Creo que su luz es de las pocas que no se apagará nunca.

Emelie esperó a que la doncella abriera la puerta y cuando esta sonrió, pasó a la habitación más impresionante que había visto en la vida. La cama era tres veces más grande de lo que ella había tenido y tenía encima una colcha en colores pastel que era realmente hermosa. Cuando se acercó pasó la mano libre sobre ella. —Es muy suave.

—Es seda, señorita.

Se mordió el labio inferior acariciando el gatito. —¿Y si Blue lo estropea? Si tienen otra la cambiaré yo misma y…

La doncella sonrió. —No debe preocuparse por eso.

Miró hacia el gran ventanal y se le cortó el aliento porque desde allí se veía el mar. De hecho, había un caminito rodeado de flores que llevaba a la playa. Aquel sitio era un sueño y sin poder evitarlo sonrió.

En ese momento llegó Marguerite casi sin respiración. —¿Le gusta?

Sin volverse respondió —Es preciosa, todo lo es.

—Perfecto, la dejo con la doncella, debo hacer unas llamadas. Si necesita cualquier cosa puede llamar al servicio.

Nadie dijo palabra y Marguerite entrecerró los ojos observando su espalda antes de suspirar e irse.

—Allí tiene el baño —dijo la muchacha—. Si quiere le preparo uno.

No pudo disimular su emoción. —Sí, me gustaría.

La chica fue hasta el baño y enseguida se escuchó el ruido del agua. —¿Quiere sales de lavanda o de vainilla?

—De lavanda. —Miró hacia la playa de nuevo. —Me encanta la lavanda.

—Sí, a mí también. —La chica salió. —Enseguida estará. ¿Desea algo de beber?

—¿Cómo te llamas?

—Beverly.

—Encantada de conocerte, Beverly. Yo soy Emelie.

—Encantada señorita. —Forzó una sonrisa como si no estuviera familiarizada con esas confianzas con sus señores. —¿Quiere algo de beber?

—No, gracias. Quizás más tarde.

—Muy bien. Si me necesita solo tiene que tocar ese botón que hay al lado de la mesilla de noche.

—Necesito las cosas de Blue.

—Están ahí. ¿Le ayudo a colocarlas?

—No gracias, quiero hacerlo yo.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

Se le cortó el aliento volviéndose hacia Ryker que estaba apoyado en el marco de la puerta observándola.

—Es una habitación increíble.

—No te estoy preguntando eso, Emelie ¿Tienes todo lo que necesitas?

Se sonrojó. —Me vendría bien una mesa de dibujo.

—No.

—¿No? —Eso sí que le sorprendió.

—Este es tu dormitorio. No quiero que te lleves el trabajo a la cama. Tu estudio está en la planta baja.

—¿Mi estudio? —Viendo cómo era la habitación ni se quería imaginar cómo era el estudio, pero recordó cuando la señora Ratchford le dijo que tendría un estudio y se le erizaron los cabellos de la nuca sin poder evitarlo. Se volvió hacia las bolsas de Blue. —Tengo que preparar sus cosas. Debe tener hambre.

Ryker asintió. —Muy bien, te lo enseñaré mañana. Estaré en el despacho trabajando si me necesitas, pero te vendría bien descansar.

—Sí, creo que lo haré —dijo sin mirarle.

—Disfruta del baño.

Se mordió el labio inferior agachándose ante las bolsas y dejó a Blue en el suelo. —Veamos que cositas tienes, cielo. —Sabiéndose aún observada le miró de reojo y se puso aún más nerviosa sacando lo primero que pilló que era un palito largo con un pajarito colgando de un

hilo. —Uy, un juguete. —Blue levantó sus patitas delanteras intentando pillarle y rio sin poder evitarlo. —¿Lo quieres? ¿Lo quieres? Tienes que cogerlo. —Hizo que saltara un par de veces y lo dejó en el suelo para que se entretuviera. Sacó un rascador. —Esto tienes que usarlo mucho que esta es una casa muy fina. —Cogió otra gran bolsa y vio que aquella era la caja para la arena. Agarró la bolsa con lo que la tenía que rellenar. ¿Cómo se ponía aquello? ¿Tenía que llenarla o echar un poco? Su anterior gato hacía sus cosas en unos periódicos. Tendría que consultarlo en la red. Llevó la mano atrás para sacar su móvil del bolsillo trasero del pantalón y palideció al darse cuenta de que no lo tenía. Hacía un año que no lo tenía. Durante un momento se había sentido como antes.

—¿Emelie?

Miró hacia la puerta y molesta gritó —¿Qué haces aún ahí?

—¿Qué pensabas?

—¡No te importa!

—¡Si no me importara no te preguntaría!

Frenética cogió el resto de las bolsas y volcó el contenido en el suelo. —No hay comida… ¡No hay comida!

—Emelie cálmate.

Le miró rabiosa. —¿Que me calme?

—Haré que vayan a por ella de inmediato.

Con ganas de gritar cogió la caja para la arena y su desasosiego aumentó. Parecía que le faltaba el aire, pero ignorándolo dio la vuelta a la bolsa de arena para leer las instrucciones. Sus ojos se nublaron de lágrimas mientras empezaba a respirar con dificultad. Él juró por lo bajo acercándose y arrodilló una pierna a su lado para cogerla de los brazos. —Mírame.

—No. —Volvió la cara.

—¡Nena mírame!

Sollozó antes de mirar sus ojos mientras las lágrimas caían por sus mejillas. —Respira, ahora estás segura.

—¿De veras? —preguntó con voz temblorosa.

Él apretó los labios antes de abrazarla. —Sí, preciosa. Nada te hará daño de nuevo, te lo juro.

Cerró los ojos. Le creyó, no pudo evitarlo, y se sintió segura. Después de tantos años se sintió segura y lloró sobre su hombro hasta que ya no tuvo fuerzas. Ryker tiró de ella poniéndola en pie y la cogió en brazos para llevarla hasta la cama. —Ahora tienes que descansar.

—Pero Blue…

—Yo me encargaré de Blue. No le pasará nada. —Se alejó entrando en el baño y cerró el agua de la bañera antes de agacharse al lado de las bolsas para coger la caja de arena y la bolsa. Entró en el baño y le escuchó decir —Bueno amigo, tienes que usar esto para hacer tus cositas. Ya verás, te gustará. Tengo entendido que sois muy limpios, así que es hora de demostrarlo. —Emelie sonrió girándose para abrazar la almohada mientras escuchaba su voz. —¿Ves? Esto va así, tú entras y te alivias. Ahí. —El gato maulló. —Sí amigo, al principio costará acostumbrarse, pero ya verás como lo aprendes rápido. Además, habrá recompensas si lo haces bien. ¿Tienes hambre? ¿Qué te parece si miramos en internet qué puedes comer? Igual hay salmón en la

nevera. Tenemos chef, ¿sabes? Te vas a chupar las patas. Ahora vamos a dejar dormir a mamá, que está agotada. Necesita descanso.

El sueño la fue venciendo y suspiró. La ayudaría, la cuidaría, se lo había jurado. Un hombre como él no quebrantaba un juramento.

Se sentó de golpe en la cama. —¡Blue! —Por la luz que se filtraba a través de la cortina echada, vio al gatito tumbado en una camita azul de terciopelo al lado de la puerta del baño. Este levantó la cabecita para mirarla, antes de parpadear para volver a tumbarse.

Se llevó la mano al pecho aliviada porque parecía estar bien y es que había soñado que esa bruja se lo llevaba. Suspiró cerrando los ojos. —Ya no está, ya no podrá hacerte daño nunca más.

Salió de la cama y deslizó las cortinas para que el sol iluminara la habitación. Vio un reloj sobre un aparador pegado a la pared, que ponía que eran las seis de la mañana. Bueno, iría a dar un paseo por la playa antes de desayunar, seguro que el servicio todavía no se había levantado. Fue al baño y después de tirar de la cadena, abrió el grifo de la ducha. Se desnudó y se metió bajo el agua que estaba a la temperatura perfecta. Parpadeó porque sobre una pequeña repisa de obra había de todo, desde champú a aceite corporal. Vaya lujo. Se tomó su tiempo y al salir envolvió su cuerpo con una esponjosa toalla. Puede que estuviera tutelada, pero estaba claro que Ryker sabía cómo hacer las cosas. Se cerró la toalla sobre el pecho y en ese momento entró Blue. El pequeño bufó como si fuera una pesadez levantarse, lo que la hizo sonreír. Le siguió con la mirada hacia la caja de arena y asombrada vio cómo se metía dentro para hacer sus cositas. Cuando salió se la quedó mirando y Emelie se agachó. —Muy bien, cielo. Lo has hecho muy bien. —Arrascó su cabecita, pero él puso su patita en la mano como si estuviera buscando algo. —La chuche. Mierda. —Se levantó a toda prisa y salió a su habitación para buscar entre las cosas de Blue. No, allí no estaba el botecito que había visto el día anterior. —Mierda, mierda… —Salió de la habitación con Blue detrás y al no ver a nadie miró hacia el resto de las puertas. ¿Dónde estaría Ryker? Ni corta ni perezosa empezó a abrirlas, pero estaban vacías. Fue hacia las que estaban a la derecha de su habitación y abrió la siguiente a la suya. Estaba a oscuras y eso indicaba que allí dormía alguien. Allí no se veía ni torta, pero afortunadamente un par de segundos después sus ojos se acostumbraron a la penumbra y distinguió el contorno de la cama. De puntillas se acercó a toda prisa y al ver una melena oscura volvió por donde había venido. Aunque igual Marguerite sabía dónde estaban las chuches. Dudó, pero al final cerró la puerta. Entonces miró al fondo del pasillo y entrecerró los ojos al ver que el gatito iba hacia allí para rascar la puerta. De repente sonrió. —Que listo eres. —Se apuró para llegar a la puerta y abrió lentamente para ver la luz del sol. El gatito entró disparado y Emelie metió la cabeza quedándose en shock porque en ese momento Ryker dejaba caer la toalla que rodeaba sus caderas mostrando el trasero más duro e imponente que había visto nunca. Él miró hacia abajo. —Eh, ¿pero qué haces aquí? ¿Me echabas de menos? —Entonces frunció el ceño. —¿Quién te ha abierto…? —Se volvió mostrando todo su poderío y a Emelie se le cayó la mandíbula del asombro porque aquello era digno de admirar. Qué abdominales, qué pectorales y qué bien dotado estaba. Se sonrojó elevando sus ojos hasta su rostro y gimió por dentro porque pensaría que era una pervertida por mirarle así. Disimula Emelie, has visto miles de hombres desnudos durante tus estudios, haz que no pasa nada. Forzó una sonrisa. —Chuche, ha hecho pis.

—Oh… —Miró hacia el gato y carraspeó antes de agacharse para coger la toalla

cubriéndose como si nada. —Así que te has portado como un campeón. ¿Dónde las he dejado? Ah sí, en el pantalón. —Fue hasta una silla que había al lado de la ventana y sacó el botecito del bolsillo delantero. Cuando se giró y se agachó doblando las rodillas ella gimió por dentro porque se le veía todo. Ay madre, que le daba un parraque. Ni vio como acariciaba la cabecita de Blue. —No creo que esta recompensa tenga efecto.

No entendió ni una palabra de lo que había dicho, porque estaba calculando las proporciones que podría alcanzar eso cuando estuviera en pie de guerra. Él al ver que no decía nada la miró. —Emelie.

Levantó la vista hasta sus ojos. —¿Qué?

—Que no servirá de mucho dársela ahora. Tenía que haber sido inmediatamente después —dijo con la voz enronquecida.

—Oh sí, claro —dijo roja como un tomate—. Pero dásela igual, no quiero defraudarle.

Ryker asintió sacándola del bote y se la dio. —Tu dueña es demasiado blanda.

Aquello no estaba blando en absoluto. Uff, qué calores. Cuando se incorporó casi suspiró del alivio. ¿Estaba sudando? Madre mía y ella en toalla, a ver si creía que era una indirecta o algo así.

—Haré que compren más. Por cierto, tu doncella se encargará de que tenga comida y agua. Los artistas a veces os distraéis y no debes preocuparte por Blue.

—Gracias. —Miró al gatito. —Vamos cielo.

Nada, el cachorro no se movió del sitio mirando el bote de las chuches y Ryker levantó una ceja. Muerta de la vergüenza entró en la habitación y lo cogió en brazos antes de cogerle el bote de la mano. —Gracias. —Fue a toda prisa hasta la puerta.

—Emelie… —Le miró sobre su hombro. —Ya que estás despierta, te enseñaré tu estudio.

—Oh, sí claro —dijo a toda prisa.

—¿Sí? —preguntó sorprendido.

—Por supuesto, me visto en cinco minutos. —Salió de allí como alma que lleva el diablo dejándole con la palabra en la boca y corrió hacia su habitación cerrando la puerta de golpe. Miró a Blue. —Esa imagen no la olvidaré en la vida. —Soltó una risita antes de dejarle en el suelo. —Dejaremos el paseo para después.

Como no encontraba la bolsa con la ropa, al mirar el armario fue hasta allí para abrirlo. Se quedó impresionada con la cantidad de ropa que tenía. Al ver un vestido azul muy amplio lo cogió asombrada porque había tenido uno parecido. ¿Qué habría sido de sus cosas? No es que tuvieran mucho valor, pero le hubiera gustado tenerlas. Sobre todo los libros de arte que había comprado de segunda mano con mucho esfuerzo. Hizo una mueca y se puso el vestido a toda prisa sin molestarse en buscar la ropa interior. Cogió unas manoletinas en color beige y se acercó al espejo del baño para peinarse su larga melena que ya le llegaba al trasero. Ya secaría al aire. Se lavó los dientes y le dijo a Blue —¿Listo?

El gatito inclinó la cabeza y ella sonrió. —Pues vamos allá.

Capítulo 5

Salió de su habitación y decidió esperarle abajo. Explorando el hall, vio que había una puerta al fondo que debía dar a la playa y fue hasta allí para mirar a través del cristal. El jardín era hermoso. Estaba lleno de rosas y había varios muebles de jardín de madera pintada de blanco. Al fondo había una valla del mismo material que no quitaba la vista de la playa. Aquella casa era un sueño. Sus dueños tenían mucha suerte.

—Buenos días, señorita. —Chilló del susto volviéndose hacia Beverly que la miró preocupada. —¿Está bien?

—Estaba distraída y… No pasa nada.

—Lo siento, creía que me había oído.

—¿Qué pasa aquí?

La voz de Ryker hizo que la doncella gimiera por lo bajo antes de volverse. —La he asustado sin querer, señor. Llegué por detrás y…

La fulminó con la mirada. —Ni se le ocurra volver a hacer algo así, ¿me ha entendido?

—Lo siento mucho, pero…

—Lo ha hecho sin querer, estaba distraída, no tiene importancia.

—Sí que la tiene. ¿Acaso no sabe la situación tan estresante por la que Emelie acaba de pasar?

—Lo sé, señor.

—Pues no tengo nada más que decir. —Cogió del brazo a Emelie. —Vamos, te enseñaré tu estudio. Preparen el desayuno mientras tanto.

—Sí, señor Reingold. —Beverly se alejó de inmediato.

—Un poco duro, ¿no?

—Estás aquí para recuperarte, no para que te alteren más.

—¿Y no debería verme un psicólogo de verdad si tengo que reponerme?

—Hoy mismo llegará una psiquiatra muy reputada, tendrás una sesión cada día de una hora.

Le miró pasmada deteniéndose en seco. —¿Qué has dicho?

—Lo que has oído.

—Ni hablar.

—¿Crees que se puede superar lo que te ha ocurrido sin ayuda? No bonita, necesitas hablarlo con alguien. Con un profesional, así que no te pongas rebelde y a la terapia. —Abrió la puerta.

—Oye, no eres mi dueño para decidir algo así y… —Al mirar la habitación se le fue el

hilo de lo que estaba diciendo y fascinada dio un paso hacia allí mientras Ryker reprimía una sonrisa. Toda una pared y el techo era de cristal por lo que entraba mucha luz natural y había dos grandes mesas, aparte de un caballete de lo más profesional. También había muchas cajas y varios rollos de lienzo enrollado.

—Sé que a muchos artistas les gusta preparar sus propios lienzos. Aquí tienes de todo y cualquier cosa que necesites puedes pedirla.

Sus ojos brillaron de la ilusión. —¿Todo esto es para mí?

—Este es tu espacio. Solo para ti.

—¿Qué era esto?

—Un cenador. Al parecer la familia lo usaba mucho los fines de semana, sobre todo en invierno para las comidas.

—¿Dejaron de venir?

—Han tenido que alquilarla, varias malas inversiones que han dejado a la familia en mal lugar.

—Vaya, es una pena, es una casa preciosa.

Él hizo una mueca como si no estuviera nada impresionado y Emelie sonrió. —Para ti esto será poco.

—Las he visto mejores.

—No lo dudo. —Se agachó para coger a Blue y lo puso sobre la mesa. —Veamos lo que hay aquí. —Empezó a sacar cosas y a dejarlas a su lado.

—Emelie vamos a desayunar.

—Sí, sí, ahora… —Él se cruzó de brazos y sonrió viéndola desenvolver los pinceles. Era como contemplar a un niño el día de Navidad. Abrió sus enormes ojos como platos. —Dios mío… —dijo como si fuera lo más impresionante del mundo—. Estos pinceles son considerados los mejores que existen.

—Lo sé. ¿Te gustan?

—Dios, Dios… —Chilló sobresaltando a Blue. Empezó a dar saltos de la alegría levantando los pinceles. De repente se tiró sobre Ryker para abrazarle y darle un beso en la mejilla antes de gritar en su cara —¡Gracias, gracias! —Admiró los pinceles. —Esto es increíble.

Agarrándola por su trasero desnudo carraspeó. —Nena, ¿no llevas ropa interior?

Se puso como un tomate antes de mirarle a los ojos. —No la encontraba.

La llevó hasta la mesa y la sentó sobre ella. —Artistas… No vivimos solos.

Lo dijo como si a él no le importara en absoluto, lo que le provocó un vuelco al corazón. —No se me ve nada —susurró.

Se apartó y se pasó la mano por su cabello. Miró sus piernas disimuladamente antes de carraspear como si estuviera incómodo y dijo por lo bajo —Joder…

—Vale, haré que Beverly me baje unas bragas. —Como si nada dejó los pinceles sobre la mesa y sacó varios botes de trementina para dejarlos a un lado. —Esto ya no lo uso.

—Antes no tenías la posibilidad, pero…

—Me gustan más como los hago ahora.

—Como quieras.

—¿A ti te gustan?

—Sabes que sí, ¿necesitas que refuerce tu ego?

—Ja, ja… —dijo como un tomate.

Se acercó a ella y cogió sus manos para que le mirara a los ojos. —Pregunta lo que quieras, Emelie.

—¿Me dirás la verdad o volverás a mentirme?

—Te diré la verdad, se acabaron las mentiras.

Apretó los labios. —¿Dónde están mis cosas? Las de mi apartamento.

—Se esfumaron. Después de que la policía investigó tu desaparición, la señora Ratchford donó todas tus cosas a la iglesia.

Mierda. Sintió una pena enorme sobre todo por los recuerdos. —Las fotos de mi madre…

—Lo siento nena, en tu apartamento no quedaba nada de ti. De hecho, estaba alquilado de nuevo por una profesora de secundaria.

—Entiendo. —Agachó la mirada reprimiendo las lágrimas. —Mis cuadros…

—Los que había colgados en el piso y los que estaban en tu habitación se han trasladado al MoMA por mi deseo expreso para que estén bien conservados hasta que decidamos que vamos a hacer con ellos.

—¿Decidamos? ¡Tengo que decidirlo yo!

—Con mi asesoramiento.

—O sea que si no me pliego a tus deseos, no seré libre.

—Eres libre, pero después de una situación tan traumática, puedes tomar una decisión errónea de la que te arrepientas toda tu vida. Yo estoy aquí para que eso no suceda.

—¿Y si decido quemarlos? —preguntó retándole.

—¿No te lo acabo de decir? Estoy aquí para que eso no suceda.

—¡Son míos para hacer lo que quiera con ellos! —le gritó a la cara.

Puso las manos a ambos lados de su cuerpo y se acercó. —Escúchame bien, entiendo que por lo que hizo esa loca seas reticente a mostrar tu arte, pero es algo que tendrás que superar porque hay millones de inocentes por ahí, gente que nunca ha hecho daño a nadie, que disfrutarán contemplándolos. ¿Piensas privarles de ese placer?

—Exageráis —susurró algo asustada.

—Como ya te he dicho no asistirás a una exposición, no irás a ninguna entrevista ni nada que te incomode, pero tus cuadros seguirán su curso. Tú a seguir pintando y a iniciar una nueva vida.

—¡No quiero que los vean! —gritó en su cara de nuevo.

—Nena… —dijo entre dientes.

—¡No quiero que los vean!

—¿Me estás retando?

—¡Qué te den! —Él le miró los labios cortándole el aliento. —¿Qué haces? ¡Mírame a los ojos!

Pareció sorprendido. —¡Nena, has entrado en mi habitación medio desnuda, vas por la

casa sin bragas y estás demasiado cerca! ¿Qué quieres que pase?

—¿Te he excitado? —De repente sonrió como si fuera un triunfo enorme. —Vaya, gracias.

—¿Gracias por qué? —le espetó.

—Pues no sé, la verdad, pero me siento genial. —Estiró los labios. —Si quieres puedes darme un… —Antes de terminar ya tenía sus labios sobre los suyos y fue tal el impacto que le dio un vuelco al corazón apartándose de él para mirarle con los ojos como platos. —¿Has sentido eso?

Entonces el sorprendido fue Ryker. —Nena, ¿es tu primer beso?

—Bueno…

—Hostia. ¡Es tu primer beso!

—Lo dices como si fuera un delito —dijo asombrada.

—¡Tienes veintiséis años!

—Uno me lo pasé encerrada.

—¿Y antes?

Levantó la barbilla. —Soy muy exigente.

Entrecerró los ojos. —Me da que hay mucho más detrás.

—¿Me besas o no? —gritó exasperada.

—¡Si te has apartado tú! ¡Yo no lo hubiera dejado!

Sonrió de nuevo. —¿De veras? Vale, pues seguimos.

Él se alejó jurando por lo bajo.

—¿Y ahora qué? —preguntó decepcionada.

—Aquí hay algo raro.

—¿El qué?

—¡No tengo ni idea, pero es raro que a una mujer preciosa no le hayan dado un beso en la vida!

—Estaba inmersa en mi arte.

—¡Y una mierda! —Puso los brazos en jarras. —Dime la verdad.

—¡No me gustaba ninguno!

La miró mosqueado. —A mí no me mientas. —Dio un paso hacia ella. —¿Esto no tendrá nada que ver con el capullo de tu padre?

Palideció. —¿Has hablado con mi padre?

—¡Claro que he hablado con tu padre, cuando saliste en todos los medios quiso verte!

—¿Qué? —Se puso a temblar con evidencia y Ryker vio el terror en sus ojos. —No, no quiero verle.

Se acercó a ella. —Nena, no le verás si no quieres, te lo juro.

Se abrazó a él como si fuera su salvavidas y Ryker acarició su espalda. —Te lo juro. Tranquila, aquí estás a salvo.

Sollozó sobre su hombro y Ryker apretó los labios sintiendo que la rabia le recorría de

arriba abajo. —Aquí estás a salvo. A mi lado.

Bill se acercó y se sentó a su lado en la mesa de la terraza. —¿Cómo va todo?

Revisando unos papeles negó con la cabeza. Entonces Bill miró a su alrededor para ver a Emelie jugando con su gatito cerca de la piscina. —Ya veo. —Bajando la voz preguntó —¿Un mal día?

—Seguro que los ha tenido mejores —susurró—. Averigua todo lo que puedas sobre su padre. Quiero saberlo todo.

—No me jodas…

—Al parecer es más cabrón de lo que creía. Se ha puesto a temblar cuando se ha enterado de que la buscaba.

Bill apoyó los codos sobre la mesa. —¿Abusos?

—Le tiene pánico, así que le quiero fuera del país. Consíguelo.

—No hay problema, jefe. Te conseguiré lo que quieres. Es muy conservador, ¿te diste cuenta? Parece de esos que no les pasa ni una a sus hijos para convertirlos en su viva imagen.

—Sí, algo que chocaría frontalmente con las aspiraciones de Emelie. Seguro que ese mamón consideraría que el mundo del arte es demasiado bohemio para que su hija se metiera en él. Los artistas y más en el círculo en el que se movía Emelie, suelen ser muy despreocupados y sexualmente abiertos. Recuerda a ese Vigor o como se llamara, tenía dos amantes.

—Hiciste bien en alejarle de ella. Ese amigo suyo no me gustaba nada.

—Es un capullo que solo quiere subirse al carro de su fama. Ni siquiera se preocupó en buscarla cuando desapareció. Solo esa…

—Sara, jefe. Sara Mackenzie.

—Solo ella se preocupó cuando desapareció. —Apretó los labios. —Si la policía hubiera registrado la casa de la señora Ratchford como sugirió…

—¿Quién iba a sospechar de esa ancianita? Además, la chica también llegó a creer que se había ido, porque la anciana la había presionado con que siguiera pintando. La vieja lloró y todo contándoselo. Se lo tragaron, ¿quién sospecharía de una mujer de su clase? Y tenían base para creer sus mentiras, recuerda que cuando registraron el piso de Emelie no estaba su documentación ni su móvil. Creyeron que se había ido.

Dejó los documentos a un lado. —Intenta conseguir fotos de su madre, ¿quieres? Es lo único que le importaba de lo que tenía en su piso.

Bill asintió. —Hecho, como si tengo que robárselas a ese mamón. —Miró hacia ella que estaba tumbada al sol con su gatito encima. Ambos miraban una rosa que tenían a unos metros. —No está en el estudio desahogándose.

—Desde que se enteró de que su padre la buscaba, ha perdido el interés. No voy a presionarla. Su necesidad de pintar la llevará de nuevo allí, no podrá evitarlo.

Se le quedó mirando. —Hablando de interés, pones mucho en ella.

Se tensó. —Es el mayor descubrimiento desde Miguel Ángel, no podemos dejar que se pierda en el camino.

—¿Tanta fe tienes en ella?

—¿Acaso no has visto sus obras?

Bill asintió. —Impresionantes. No me puedo creer que nadie se diera cuenta.

—Oh, se dieron cuenta, pero solo pusieron piedras en su camino. Su padre, sus profesores… Todos intentaron desanimarla por distintas razones; egoísmo, envidia… Los galeristas no la querían porque no se había ganado un nombre, pero todos sabían que era especial. Lo más terrible es que le hicieron creer que no valía nada. Por eso no se cree nada de lo que decimos respecto a sus obras. No creía a la vieja y no nos cree a nosotros. Y es algo que seguramente no se llegará a creer por mucho éxito que tenga. Pensará que está teniendo suerte o que están mal de la cabeza por pagar tanto por un cuadro, pero será casi imposible que llegue a creer que es la mejor pintora que ha dado este siglo.

—Igual es mejor así, cuando se les sube el pavo no hay quien los aguante con sus tonterías.

—Eso nunca ocurrirá con Emelie, porque todo lo que ha soportado en el pasado le impedirá dar ese cambio.

—¿Qué tienes pensado hacer con ella?

—De momento que pinte, que se sienta a gusto pintando y después lo demás ya vendrá solo. Necesita tiempo para admitir todo lo que está ocurriendo. Lo más importante es que nada la hiera más de lo que ya está, así que encárgate de su padre.

Capítulo 6

—¿No piensas hablar conmigo?

Se sonrojó con fuerza mirando a su terapeuta. Stephanie sonrió acomodándose mejor en la silla del jardín. —Llevo aquí una media hora y solo me has dicho tu nombre. No has contestado a ninguna de mis preguntas. ¿Quieres que me vaya?

—Sí.

—Al fin una respuesta.

Acarició la cabeza de su gatito y Stephanie observó a Blue. —Se le ve muy cómodo, los gatos suelen ser animales bastante independientes. Este no se separa de ti.

—Quiere estar conmigo, ¿qué pasa? —preguntó molesta.

—Nada en absoluto. Me encantan los gatos, tengo dos. Aunque te aconsejo que le capes para que no se te escape. Cuando sea adulto y pase cerca una gata en celo…

La miró asombrada porque eso no lo sabía. Su otro gato no tenía posibilidad de escapar. —¿De veras?

—Sí, además deberás tener cuidado con los balcones. Los gatos son un poco camicaces y puede caerse abajo.

Ella miró hacia la fachada para buscar su ventana y vio a Ryker observándolas muy serio.

Stephanie también miró hacia allí. —Me está controlando —dijo antes de soltar una risita —. Es algo protector, ¿no crees?

—¿Y eso tiene algo de malo? —le defendió sin poder evitarlo.

—No, por supuesto que no, siempre que no te moleste a ti.

—No me molesta —dijo entre dientes antes de levantarse e ir hacia la puerta de la casa dejándola con la palabra en la boca.

Ryker bajó las escaleras para verla meterse en el pasillo que llevaba al estudio y escuchó como cerraba de un portazo. En el hall se encontró con la doctora Rogers. —¿Ha dejado la sesión?

La mujer asintió. —Bueno, al menos ha aguantado media hora. Prácticamente en silencio, pero la ha aguantado.

—¿Qué opina?

—Que es alguien acostumbrado a encerrarse en sí mismo, pero no me extraña. Muchos artistas son dados al aislamiento emocional. Su trabajo es solitario y absorbente. No, no me extraña que no se incline a contar lo que siente. Pero avanzaré. Al menos hoy me ha recibido, que era lo único que esperaba. Mañana será mejor. —Fueron hacia la puerta. —Pero prepárese, señor Reingold… Ha pasado por algo muy traumático. Tendrá momentos de alegría, tristeza por el tiempo perdido, rabia, dolor… Debe estar preparado para todo.

—Cuando habla de todo, ¿se refiere a un intento de suicidio?

—Si no hubiera visto ese gato le hubiera dicho que sí, pero ahora sé que no lo abandonaría por nada del mundo. —Le miró a los ojos. —A ese gato no puede pasarle nada, señor Reingold. En este momento no lo soportaría.

Salió del estudio porque tenía hambre y caminó descalza sobre el mármol blanco con Blue detrás. Cuando pasó por el comedor para ir a la cocina escuchó —Emelie, te estamos esperando.

Se inclinó hacia atrás mostrando la cabeza para ver a Marguerite y a Ryker ya sentados a la mesa. Mierda. —Ah, ¿sí?

Él estiró la mano indicando la silla que estaba a su lado y Emelie gruñó por dentro. —Respetarás las comidas o sino nadie de esta casa comerá, ¿lo has entendido? Ni siquiera el gato.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —Será una broma, cuando pinto…

—Bla, bla, bla…

Gruñó yendo hacia él y sentándose de mala manera. Miró con rencor a Marguerite que levantó una ceja como si su comportamiento le hiciera gracia. —¿Qué pasa?

—Nada —dijo con su encantador acento francés antes de coger su servilleta y ponérsela sobre el regazo. Parecía la mujer perfecta con su impecable vestido de firma y su maquillaje casi profesional. Hasta se había planchado el cabello. Al ver como cogía una de las copas y daba un sorbo se fijó en su manicura permanente. Emelie apretó los puños sobre su regazo. Le caía mal, le caía muy mal.

Cuando tragó sonrió falsamente. —¿Estabas pintando?

—¿Y a ti qué te importa?

—Era una pregunta de cortesía.

—No te molestes.

—Al parecer no te caigo bien.

Vaya, la había pillado, aunque no había que ser muy lista para darse cuenta. Pero en esas situaciones era mejor mentir. —No me caes ni bien ni mal, no te conozco.

—Nena, no seas falsa, puedes decir lo que piensas.

—Me caes fatal.

Eso pareció hacerle gracia. —¿Se puede saber la razón?

Levantó la barbilla. —Pues porque desde que he llegado me miras por encima del hombro, porque eres una trepa que solo quiere llevarse a Ryker a la cama y te encantaría ser la señora Reingold, solo hay que verte, pero lo que más me molesta de ti es esa sonrisa falsa que pones. Eres una actriz pésima y no sabes disimular.

Eso le hizo perder la sonrisa de golpe. —No se puede ser más grosera con los que han intentado ayudarte.

—Si tú estás aquí es por él, a mí no me vendas la moto. —Beverly le puso delante un plato y ella lo miró distraída antes de coger el tenedor, pero al darse cuenta de lo que era lo miró de nuevo. —¿Ensalada?

—Es muy sana, come —ordenó Ryker.

—¿No hay pasta o algo así? —Rogó a Beverly con la mirada que iba a quitar su plato.

—No —dijo Ryker rotundamente—. No se puede vivir solo de hamburguesas y comida basura. Tu alimentación ha sido muy pobre y tienes que recuperar vitaminas y todo lo demás. Órdenes del médico.

Pinchó la hoja de la lechuga con mala leche y esta iba aumentando por momentos. Escuchó como el gato maullaba y a toda prisa se volvió para ver que otra de las doncellas le servía a su gato la comida. Sonrió antes de volverse para encontrarse con la mirada furiosa de Marguerite. —¿Qué?

—No soy de las que se acuestan con el jefe para trepar.

—Ya, claro —dijo con la boca llena.

—Hay que tragar antes de hablar.

—Es que no tengo modales, ¿no te has dado cuenta?

—Por desgracia sí, como esta mañana cuando has dado un portazo que ha despertado a media casa.

Se sonrojó por el reproche, pero aquello era una guerra abierta y no se pensaba cortar. —Pues no te has levantado, ¿soñando con el jefe y te resistías a despertar?

—Qué tontería, llevo trabajando con él tres años y jamás me he insinuado.

—Se te está pasando el arroz, maja, no deberías desperdiciar tu tiempo de esa manera. Yo solo he necesitado unas horas y ya me ha besado.

Asombrada miró a su jefe, que las observaba como si no pasara nada. —¿Eso es cierto?

—No creo que sea de tu incumbencia.

—Acaba de pasar por un periodo muy estresante, lo que menos necesita…

—Lo que necesita o no lo decidiré yo, que para eso está bajo mi cuidado.

—¡Exacto! ¡Bajo su cuidado! ¡No debería animarla!

El rostro de Ryker indicaba que estaba furioso, lo que demostraba que poca gente le decía lo que tenía que hacer y esa mujer no era uno de ellos. —¿Estás insinuando que mi actitud es reprochable?

Se sonrojó. —Estoy diciendo que debe tener cuidado, señor. Como puede ver es algo inestable y…

Él golpeó la mesa haciendo que se cayera una copa. —Sal de esta casa.

Perdió todo el color de la cara. —¿Qué ha dicho?

—¡Emelie no es inestable! ¡Acaba de pasar por algo muy duro y su comportamiento es totalmente lógico hasta que se ubique en su nueva vida! ¡Es tu comportamiento el que me deja atónito!

Los ojos de Marguerite se llenaron de lágrimas. —Pero ha sido ella quien me ha ofendido, ¿acaso no tengo derecho a defenderme? —La miró y Emelie se revolvió incómoda en su asiento. —¡Tú me has insultado con eso de que quiero algo con él! ¿No vas a decir nada?

Bueno, tampoco quería que nadie perdiera el empleo por su culpa y se sintió fatal. Arrepentida miró a Ryker. —Igual me he pasado porque no me ha entrado por el ojo desde el principio. —Se acercó y susurró —Pero tengo curiosidad, vamos dímelo, ¿se te ha insinuado?

—Marguerite es lesbiana y está casada desde el verano pasado.

Se quedó de piedra y miró a Marguerite que aún seguía sin color en la cara. Leche, que patinazo. —¿De veras eres lesbiana?

Sorbió por la nariz. —Pues sí —dijo orgullosa.

—Vaya, lo siento. —Mierda. —No siento que seas lesbiana, de hecho, me alivia mucho, pero… —Uy, en que jardín se estaba metiendo… —Pero eres una trepa.

—¿Qué problema hay en ser ambiciosa? —preguntó mosqueada.

—Ninguno, ninguno en absoluto. —De repente sonrió. —Ya me caes mejor.

—¿No me digas? —preguntó con burla—. Pero no me extraña nada porque se te acaba de quitar la rival del medio, ¿no?

Pues ya que lo decía… —Pues sí. —De repente Marguerite se echó a reír. —¿De qué te ríes? —preguntó ofendida.

—Puede que seas la mejor artista del siglo veintiuno, pero él jamás se casará contigo.

—¿Quién habla de boda? —preguntó espantada.

Eso sí que les confundió. —¿No quieres casarte con él? —preguntó su ayudante.

—¡Claro que no! Una cosa es querer perder la virginidad con él, que está muy bueno y seguro que me deja temblando, y otra muy distinta es pasar la vida al lado del dictador del látigo siguiendo todas sus órdenes. Antes me pego un tiro.

Ambos parpadearon antes de mirarla comer como si se lo fueran a quitar de la boca. Ryker es que ni sabía que decir mientras ella masticando sonreía de oreja a oreja. —No te ofendas.

—Ah, ¿no?

—Tú eres como eres, no pegamos nada. Así que no te hagas ilusiones. —Se metió el tenedor en la boca de nuevo acabando la ensalada y se levantó. —Ya he acabado. —Se largó del comedor antes de que nadie pudiera evitarlo y Blue la siguió dejando el silencio tras ella.

Marguerite le miró de reojo. Parecía a punto de explotar y gimió por dentro. —Señor… ¿Preparo la maleta?

—Ahora que habéis limado asperezas no creo que sea necesario —dijo entre dientes antes de coger el tenedor—. Ha dicho lo que creo que ha dicho, ¿no?

Su ayudante asintió. —Ha sentido celos de mí para después decir que solo quiere acostarse con usted, señor.

—Sí, eso me había parecido.

Entonces ella vio el lado divertido del asunto y reprimió la risa. —Quiere temblar, señor.

—Ajá… Y crees que es contraproducente.

—Creo que debería consultarlo con la doctora, igual no es el mejor momento. Puede que esté confusa respecto a lo que siente. —Él asintió, pero era evidente por la expresión de su rostro que no se había relajado nada. —Si la he llamado inestable es porque…

—No vuelvas a hacerlo —dijo cortante.

—No, señor.

Se quedaron en silencio durante varios minutos y ella incómoda le miró de reojo. —Señor, si le gusta Emelie…

—¿Crees que necesito tus consejos? —preguntó con voz lacerante.

—Espere un poco.

—Eso pensaba hacer —dijo con ganas de pegar cuatro gritos.

Su ayudante sonrió de oreja a oreja como si estuviera encantada. —Estupendo.

Sentada ante la mesa de trabajo ni se podía creer lo que había dicho. —¿Es que estás loca? —Dejó caer la cabeza sobre la hoja de carboncillo. —¿Cómo se te ha ocurrido decir que querías acostarte con él?

Alguien carraspeó y chilló del susto incorporándose con una mancha negra en la frente. Beverly forzó una sonrisa. —Le traía la tarta.

—Oh, qué bien, gracias. Creí que iba a tenerme a ensalada una temporada.

Rio por lo bajo. —No señorita, una dieta sana, pero siempre habrá postre. Además, se ha levantado demasiado pronto porque detrás de la ensalada había pescado.

—Vaya, me he precipitado de nuevo.

Beverly miró el dibujo. —Oh, que bonito.

—¿Entiendes de arte?

Riendo negó con la cabeza. —Nada en absoluto. Pero sé lo que me gusta. —Señaló el dibujo de una estatua romana. —¿De dónde lo ha sacado? ¿De un modelo?

—Es una estatua famosa, como he practicado tanto me la sé de memoria. —Se encogió de hombros antes de meterse la cuchara en la boca. La tarta de chocolate estaba para morirse.

Beverly inclinó la cabeza. —Buen trasero. —Se echó a reír. —Y tiene el perfil del señor.

—¿Qué? —Lo miró y gimió por lo bajo porque sí que se parecía un poco a él, sí. Mierda. —Qué casualidad, ¿no?

La miró maliciosa. —Te gusta mucho —dijo tuteándola al fin.

—Está para comérselo.

Ambas se echaron a reír. —Es cierto. Y tú le gustas.

Se sonrojó. —No, qué va.

—De veras. Conozco a estos ricachones, aparentan que nada les importa, pero a él le importas tú.

—Le importa mi obra.

—¿Y por qué te besó?

—Cállate —dijo haciéndola reír—. No, de veras, fue un acto reflejo. Él me lo dijo.

—¿Hablas en serio?

—Le abracé, no llevaba ropa interior y se dio cuenta. Es un hombre y una cosa llevó a la otra, pero de ahí a algo más profundo… No, ni hablar. Somos de mundos opuestos.

—Pues yo creo que si no fueras su tutelada, ya habrías pegado cuatro gritos en su cama.

Se puso como un tomate. —¿Tú crees?

—Te mira como si fueras suya. A mí un tío me mira así y se me caen…

Alguien carraspeó y Beverly se dio la vuelta de golpe mostrando a Ryker que estaba en el vano de la puerta. Vio la tarta en su plato y levantó una ceja. —Es por si se quedaba con hambre.

—Ya. ¿No tienes cosas que hacer?

—Sí, por supuesto.

Salió a toda prisa del estudio y Emelie suspiró. —Genial, me la has espantado. Es maja, ¿sabes?

—Es del servicio y hablas con ella de más —dijo muy serio—. No son tus amigos, son personas que trabajan para nosotros y acabo de recordar que no tienen contrato de confidencialidad, así que habrá que solucionarlo.

—No va a contar nada.

—Ah, ¿no? Te aseguro que sigues siendo noticia y esos buitres estarían dispuestos a todo por saber dónde estás.

Le miró a los ojos. —¿Me estás diciendo que ya no podré tener amigas?

—Te estoy diciendo que te costará encontrarlas.

—¿Tú tienes amigos?

—Por supuesto, pero en quien más confío es en Bill.

No salía de su asombro. —¿El chófer? ¿Él no es parte del servicio?

—Eso es distinto. Bill ha demostrado mil veces que es de confianza y que se preocupa de veras.

—¿Y Beverly cómo va a demostrar eso si no le doy una oportunidad?

Entrecerró los ojos. —Muy bien haz lo que quieras, pero el contrato lo firma o se va a la calle.

—Que aguafiestas —dijo por lo bajo antes de mirar su dibujo y darle la vuelta.

Ese gesto le tensó. —¿Yo no puedo verlo?

Se sonrojó. —Está sin terminar.

—No importa.

Beverly lo había visto y lo sabía, negárselo a él era una grosería. —No me gusta enseñar nada que no esté terminado, pero si quieres…

Él se acercó y cogió delicadamente la hoja antes de volverla. La observó de arriba abajo mientras ella retenía el aliento. De repente su opinión era importantísima. —¿Qué opinas?

—Que necesitas modelos para seguir haciendo cosas así. ¿Tengo un lunar en el trasero?

Ella se acercó para verlo y sopló sobre la hoja para que se fuera un pedacito de pastel de chocolate. La fulminó con la mirada y ella forzó una sonrisa. —Ya está. —Inclinó la cabeza a su lado. —Muy Leonardo, ¿no crees?

—Se nota que has estudiado su obra.

—He estudiado muchas obras. —Volvió a su taburete y se sentó para seguir comiendo.

—Nena, será la última vez que comas en el estudio.

—Sí, ya.

—Hablo en serio. —Levantó la hoja para que al tras luz se viera la mancha de grasa. —¿Ves esto? ¡Es intolerable!

—¡Oh por Dios, puedo hacer mil más!

—¡Acabas de tirar cien mil dólares a la basura!

De la impresión se le cayó el plato y todo. —¿Qué has dicho?

Él apretó los labios. —No quiero presionarte, pero hasta los bocetos sirven. —Dejó la hoja sobre la mesa. —Mira, ¿te gusta esta casa? —Ella asintió. —Podrás comprártela en menos de seis meses. ¿Qué digo en seis meses? Podrías comprártela mañana. Es tu futuro, Emelie.

Se le cortó el aliento porque hablaba muy en serio y empezaba a entender que lo del periódico era muy cierto.

—De hecho, podrías dejar de trabajar con las obras que tienes almacenadas. Se venderían por millones de dólares. Serías rica. Pero yo quiero que entiendas que tu arte está por encima de eso. Alimentas almas y cualquier cosa que hagas, como si es un garabato en una servilleta, es importante, porque tu nombre, tu obra te sobrevivirá más allá de lo que creas posible.

Algo tembló en su interior y sintió miedo. —¿Tanta fe tienes en mí?

—Creo que ya es hora de que veas algo. —Cogió su mano y tiró de ella hasta la puerta. Intrigada le siguió hasta un despacho donde estaba Marguerite. En cuanto pasó cerró la puerta. —Muy bien. Pon el proyector, quiero que lo vea.

Marguerite la miró de reojo. —¿Seguro? ¿No es demasiado pronto?

—No, las tiritas cuanto antes se quiten mejor.

—Muy bien. Siéntese señorita.

—Llámame Emelie.

Marguerite sonrió. —Siéntate, por favor.

Lo hizo en un sillón que había ante el escritorio de caoba y Marguerite cerró las contraventanas para dejar la habitación a oscuras.

—Quiero que veas un estudio que han hecho nuestros expertos en el Louvre.

Su ayudante pulsó un botón y apareció en la pared la primera fotografía. Una de las pinturas que estaban colgadas en el piso de la señora Ratchford. —¿Cuándo pintaste esta obra? —preguntó él.

—No sé, ¿hace cuatro años? Por ahí. Acababa de salir de la escuela de arte.

—Bien, ¿qué ves?

—Un mar al atardecer.

—De estilo Van Gogh, ¿no es cierto?

Suspiró. —Sí, me gusta ese estilo, es con el que más cómoda me siento.

—Pinceladas cortas.

—Sí.

—Ahora quiero que veas lo que han encontrado en el Louvre, aunque yo ya lo había visto y fue la razón por la que fui a buscarte. Marguerite…

Dio al botón y vio otro atardecer, pero en tonos azules en el lado contrario del cuadro. En la imagen habían quitado los tonos naranjas y rojos para dejar solo los azules y era otro cuadro distinto, aunque era el mismo. Se tensó sin poder evitarlo. —¿Qué habéis hecho con mi cuadro?

—Sabía que no lo hacía a propósito —dijo él encantado.

Se levantó y se acercó a la pared sintiendo que el miedo la recorría. —¿A propósito? ¿Pero de qué hablas? ¿Qué habéis hecho con mi cuadro?

—Tranquila, tu cuadro está bien. No permitiría que le pasara nada. Fíjate… Por sí mismo tiene una fuerza increíble. Más que cualquier artista que haya visto nunca, pero tú encima tienes otra habilidad. Debajo de esa obra hay otra. La otra imagen la encubres en tus pinceladas, está ahí pero no se ve a simple vista. O al menos no todo el mundo puede verla.

Marguerite pulsó el botón. El cuadro de las manos que se agarraban. Ryker se puso a su lado. —¿Ves esto? Están agarrándose, pero… —Llegó la siguiente fotografía y a su derecha las manos estaban separadas como si la mano no hubiera sostenido su peso.

Angustiada se llevó la mano al cuello. —Dios mío… Esto no está pasando. No, no…

—Lo haces de manera inconsciente, nena. Es de lo más asombroso. Nadie ha hecho algo por el estilo. Sí, hay gente que hace cuadros en los que puedes ver otras cosas, pero es que tu obra está oculta. Solo se puede ver con trucos así. Oscureciendo colores para destacar otros. Normalmente los claros. Amarillos, naranjas y rojos.

—Tonos cálidos —susurró.

—Exacto, dejando a la vista los fríos y ahí se muestra la verdadera realidad. Dos caras de una misma moneda. Dos versiones de una misma historia. La que quieres mostrar y la que ocultas.

Casi temía preguntarlo —¿Eso sale en todos los cuadros? ¿Los habéis revisado todos?

—Sí. Y ya lo hacías en la academia, lo hemos comprobado con unos bocetos de entonces que la vieja guardaba en su piso. Según las fechas tú acababas de empezar en bellas artes cuando lo hiciste por primera vez. —Sonrió con ironía. —Te aseguro que tus profesores se están tirando de los pelos por no haberse percatado de todo tu potencial.

Todo aquello la asustó aún más. Temía la repercusión que pudiera tener. Tenía que detenerlo. —¿Y si no puedo hacerlo nunca más?

—Claro que lo harás. —Cogió su mano. —Y si no es así, cualquier cosa que hagas seguro que será fascinante.

Esa frase la enfureció. —¿Qué parte no entendiste cuando te dije que no quería que los viera nadie? —gritó antes de salir corriendo.

Ryker suspiró antes de sentarse en la esquina del escritorio. —He metido la pata. La he abrumado.

—¿No me diga, señor? —La miró como si quisiera estrangularla. —Va demasiado deprisa. Hace cuatro días estaba encerrada en una habitación y ahora está aquí con nosotros, con unos desconocidos que también la retienen. Debe darle su tiempo.

—¡Joder, no hay tiempo! ¡Ahora es el momento y lo sabes tan bien como yo! ¡Tiene que aprovechar que todos los focos están sobre ella!

—Si es tan buena como creemos, dará igual cuando saque su obra a la luz. ¡Además, si la presiona puede que consiga todo lo contrario y tema hasta coger un pincel! ¡Y hasta ayer usted estaba de acuerdo! ¡No entiendo por qué ha cambiado de opinión! —De repente se le cortó el aliento. —Dios mío, es por ella, ¿no es cierto?

—No digas estupideces —dijo entre dientes.

—La ha besado, le gusta, se niega a perderla de vista y quiere que se espabile en su

recuperación. Quiere llevársela a Italia.

—¡No sabes de lo que hablas!

—¿No? ¿Entonces esa cita tan importante que tiene en Verona en tres semanas no tiene nada que ver con la prisa que le ha entrado ahora?

Salió del despacho y dio un portazo haciendo que Marguerite levantara una de sus cejas. —Ya veo.

Capítulo 7

Sentada en el taburete acariciando a Blue miraba el lienzo en blanco. Sintió su presencia tras ella y le escuchó suspirar. —¿Te he presionado demasiado?

La enterneció su preocupación y se volvió para mirarle a los ojos. —¿Por qué crees que hago eso?

—Ni idea, nena. Será tu subconsciente.

—Es como dejar plasmados mis pensamientos. Mientras pintaba las manos, sabía que no sostendría su peso.

—¿Te da miedo?

—Sí.

Él se acercó y acarició su mejilla. —¿Qué hay de malo en plasmar tus sentimientos?

—Es como quedarse desnuda ante el mundo.

—Para alguien que va sin ropa interior no es tanta diferencia. —Ella sonrió sin poder evitarlo. —Así me gusta.

—¿Tú te diste cuenta de que estaba allí?

—Sí.

—¿Cómo?

—No lo sé. Me pasa con todos tus cuadros. Veo su otra cara primero. Es como esas imágenes que te ponen los siquiatras, unos ven una cosa, pero hay otras personas que ven algo totalmente distinto. Me pasó una vez en la universidad, ¿sabes? No recuerdo que profesor sacó la imagen, pero todos veían un hombre a caballo y cuando me preguntó a mí que estaba atónito, le dije que veía una mujer con un sombrero antiguo. Él sonrió diciendo que los primeros estudiantes que habían dado su opinión se habían dejado influir por los demás. Sin embargo, con tu obra no es así. Nadie ve la otra cara, solo yo hasta que quitaron los colores cálidos.

—¿Y qué ves en mí?

—Una mujer asustada y no solo por su pasado reciente, pero que es tan fuerte que se sobrepondrá a todo y seguirá adelante. —Acarició su barbilla. —¿Qué te asusta, nena? Déjame ayudarte.

—Ya has hecho mucho.

—Quiero hacer mucho más. Quiero que seas feliz con lo que amas.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Y si para ser feliz quiero una vida normal, pintar solo para mí, que no me conozca nadie y nadie vea mis obras?

Él suspiró cogiendo el gato y poniéndole sobre la mesa. —¿Qué temes, nena?

—Contéstame.

—¡Dime la verdad! ¡Qué temes!

—¡Qué otro pirado quiera apoderarse de mi vida!

—No es cierto, ahora estás segura. ¿Qué temes?

Le miró fríamente. —¿Qué estás haciendo tú, Ryker? Eres como ella, solo queréis una cosa de mí.

La cogió por los brazos. —Te aseguro que yo quiero mucho más. ¡Qué temes! —gritó furioso—. ¡Dímelo! ¡Así dejaré de torturarte con una vida que realmente no quieres!

—¡Quiero ser libre!

—Y solo lo eres pintando ¿no es cierto? —Entonces la miró sorprendido. —Sabías exactamente lo que hacías, cada pincelada que dabas. Te escondías tras la otra parte del cuadro.

Rabiosa intentó soltarse. —¡Déjame!

—¡Pero han descubierto tu secreto y te aterra! ¡En los cuadros expresas tus sentimientos, tus temores, tus miedos y ahora están expuestos ante todos! —Pálida ni se dio cuenta de que sus lágrimas recorrían sus mejillas y él entrecerró los ojos. —¿Qué no he visto, nena?

—¡Cállate!

—Te aseguro que lo voy a descubrir. —Se volvió para irse y ella gritó por el dolor que llevaba dentro intentando detenerle agarrando su brazo. —Emelie suéltame.

—¡No, no! —De repente sollozó. —No lo hagas. ¡Por favor, no lo hagas!

Al ver su desesperación la abrazó a él. —Preciosa, ¿qué te han hecho?

—No quiero que los vea nadie. Por favor… —Realmente aterrada sollozó de nuevo y él apretó los labios antes de besarla en la sien. —Por favor…

—Shusss, tranquila. Haré que los guarden todos en una cámara acorazada, ¿de acuerdo?

Apartó la vista para mirarle a los ojos. —¿De veras?

—Te lo prometo. No los verá nadie más.

—Gracias, gracias….

—¿Por qué con ella sí querías triunfar?

—Nadie se dio cuenta nunca de la parte oculta de los cuadros. Ni ella. Creí que siempre sería así.

Él asintió. —Pero el día en que te vi por primera vez ya no querías que los vieran, te pusiste histérica cuando los viste en la televisión. ¿Por qué, nena? ¿Fue por lo que me dijiste de la señora Ratchford y sus pretensiones?

—Sí, porque ella hubiera ganado. Era lo que quería, que los mostrara al mundo, era la única manera que tenía de vengarme. —Le miró a los ojos. —¿Por qué no haces la pregunta que quieres hacer en realidad? La respuesta que buscas es no. En aquel momento no temía que descubrieran la otra parte de los cuadros. Creí que estaba segura, siempre lo he pensado, hasta esta noche —dijo agotada.

Ryker la cogió en brazos y se volvió pensando que ahora Emelie tenía aún más razones para negarse a mostrar sus cuadros, lo que no sabía si era un avance en su recuperación o habían retrocedido aún más.

—Blue…

Se giró para que cogiera al gato y se lo puso en el regazo. —¿Crees que la señora

Ratchford ha ganado? —preguntó pensativa.

—No, preciosa. Porque ella no se va a llevar el mérito de haberte encontrado. El mérito lo tienes tú porque es tu trabajo. Un trabajo increíble.

—Me lo has prometido. —Le rogó con la mirada. —No quiero que lo vea nadie más.

—No debes preocuparte por eso, yo cumplo mis promesas.

Emelie acercó el rostro a sus labios y le dio un suave beso antes de decir —Gracias.

Ryker entró en el despacho y muy serio cerró la puerta.

—¿Está bien? —preguntó Marguerite—. Me ha parecido oírla llorar.

—Ahora está dormida. Saca todas las fotos que tenemos de los cuadros.

—¿Qué ocurre?

—Algo se nos escapa. Hay que analizar toda su obra, nos oculta algo más.

Eran las seis de la mañana cuando impresionados dieron un paso atrás para ver la composición que habían hecho con veintiocho caras ocultas de sus cuadros. —Increíble —dijo Marguerite contemplando la escena de lo que parecía un asesinato—. Es increíble, como si estuviera contando una historia.

—Vio la muerte de su madre. La mano débil es la suya que no pudo sostenerla cuando caía por la ventana.

—Pero no pintó una mano infantil. En aquel momento era una niña.

Ryker asintió. —Porque se sigue torturando con ello. Lo recuerda continuamente y es como si aún quisiera agarrarla, evitar que cayera. Estoy seguro de que su madre ni siquiera agarró su mano para evitar llevársela con ella, pero en su mente ella intentó cogerla y lo representa así.

Las miradas de ambos fueron a parar al rostro distorsionado del hombre. —Así que él la empujó y la niña la intentó salvar.

Miró la última foto. —De ahí el pozo. Se sumió en un pozo negro viviendo con él.

—En contraste con el pozo de aguas cristalinas que todo el mundo ve. Dios mío…

—Tengo que hablar con la psiquiatra.

—Esto es muy gordo. No quedará muy bien que haya sido cómplice de asesinato.

—Joder, era una cría.

—Pero se calló.

—¡La tenía amedrentada!

—Pero se calló incluso siendo adulta. Esto puede salir a la luz en cualquier momento, ahora entiendo su interés en que nadie viera su obra.

Se llevó las manos a la cabeza intentando pensar. —Bien, recogeré sus obras y…

—¡Esto puede descubrirlo cualquiera! ¡Nosotros lo hemos descubierto! Ya no hay quien lo pare. No sabes cuantos expertos tienen estas fotos, probablemente todos con la repercusión

que está teniendo. Solo es cuestión de tiempo. Tiene que hablar con la policía y cuanto antes. Alegaremos que el trauma de la señora Ratchford lo ha sacado a la luz. Que como era una niña lo había olvidado. Que pinta eso de manera inconsciente, aunque tú y yo sabemos que no es así.

—Estoy seguro de que una parte de ella lo hace de manera inconsciente, necesita liberarlo.

—Pues entonces no habrá problema. Es su inconsciente el que quiere sacarlo a la luz y la terapia la ha ayudado en eso. Pero…

—¿Pero qué?

—¡Jefe, si quieres meterte en esto tengo que avisarte, hay cosas que no me cuadran!

—¿Como qué?

—Como que hace unas horas aquí mismo en este despacho nos ha mentido a la cara con un desparpajo que mete miedo, al hacerse la tonta como si no supiera que eso estaba ahí. De hecho, se hizo la inocente con un papel de Óscar. Eso por no mencionar su secuestro que cada vez me parece más sospechoso.

—¿Qué dices? ¡La rescataron! ¡Viste los cuadros, donde vivía!

—Sí, ¿pero sabes lo que no vi? Compresas.

—¿Qué?

Miró en el escritorio. —Este es el listado de lo que había en su habitación, no hay ni un solo paquete de compresas, tampones, nada...

—¡A lo mejor las había acabado!

—Qué casualidad. Como es una casualidad que las compresas estuvieran en el baño de la vieja. ¿Crees que esa mujer las usaba?

—¡Igual se las daba a diario, yo qué sé!

—¿Y cuando su amiga fue a su piso no la oyó? ¿No la oyó nadie?

—La habitación estaba insonorizada. ¡Igual no llegó a entrar en el piso! ¡No lo sabemos con certeza!

—La puerta no está insonorizada, por eso la escuchó el portero.

Ryker apretó los labios. —Dijo que solo había escuchado un murmullo. Algo tendría la puta puerta para evitar que se oyeran sus gritos. Solo se te ocurren disparates.

—Pues te voy a contar uno todavía mayor, creo que todo fue un montaje. Creo que sabían que no conseguiría fama a no ser que se organizara un auténtico escándalo y un secuestro es de lo más jugoso para la prensa. Eso la haría famosa. La vieja intentó vender sus cuadros de todas las maneras posibles y no fue capaz, así que se sacrificó a sí misma por el bien de su obra.

—No digas locuras.

—¿Locuras? Puede que sí, pero si le das vueltas…

Escucharon un ruido fuera y se detuvieron en seco mirando hacia la puerta. Volvieron a sentir el ruido y Ryker fue hasta allí para abrirla de golpe. Al mirar hacia abajo entrecerró los ojos porque era Blue rascando la puerta. El gatito entró y él elevó la vista hacia la escalera frunciendo el ceño. Cerró de nuevo cuando el gato pasó y al volverse vio como Margarite cruzaba los brazos levantando una ceja. —Estaba espiando. Ahora ya sabe que hemos descubierto sus secretos.

—No exageres. Igual el gato se ha escapado de su habitación. —Se agachó para cogerlo.

—Ya, claro. Si es como su sombra.

—No seas mal pensada —siseó empezando a temer que tuviera razón.

—¿Mal pensada? —Señaló las fotos. —Pues todavía no he descubierto el resto de los puzles, porque seguro que hay más. Hay más de cien cuadros y estoy convencida de que hay muchos misterios por resolver.

—¡Eso!

—¿Eso qué?

—Que nos hemos inventado este resultado. Seguro que si nos lo proponemos hay algo que demuestre que mató a Kennedy.

Ella entrecerró los ojos. —¿Tú crees?

—¿Desde cuándo me tuteas? —preguntó asombrado.

—Desde las dos de la mañana.

—Bueno, da igual. Desmonta todo esto y olvidémonos del asunto.

—¡Intenta convencerte de eso, pero estos cuadros han sido pintados seguidos! ¡Es como unir los puntos! ¿Y crees que no van a descubrirla?

—Revisamos cien cuadros antes y no vimos nada.

—¡Porque no sabíamos el método! Ahora sí, ya verás como aquí hay algo más que rascar.

—Que ella no lo vea. —Con Blue en brazos fue hasta la puerta. —Hablo en serio.

—Sí, jefe —dijo distraída mirando las fotos—. Yo me encargo.

Gruñó saliendo del despacho y fue hacia las escaleras. Al llegar arriba se acercó a la habitación de Emelie para ver que la puerta estaba cerrada. Apretó los labios antes de abrir. Por la luz que entraba del pasillo vio como simulaba que estaba dormida y él se acercó a la cama del gato para dejarle allí. Miró hacia ella y fue hasta la cama antes de sentarse. Emelie abrió los ojos para mirar su rostro demostrando lo asustada que estaba. —Nena…

—Lo siento. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Lo siento.

Palideció al darse cuenta de que le había mentido desde el principio. —¿Es cierto? ¿Él la mató? —Se quedó en silencio y él apretó los puños de la impotencia. —Eso es que sí.

—Nunca creí que pudiera verlo nadie.

Fríamente preguntó —¿Hay más cosas? ¿Fingisteis el secuestro?

—¡No! ¡Esa loca me mantuvo encerrada un año!

—¿Y lo de las compresas?

—Se las había pedido el día anterior de que desapareciera, se debió olvidar de dármelas. Ni sabía que ya las había comprado.

—¿Por qué no gritaste cuando tu amiga se presentó en su casa?

Apretó los labios porque estaba furioso, aunque intentaba disimularlo. Ya no confiaba en ella. —No me vas a creer.

—Prueba.

—No sabía que Sara había ido a la casa, me enteré después. Ella me dijo con satisfacción que había estado allí.

—¿Por qué no gritaste?

—Estaba dormida.

—No sabía que tuvieras el sueño tan profundo —dijo con ironía.

—Y no lo tengo, sobre todo últimamente, pero la vieja me drogó. Me dio a comer un plato de pasta y estaba hambrienta, así que no lo dudé. ¡No sabía que la policía le había avisado de que irían a verla! —Se sentó y apartó el edredón para mostrar su tobillo aún herido. —¿Crees de veras que me haría esto?

—Por la recompensa adecuada… He conocido artistas capaces de todo.

—Sabía que no me creerías. —Se tumbó de nuevo y le dio la espalda. —Y me da igual. Llama a la policía si quieres.

Ryker sintiendo como la furia le recorría, vio como una lágrima bajaba por su nariz y que se la limpiaba intentando reprimir los sollozos. Ya no se creía sus lágrimas, les había tomado a todos el pelo desde el principio. —Tu padre…

—No sabes nada de mi padre —dijo entre dientes.

—Por eso quiero que me lo cuentes. —Se quedó en silencio. —Emelie no tengo paciencia, empieza a hablar. —Ni se movió. —¡Joder, no te comportes como una niña! ¿Sabes en el lío en que te puedes meter? —No le hizo ni caso. —Muy bien, como quieras... —Furioso se levantó. —Pero, entérate bien, no pienso ligar mi apellido a un asesinato ni a una estafa con ese secuestro de pacotilla que te has sacado de la manga para dar pena a medio mundo. ¡O lo confiesas todo e intentas salir de este lío indemne o te quedarás sola con la prensa, con la policía y todo lo demás! ¿Me has entendido?

Emelie se limpió otra lágrima recordando el abrazo que le había dado esa misma tarde. Cómo la había consolado y protegido, pero todo era mentira. En cuanto se había enterado de que su apellido podía sufrir las consecuencias, se enfurecía. Solo le importaban los cuadros, ella no le interesaba en absoluto. Era igual que esa maldita mujer que la había torturado un año.

—¡Mírame, joder! ¡Dime la verdad! —No se movió y él agarró su brazo para volverla de golpe. —Te debes creer que soy gilipollas. ¿Crees que con esas lágrimas falsas puedes seguir manipulándome? Todo fue un montaje e iniciaste tu actuación en cuanto las cámaras entraron en aquella habitación. Tenías que hacerte la víctima y la sorpresa fue que te tutelé, pero cuando te diste cuenta de quien era yo y lo que podía beneficiarte seguiste otra táctica. La inocente virgen que va con su gatito de un lado a otro, es descarada por momentos y una pobre traumatizada en otros. Y yo que ya quería rescatarte caía en tus mentiras, en tu juego de seducción. Entraste en mi habitación medio desnuda, no te pusiste ni las bragas para tirarte sobre mí y que me diera cuenta, después montas esa escenita de celos en la comida para que me sienta halagado. ¡Eso en un solo día en el que has dejado claro que quieres meterte en mi cama! Todo para conseguir tu objetivo, vengarte de tu padre y conseguir la fama, porque conmigo de tu lado la conseguirías. De hecho mi interés en ti y en tu obra, unido a tu actuación ya te han hecho famosa, ¿no es cierto? ¡Pues te quedas sola! Te aseguro que no voy a echar de menos toda esta mierda que te rodea. No quiero saber nada más de ti, ¿me oyes? Olvídate de mi nombre, de mi familia, como se te ocurra mencionarme para algo, te juro por Dios que te vas a arrepentir, ¿me has entendido? —Como no respondía gritó —¿Me has entendido?

Se le quedó mirando sin poder creerse lo que estaba pasando y él la soltó como si le diera asco. Fuera de sí, salió de la habitación y Emelie sintiendo un nudo en la garganta que la ahogaba sollozó volviéndose de nuevo para taparse el rostro con las manos.

—¡Marguerite! ¡Haz el equipaje! ¡Nos vamos a Lentisco!

—Pero…

—¡Ahora! ¡Avisa a Bill!

—Tenía razón, ¿no?

Él no contestó antes de escucharse un portazo. Sin dejar de llorar oyó como los del servicio se movían por la casa y minutos después escuchó decir a Marguerite —¿Y Emelie? ¿Aviso al juzgado para lo de la tutela?

—Por supuesto, estoy harto de tanta tontería. Se debe creer que puede seguir tomándonos el pelo —dijo a lo lejos—. ¿Nos ha manipulado a todos? ¡Pues ya ha conseguido lo que quería, ya es famosa, no nos necesita! ¡Suerte tiene de que no la dejemos en evidencia ante la prensa, que es lo que se merecería por mentirosa! —dijo antes de salir de la casa—. ¿Has avisado al avión?

Se levantó para ir hasta la ventana y apartó la cortina para ver como las luces del coche se alejaban. Sintió que su corazón se estremecía, que perdía algo importantísimo, algo vital en su vida y que ya nunca lo recuperaría. Porque aunque en un futuro supiera toda la verdad ella no podría perdonarle. Acarició el cristal mientras el coche se alejaba y sollozó sin poder creerse que a pesar del poco tiempo que había transcurrido desde que se conocían, ese hombre le hubiera arrebatado el corazón.

Capítulo 8

Cuatro meses después

Impresionado dejó el periódico sobre la mesa y levantó la vista hacia Marguerite que forzó una sonrisa. —Qué sorpresa, ¿no?

—¡Despedida! —gritó furibundo.

—Jefe, ¿cómo iba a saber yo que intentó matarla a ella y su madre al intentar protegerla se cayó por la ventana? ¿Y cómo iba a saber yo que lo del secuestro fue real? Había muchas pistas en su contra y…

—¡Cierra la boca! Joder… —Miró el periódico de nuevo donde salía una foto de su padre que estaba en busca y captura. Al lado había un relato de los hechos, hechos que se habían descubierto porque Emelie se presentó en la comisaría para denunciar el crimen acompañada de su psiquiatra. Pálido volvió la hoja donde se describían las acciones de ese psicópata, como por ejemplo que le había roto el brazo tres veces de la fuerza con la que la agarraba. Hasta había estado dos meses en el hospital porque le rompió las dos piernas al tirarla por las escaleras. Un auténtico infierno. También describía cómo su terapeuta la había ayudado a que todo lo que había enterrado en su memoria saliera a la luz. Los malos tratos a ella y a su madre, como después de su muerte su tía intentó hacerse cargo de ella, pero él lo había impedido a base de amenazas… También contaban cómo durante toda su adolescencia estuvo amenazada de muerte hasta que consiguió una beca para sus estudios de arte y pudo irse de casa, pero él no la dejaba en paz. Sara, que había sido su mejor amiga entonces, relataba como a veces iba a buscarla a clase y le gritaba que volviera a casa. Como tuvo que mudarse en plena noche en seis ocasiones para deshacerse de él. Se mantenía trabajando de canguro y haciendo retratos en la calle. Salían relatos de las personas con las que había trabajado donde decían lo maravillosa que era y como habían intentado ayudar cuando había desaparecido años después. Él cerró los ojos tomando aire para poder continuar y leyó el resto del artículo hasta el final. Como si no fuera poco un infierno había vivido dos. Presa de su padre y luego presa de esa zorra. Y él… Él la había abandonado. Era todo un caballero andante, sí señor. Su familia estaría orgullosa.

Margarite gimió por su cara de furia y miró de reojo a Bill, que bufó como si fuera un desastre. —Eh, que tú también tenías la mosca detrás de la oreja.

—Soy su guardaespaldas y su mejor amigo, ese es mi trabajo, desconfiar. Joder, pero a esa chica se la veía inocente desde el principio. ¡Es lógico que no quisiera hablar porque su padre la había amenazado! ¡Llevaba amedrentándola años, por eso quería verla después del secuestro, para que no se le fuera la lengua!

—Joder… —Ryker se levantó furioso y fue hasta el ventanal de su oficina para mirar al exterior desde donde se veía el Empire State. No había sido capaz de irse del país, algo en su interior se lo había impedido. Hasta había faltado a su cita en Verona con lo que su familia estaba

de uñas porque se había perdido el sesenta cumpleaños de su padre. Apretó los labios porque no había podido olvidarla, pero aun así la había abandonado. —¿Dónde está ahora?

—Ahí dice que la policía la tiene protegida hasta que detengan a su padre. Como no me dio tiempo a hablar con él para echarle del país como me ordenaste y aún seguía en Nueva York, supongo que está intentando huir del estado, porque un amigo de la policía me ha chivado que en su casa no está.

—¿Por qué Emelie lo contó todo? Se negaba a revelar su secreto —dijo sin entenderlo.

—Seguro que me oyó y entendió que tarde o temprano la pillarían y se jugaba el cuello, porque su padre debe ser de los que claman venganza. Supongo que lo pensó mejor y usó mi táctica de la psiquiatra.

Fulminó a Marguerite con la mirada. —¡Deja de especular! ¡No se te da bien!

Se puso como un tomate. —¡Eh, que yo no le di la espalda!

—¿Qué has hecho con los cuadros?

Marguerite le miró sin entender. —¿Qué he hecho con los cuadros? Lo que dijiste, devolvérselos.

—¿Cómo que devolvérselos? —preguntó Bill—. ¿A dónde?

—Se los envié a la casa de los Hamptons.

—¿Que hiciste qué? —preguntó Ryker espantado.

—Bueno, era allí donde estaba, ¿no?

—No Marguerite, se fue dos horas después que nosotros —dijo Bill como si fuera un desastre.

—¿Qué?

—Llamé para que devolvieran la llave de la casa a sus propietarios y me lo dijo alguien del servicio.

—¿Y por qué nadie me lo dijo a mí? —preguntó indignada—. En este equipo no hay comunicación.

—Bill averigua si todavía están allí. ¡Cómo alguien que no debía los haya tocado, te pego un tiro!

Se sonrojó. —¿Pero no se había quedado sola?

—¡Maldita sea, Marguerite!

Empezaron a discutir y cuando cinco minutos después Bill colgó el teléfono ambos le miraron. —¿Qué? —preguntó ella—. Dilo de una vez, ¿siguen allí?

—Los tiene la señora de la casa.

—¡Me cago en la leche, no hablarás en serio! ¡Al precio que están cotizados son cientos de millones de dólares! —gritó Ryker.

—No me has entendido, los tiene la nueva propietaria. Emelie. Les ha dado a los anteriores dueños tres cuadros por ella.

Ambos parpadearon antes de que suspiraran del alivio. —Menos mal. Podíamos habernos metido en un lío legal de campeonato —dijo ella dejándose caer en la silla.

—¿No me digas? —preguntó Ryker irónico.

—Jefe, la ironía no te pega nada. Bien, ¿qué hacemos?

—¿A qué te refieres? —preguntó Bill mientras Ryker de nuevo miraba por el ventanal.

—¿Vais a dejar las cosas así? Fue un malentendido.

—Joder, la dejamos sola —dijo Bill—. Y debo decir que en el peor momento de su vida. No querrá ni vernos.

Ryker apretó los labios. —Volved al trabajo.

—Pero jefe…

—¡Volved al trabajo!

Bill le hizo un gesto con la cabeza para que se levantara y Marguerite fue hasta la puerta a regañadientes. —¿Y se va a rendir por un malentendido?

—Joder, cállate.

Ryker miró el periódico de nuevo donde salía una foto de Emelie antes de su secuestro. Tenía el cabello mucho más corto, casi por la barbilla y sonreía a la cámara con los ojos chispeantes de la alegría. Una alegría que él nunca había visto y no le extrañaba nada porque desde que la había conocido, después de pasar cosas inimaginables, no había hecho más que presionarla una y otra vez. No le extrañaba que se hubiera cerrado a él. Pasó el pulgar por su mejilla. Estaba preciosa. Apretó los labios intentando reprimir la rabia por su propia estupidez antes de doblar el periódico y guardarlo en un cajón de su escritorio.

Escuchó el timbre de la puerta, pero siguió pintando, Beverly se encargaría. Dio otra pincelada con cuidado y escuchó que se abría la puerta del estudio. —Emelie, tienes visita.

—Ahora no quiero ver a nadie, si es la policía para preguntarme de nuevo por él...

—No es la policía —dijo alguien con acento francés.

Se detuvo en seco antes de enderezar la espalda y volverse para ver que no se había equivocado. —Marguerite, qué sorpresa. —Al mirar su pequeño vientre elevó una ceja. —Felicidades.

—Gracias. Estoy de cuatro meses. La inseminación es una maravilla.

Dejó el pincel y cogió un paño para limpiarse las manos mientras se levantaba. —¿Qué haces aquí, Marguerite?

—He venido a proponerte algo.

—Una visita de negocios.

—Exacto.

—Habla con mi marchante. —Se volvió a sentar y cogió el pincel de nuevo. —Que tengas un buen viaje de vuelta.

—Llevamos dos meses organizando la mayor exposición de los Estados Unidos y queremos darte la parte central.

—Vaya, ¿ahora soy la estrella?

—Sabes que sí. Estarán los artistas más importantes de nuestro tiempo.

La miró sobre su hombro. —Y queréis luciros.

—También es una oportunidad para ti.

—No necesito publicidad, pero gracias. —Siguió trabajando.

Margarite apretó los labios mirando su espalda, pero algo llamó su atención y volvió la vista hacia los cuadros que estaban apoyados en la pared. Le robaron el aliento, eran totalmente distintos a los anteriores y eran increíbles. —Dios mío…

—¡Beverly, sácala de aquí!

Margarite no dejó que la cogiera del brazo para ir hacia la pared del fondo. —Emelie, son maravillosos. Te has superado a ti misma —dijo fascinada.

—Sal de aquí —dijo Beverly—. La estás molestando.

—¿Puedo ver los que están detrás?

—No, ¿estás sorda? ¡Quiere que te vayas!

—¿Piensas sacar a rastras a una mujer embarazada?

—Marguerite llama a la policía —dijo como si nada.

—¡Emelie, ya está bien! Metí la pata, ¿vale? Se me fue la imaginación y pensé de más.

—No te culpo por dudar, Marguerite.

—¿De veras? Qué alivio.

—Te culpo porque le envenenaste a él. Pero no es culpa tuya que te creyera.

—Me conoce desde hace años, por supuesto que tenía que creerme —dijo indignada.

—Claro, y a mí acababa de conocerme.

—¡Exacto! ¡Y venías con un montón de problemas! ¡Cualquiera dudaría! —Tomó aire por la nariz y dio un paso hacia ella. —Mira, todo fue una confusión terrible por algo sorprendente que acabábamos de descubrir. Se nos fue de las manos y nos portamos mal al dejarte sola.

—De repente ya no necesitaba que me tutelaran, ¿no es genial? Era lo que yo quería, así que no te disculpes. Recuperé mi vida al fin y con ella hago lo que me da la gana. Así que largo, no haré tu exposición. Mucha suerte.

—Está arrepentido, ¿sabes?

—Ya, me lo imagino, pero me importa una mierda. Ahora sal de mi casa antes de que llame a la policía, no te lo digo más.

—¿Pero por qué no puedes perdonarle? No es mal tipo, ¿sabes? Tiene mala leche, pero no es mala persona.

—Lo sé, pero conmigo no terminó su trabajo, ¿no es cierto? No pudo llevarse la gloria. ¿Eso es lo que ocurre? ¿Odia que se le haya escapado entre los dedos por esa mala leche que no pudo controlar? —preguntó con rabia—. ¡Me dijo que a su lado estaba a salvo, pero se le olvidó decirme que eso sería así, siempre y cuando no ensuciara su apellido de mierda! ¿Pues sabes qué? ¡No le necesito, ni a él ni a ti, así que pírate de una puta vez de mi casa!

—Voy a llamar a Stephanie —dijo Beverly sacando su móvil del bolsillo trasero del pantalón.

—¿Todavía sigues en terapia? Han pasado seis meses, aunque…

—¡Cállate! —gritó Beverly—. ¡No sabes una mierda de todo por lo que tuvo que pasar!

Marguerite palideció viendo como Emelie cogía a Blue e iba hacia la puerta. —Lo siento, por favor no te vayas.

No le hizo ni caso y Beverly siseó —Largo.

—¡Está bien! —Se volvió para ver los cuadros y con descaro sacó una foto con su móvil del cuadro contra la pared.

—¡Eh!

Sacó otra foto y otra antes de sonreírle con desparpajo. —Volveréis a tener noticias mías.

—Seréis cabrones, dejadla en paz. —Vio cómo iba hacia la puerta y sacaba una foto del lienzo del caballete. —¡Marguerite, ya está bien!

—Dile que los haga más grandes, que los haga enormes. Será un reto.

—Desaparece de mi vista.

—Por ahora, querida, por ahora.

Entró en la oficina de Ryker sin llamar y su jefe que hablaba por teléfono frunció el ceño al ver como sonreía de oreja a oreja. Colgó de inmediato. —¿Te ha dicho que sí?

—Ni de broma, tiene un cabreo de primera. —Él no pudo disimular su decepción, pero ella puso ante su jefe una fotografía. —Pero aquí tienes. Feliz Navidad adelantada.

Ryker levantó la fotografía y ella sonrió cuando se le cortó el aliento. —No puede ser… Ha cambiado su estilo.

—Ahora es más Monet y le supera con creces. Es impresionante. ¿Ves el agua bajo las anémonas? Está lleno de rostros difuminados. ¿Crees que tendrá la otra cara de la imagen en la parte azulada de arriba?

Él observó la foto durante varios minutos y sonrió de medio lado. —Soy yo —Volvió la foto más contento que en toda su vida. —¡Soy yo!

—¿De veras? —Entrecerró los ojos. —Pues yo no veo nada.

—¿Todos los rostros forman el mío!

—Jefe, ¿no estarás sometido a demasiada tensión? —dijo incrédula.

Se echó a reír mirando la foto. —Es increíble. Ha madurado en algo… Impresionante. Ha cambiado el estilo totalmente y seguro que piensa que no lo voy a ver. Pero está ahí… Estoy ahí.

—Y eso que no lo has visto todo. —Dejó las otras fotos sobre la mesa y él las cogió impaciente. —¿Merezco una subida de sueldo o no?

No la escuchaba acercándose a la ventana para ver mejor las fotos. Frenético pasó la foto y exclamó —¡Joder sí! Estoy en todas.

—¿De veras? Sí que le ha dado fuerte.

—Me echa de menos —dijo pensando en ello antes de entrecerrar los ojos—. No me ha olvidado.

—Algo un poco raro cuando solo quería que la desfloraras y que la hicieras gritar, ¿no?

—Alquila la casa de al lado.

Marguerite rio por lo bajo. —¿Puede venir Samantha? No quiero que se lo pierda.

—¡Trae a tu mujer si quieres, pero consígueme esa casa! ¡Como si tienes que comprarla!
—Hecho jefe, vete haciendo las maletas.

Capítulo 9

Estaba paseando por la playa mirando distraída las gaviotas y se detuvo ante las olas abrazándose a sí misma porque hacía frío. Suspiró porque su nuevo estilo la aburría un poco. Tenía que evolucionar hacia otra cosa, ¿pero qué?

—Hola nena.

Se quedó de piedra y pensó que había oído mal. El viento, había sido el viento. Él se puso a su lado y le miró asombrada. —Has engordado algo, estás preciosa.

—¡No voy a hacer la maldita exposición, déjame en paz! —Furiosa fue hasta su casa.

—Soy tu vecino —dijo haciendo que se detuviera en seco—. He alquilado la casa de al lado.

Se volvió lentamente. —¿Qué te propones?

—Pasar unos días de descanso.

—¿Y no había otro lugar en el mundo? ¡Te lo repito, déjame en paz! —Salió corriendo hacia la casa y cruzó la valla cerrando la portezuela mientras miraba hacia atrás para asegurarse de que no la seguía. No, seguía en la playa observándola. Sintiendo un nudo en la garganta corrió hacia la puerta de atrás y entró a toda prisa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Beverly.

—Ha vuelto. ¡Ryker ha vuelto! ¡Cierra todas las puertas con llave!

—Pero…

—No le dejes pasar, ¿me oyes? Ni se te ocurra —dijo antes de ir hacia su estudio—. ¿Es que nunca podré vivir tranquila? —preguntó a gritos.

Sentadas a la mesa ignoraron el timbre por tercera vez. —El pollo está bueno —dijo Beverly.

—Oye, ¿qué opinas de la inseminación?

—¿De veras te lo estás planteando?

—Bueno, me apetece tener un hijo, ¿a ti no?

—Me gustaría encontrar al hombre de mi vida antes, la verdad.

—Yo sé que no lo voy a encontrar.

—Venga, no pierdas la esperanza. No todos son unos capullos.

En ese momento el rostro de Ryker apareció en la ventana haciéndola gruñir. —¿No me digas?

—Nena, esto no tiene gracia. ¿Me quieres abrir?

Beverly se levantó como si nada.

—No, no… Venga no… —Las cortinas se cerraron ante él y Ryker corrió a la ventana de al lado donde se cerraban en ese instante. —Joder… —Entonces gritó bien alto —¡Tengo que hablar contigo!

Una risita hizo que él mirara hacia su derecha para ver allí a Marguerite con su mujer partiéndose de la risa. —No tiene gracia.

—Claro que no, jefe. —Le dio un codazo a su mujer. —Mira cómo se pone rojo de furia.

—Tiene un carácter difícil de soportar, ¿no?

—No lo sabes bien.

—Chicas, basta ya, ¿no veis que lo está pasando mal? —dijo Bill tan divertido como ellas —. Jefe la ventana de arriba está abierta.

De inmediato miró hacia arriba y los tres se echaron a reír. Él gruñó. —No tiene gracia.

—¿Cómo va a estar abierta con el frío que hace? —preguntó Marguerite como si fuera tonto—. Menos mal que estoy en todo. —Sacó algo del bolsillo de su pantalón y cuando se lo mostró vio que era una llave. —Siempre se me olvida devolver las llaves cuando nos vamos. Y como la última vez fue con tanta prisa…

—¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora? —preguntó pasmado.

—Anda este, porque no es tan divertido.

Se acercó y le arrebató la llave. —Despedida.

—Ya, claro… —Puso los ojos en blanco mirando a su mujer. —¿Ves lo que tengo que soportar?

—Sí, cielo.

Ryker prácticamente fue corriendo hacia la puerta principal y metió la llave. Rezó porque girara y cuando lo hizo suspiró del alivio. Abrió la puerta lentamente metiendo la cabeza y se guardó la llave en el bolsillo trasero del pantalón. En ese momento salió Blue del comedor y se le quedó mirando. —Joder, estás enorme —susurró viendo a aquella bola de pelo—. Demasiadas chuches. —Se agachó y el gato corrió hacia él para que le acariciara. Ryker sonrió. —¿Te acuerdas de mí? Claro que sí, amigo. He vuelto.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Beverly con unos platos en la mano mirándole pasmada—. ¿Pero tú cómo has entrado?

—¿Qué pasa?

Se incorporó justo cuando Emelie asomaba la cabeza. Vio como sus preciosos ojos azules refulgían de la furia. —Beverly llama a la policía.

—Nena, no exageres.

—¡Largo de mi casa!

—Tenemos que hablar.

—Pero es que yo no quiero hablar contigo, ¿no te has dado cuenta? —Asombrada miró a su amiga. —¿Pero a este qué le pasa?

—Ni idea. Esa exposición debe ser muy importante.

—¡No estoy aquí solo por la exposición!

—Ah, ¿no? —preguntaron las dos a la vez.

Él carraspeó. —¿Podemos hablar en privado?

—Pues no —dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

Iba a tener que sacar la artillería pesada. —Diez millones de dólares.

Emelie parpadeó. —¿Qué?

—Si haces la exposición serás la única patrocinada. Todos los demás lo hacen gratis. Conseguiré que te paguen diez millones por exponer tus cuadros y estarás en el stand central. Pero tiene que ser lo nuevo que estás pintando. Además, recibirás dos más si haces un retrato de mi madre, su cumpleaños es el día de la inauguración y quiero sorprenderla, está enamorada de tu obra.

Emelie no pudo evitar sentirse algo decepcionada. Era cierto que era una propuesta de negocios, ella seguía sin importarle nada. Así que la quería para su preciosa exposición, ¿no? Sonrió maliciosa. Pues le iba a sangrar. —Doce millones para la exposición y tres por el cuadro.

—Nena, no me jodas. Nadie va a cobrar.

—¿Quieres mis cuadros o no?

—Si te doy doce tienes que asistir a la exposición, tienes que darle interés y tu presencia dará más publicidad.

Apretó los labios sabiendo que eso tarde o temprano tendría que pasar, lo había hablado mil veces con su marchante. Y lucirse ante ese mamón era una tentación enorme. —Hecho.

Pareció sorprendido. —¿Hecho?

—¿No es lo que querías? —preguntó exasperada.

—Sí, me ha sorprendido que hayas aceptado tan pronto, eso es todo.

—¿No me digas? —dijo entre dientes.

—Oye, que no te estoy juzgando. Pero como antes eras tan reticente…

—Tenía una razón, ¿no crees?

Él apretó los labios. —Sí nena, tenías unas cuantas.

—¡Pues eso! ¡Ahora largo!

—Por cierto, me alegro mucho de que pillaran a tu padre y le condenaran a veinte años. Ahora vivirás mucho más tranquila.

—Pues no creas.

—¿Me estás comparando con tu padre? —preguntó empezando a mosquearse.

—No, claro que no. Tú eres de los que cumplen sus promesas —le soltó con ironía.

Gruñó dando un paso hacia ella. Mejor cambiar de tema. —¿Hablamos de la exposición?

—Háblalo con mi marchante. Ahora si no te importa, estoy agotada y me voy a la cama.

—Solo será media hora como mucho. —Pasó ante ellas para entrar en el comedor. —¿Estabais cenando? Estupendo, porque estoy muerto de hambre. En la casa de al lado no hay de nada. Ni chef tenemos. —Se sentó como si estuviera en su derecho y cogió una de las copas vacías para echarse un poco de vino.

—Haz algo —dijo por lo bajo a Beverly.

—¿Y qué quieres que haga si le has dicho que sí a la exposición?

Asombradas vieron cómo se levantaba y cogía un plato del aparador para empezar a

servirse pollo de la fuente. —Nena, esto huele de maravilla. —Se sentó y empezó a comer con ganas. —¿Os importa que empiece? No quiero perderme el postre.

Alguien golpeó la ventana del otro lado del comedor y atónita vio a Marguerite que con una sonrisa de oreja a oreja la saludaba con la mano. —¡Hola! Yo también tengo hambre, tengo que comer. ¡El niño, ya sabes!

Puso los ojos en blanco. —Increíble. Ábrele la puerta.

—¿En serio?

—No quiero ser responsable de que al niño le salga un muslo de pollo en la frente. ¿No ves la cara de ansiedad que tiene? —Miraron hacia ella y vieron como casi salivaba a través del cristal.

—Oh, por Dios —dijo Beverly antes de gritarle —¡Ven por la cocina!

Desapareció en un visto y no visto. —Increíble. —Incómoda porque estuvieran allí no sabía qué hacer. Mierda, ¿por qué habría dicho que sí? ¿Qué importaban quince millones cuando su paz mental estaba en juego?

—Nena, ¿no te sientas? Tenemos que hablar.

Tomó aire antes de ir hacia la mesa y sentarse en la cabecera. —¿Bien? Estoy esperando.

—Empecemos por el retrato de mi madre…

—Oh, espera que te ayude —escucharon que decía una mujer.

—¿Esa quién es?

Él gruñó. —La esposa de Marguerite.

—¿Qué?

—Ya nena, pero es que mi ayudante últimamente se está tomando muchas licencias.

—Buenas noches. —Asombrada vio a Bill en la puerta con la cesta del pan en la mano. —Gracias por la invitación. —Se acercó a toda prisa. —¿Queda pollo?

—Sí amigo, aún queda mucho —dijo como si nada—. Coge un plato, que Emelie está muy cansada como para hacer de anfitriona.

Su amigo no se cortó en coger otro plato del aparador con unos cubiertos.

—Como si estuvierais en vuestra casa —dijo ella con ironía.

—Gracias, que amable. —Bill se sentó al lado de Ryker. —Estas patatas tienen un aspecto estupendo… Por cierto, creo que hemos pisado unas flores de debajo de esa ventana, lo siento mucho. Te compraremos otras. —Ella gruñó fulminando a Ryker con la mirada, pero este se hizo el loco. —¿Cómo consigues que tengan flor con el frío que hace? Además, aquí da mucho el viento.

—Son… Eran campanillas de invierno.

—Vaya, no sabía que existían. Se lo diré a mi madre, le encantan las flores.

—¿Vives con tu madre?

Él parpadeó. —Sí, ¿qué pasa? Viajo mucho, es una estupidez alquilarme algo cuando casi siempre estoy con Ryker.

—Pues también tienes razón. —Miró al aludido. —¿De qué querías hablar? —La miró como si no entendiera de lo que hablaba. —El retrato de tu madre.

—Ah, sí. Tiene que ser enorme.

—¿Cómo de enorme?

—Tenemos una casa en Suiza y lo quiero para encima de la chimenea. Es una chimenea de dos metros de largo. Los colores del salón son marrón y beige. Es una casa de invierno nena, no me metas fucsias que no pegan nada.

—Mis cuadros pegan en cualquier sitio —dijo entre dientes.

—Artistas…

—Sí jefe, sé de lo que hablas. Mi última novia era pintora, ¿sabes? —le dijo a ella—. Estaba fatal. Se levantaba a las tres de la mañana y se ponía a hacer yoga para relajarse. ¿Para qué quería relajarse si le acababa de hacer el amor?

—Porque no lo haces bien —dijo Marguerite desde la puerta con su mujer a su lado—. Ella es Samantha, Sam para los amigos.

Esta se acercó con dos fuentes en las manos. —Es un placer enorme conocerte, soy una de tus más fervientes admiradoras.

—Gracias.

—Sí que lo hago bien —dijo Bill molesto—. ¡No tiene mucha ciencia!

—¿Ves? Seguro que eres de esos que tienen prisa y que parecen conejitos cuando lo hacen. Hay que tomarse su tiempo.

Divertida vio cómo se ponía rojo y todo. —Ella se lo pasaba bien.

—Eso te decía, pero luego hacía yoga para dormir como un tronco. —Marguerite empezó a servirse macarrones que habían sobrado del mediodía antes de coger un pedazo de pollo.

—Cielo, toma unos guisantes —dijo su mujer.

Observó como la cuidaba, hasta le llenó la copa de agua. Se miraron con cariño antes de que su esposa se sentara a su lado.

Beverly llegó en ese momento con una enorme tarta de chocolate y algo de fruta. —¿Será suficiente?

—De sobra, no te preocupes —dijo Ryker.

Emelie levantó una ceja. —Sobre el retrato…

—Oh, sí. Te enviaré unas fotos a tu correo electrónico para que analices sus facciones.

—Fui a tu última exposición en Londres con un amigo que también es escultor, ¿sabes? —dijo Samantha—. Impresionante. Es una pena que no fueras porque se morían por hablar contigo.

—A la nuestra irá.

Marguerite chilló de la alegría. —Jefe, ¿lo has conseguido?

Se la comió con la mirada. —Al parecer sí.

—Por el precio adecuado —dijo ella con mala leche—. Es que los artistas somos así de volubles.

—Es genial que vayas —dijo Sam—. Tus seguidores estarán encantados. ¿Sabes que tienes un club de fans en Facebook?

Asombrada negó con la cabeza. —No, no lo sabía.

—Ya tienes veinte millones de seguidores.

—Te lo hizo Sam —dijo su esposa con la boca llena.

—¿De veras?

La mujer se sonrojó. —Sabía que mucha gente quería expresar su opinión.

—Ha hecho que los cuadros se puedan hacer más grandes en la pantalla para que todo el mundo vea los detalles. Mi chica es un genio.

—No fue nada.

—Te lo agradezco —dijo abrumada—. Debió ser mucho trabajo.

—Estoy deseando meter los nuevos. Por cierto, he ganado un dinero con la publicidad y eso…

—Déjalo, ya gano bastante. Además, es tu trabajo.

—Gracias.

—¿Nos lo darías por escrito? —Todos miraron a Marguerite. —¡Eh, que solo estamos intentando proteger los intereses de nuestro niño! ¡A ver si se cabrea y nos demanda por derechos de autor o algo de eso!

—Te lo daré por escrito…

Marguerite sonrió radiante. —Gracias.

Miró a Sam. —Así que escultora. ¿He visto algo tuyo?

—No soy tan famosa.

—No digas eso, yo no era famosa y eso no significaba que no tuviera talento. Al parecer lo tengo.

—Y mucho, nena. Tus nuevas obras son muy interesantes.

Entrecerró los ojos. —No me interrumpas.

—Perdón. Sam tiene una técnica increíble, pero en sus obras falta…

—Lo más importante —dijo ella sin ofenderse—. No soy creativa. Soy una escultora de la leche, pero cuando me dan todo hecho.

—Sus bustos son maravillosos —dijo su mujer—. Pero necesita el modelo.

Entrecerró los ojos. —¿De veras?

—Puede hacerte en menos que canta un gallo.

—¿Me dejarías esculpirte? En mármol sería un sueño.

—¿A mí? —Se puso como un tomate.

—Estaría bien para las exposiciones a las que no asistieras, preciosa —dijo Ryker antes de coger una manzana y darle un buen mordisco—. Seguro que no querrás ir a todas.

Era una buena idea. Al menos era mejor que una simple fotografía e impulsaría la carrera de Sam. —¿Tienes muchos clientes?

Hizo una mueca. —No hay muchos que quieran pagar dos mil dólares por un busto.

—¿Dos mil dólares? —dijo impresionada porque teniendo en cuenta lo que ganaba ella, le parecía poquísimo.

—Sí, es mucho, pero el material está carísimo…

Cómo habían cambiado las cosas. Antes un tubo de pintura le parecía increíblemente caro y se los compraba con mucho esfuerzo gastando hasta la última gota. Ahora no tenía que mirar los precios. Su material llegaba por cajas, pero Sam tenía que seguir luchando. —¿Sabes? Tengo algunas ideas que siempre he querido hacer en tres dimensiones, pero no se me da bien la escultura.

Los ojos de Sam brillaron. —¿De veras?

—Espera… —Se levantó antes de que nadie pudiera impedirlo y Ryker se lo agradeció a sus amigos con la mirada.

—Dios mío… —dijo Sam impresionada—. ¿Está pasando lo que creo que está pasando?

Marguerite sonrió. —Te lo mereces.

—Ella es así —dijo Beverly—. Siempre quiere echarle una mano a todo el mundo. —Se acercó y susurró —Pero no la cagues, porque como metas la pata te pega cuatro gritos que te dejan temblando.

—Bien —dijo Sam muy nerviosa—. Trabajo bien bajo presión.

—Más te vale. Tuvo un asistente al que casi despelleja porque limpió su paleta antes de terminar el cuadro.

Sam jadeó del horror. —¿Y cómo consiguió otra vez la misma tonalidad de colores?

Se encogió de hombros. —Yo veía todos los colores iguales. No sé, mezclando.

—Así que tuvo un asistente —dijo Ryker muy interesado.

—Sí, pero le duró dos días. La ponía nerviosa tenerle siempre a su alrededor haciendo ruidos y molestando. Trabaja mejor sola.

—Es a lo que está acostumbrada —dijo Marguerite—. Cielo, procura molestarla lo menos posible.

—Lo intentaré.

Ryker miró a Beverly. —¿Cómo se tomó la detención y la condena de su padre?

—Como llegó a un trato con la fiscalía y no hubo juicio, no lo llevó mal del todo. No tuvo que salir de aquí, su rutina no se alteró, así que lo vivió como si fuera algo lejano. —Se acercó. —Pero esos días pintó más que otros. Y esos cuadros no los ha vendido. Están en el almacén.

—¿El almacén? —preguntó Marguerite.

—En el desván. Lo ha habilitado para guardar lo que no quiere vender.

Marguerite miró a su jefe de reojo antes de decir —Interesante.

—¡Aquí está! —dijo Emelie ilusionada entrando en el comedor—. Sabía que lo había guardado. Esto lo hice hará tres meses. Me aburría de tanta pintura en plano. Beverly siéntate en mi sitio. —Su amiga lo hizo y ella se sentó al lado de la mujer de Marguerite mostrando un cuaderno de bocetos. —Bueno, no están perfilados, pero esta es la idea.

Sam dejó caer la mandíbula del asombro viendo unos bocetos preciosos de lo que quería. Era una cabeza, pero de ella salía un raíl que giraba a su alrededor. Las ideas salían de la cabeza y la rodeaban hasta elevarse como si esas ideas se esfumaran.

—Hostia nena... —Ryker se levantó y rodeó la mesa para ponerse tras ellas. —¡Soy yo!

—Ya… —Miró a Sam. —¿Crees que podrías hacerlo?

—Esto tiene muchos detalles y para que se apreciaran bien tendría que ser enorme.

—¿Y?

Parpadeó. —¿Y? ¿Cómo de grande lo quieres?

Entrecerró los ojos. —Déjame pensar… ¿Cómo un elefante?

Todos dejaron caer la mandíbula del asombro y ella sonrió de oreja a oreja. —La pondré en el jardín delantero de la casa. Quiero que todo el mundo la vea al llegar y sepa que esta es la casa de una artista.

—¡Es mi cara!

Bufó levantando la vista hacia él. —Parece que te molesta.

—No nena, pero… —Entrecerró los ojos antes de sonreír. —¿Me usas mucho de modelo?

Pareció pensarlo. —Mierda, tienes razón, necesito más hombres. Beverly, que me traigan modelos.

—Sí, jefa.

—Necesito variedad.

—¿Crees que puedes sustituirme por otro?

—Claro. —Volvió a centrar su atención en Sam mientras Marguerite reía por lo bajo por la indignación en el rostro de su jefe. —¿Qué material crees que puedes utilizar?

—Tiene que ser algo duradero y que las manchas no se filtren. Utilizaría mármol negro. —Rio por lo bajo. —Va a ser un bloque enorme.

—¿Piensas hacerla en un solo bloque? —preguntó su esposa.

—Sí, creo que es lo mejor. Hacerla por partes con ese rail en medio puede salir fatal. Sobre todo porque habría que colocar la parte de arriba de manera independiente y podría ser catastrófico al montarla. Pero si va en una sola pieza se puede agarrar por abajo.

—Entiendo —dijo analizando lo que acababa de decir cuando la mano de Ryker pasó entre ellas con intención de volver la hoja. El manotazo no se lo quitó nadie—. Deja de cotillear.

—Vamos nena, me muero de curiosidad.

—¿Tienes más proyectos ahí? —preguntó Marguerite.

—Sí.

—¿Puedo verlos? —Los ojos de Sam brillaron de la ilusión.

—Bueno, es que lo demás es algo fantasioso —dijo algo avergonzada—. No creo que se pueda realizar. —Volvió la hoja mostrando una nube de la que salían las caras de Ryker con distintas expresiones, pero algunas se difuminaban como si hubiera sido un sueño. Todos se levantaron para estirarse y verlo bien. Se puso como un tomate.

—Claro que se puede realizar —dijo Sam sin aliento—. Dios mío, es precioso.

—Beverly, lo de los modelos es algo urgente —dijo a toda prisa.

—Joder nena… —Antes de que pudiera impedirlo cogió su libro de bocetos para verlo bien. Volvió la hoja para mostrar un árbol, pero sus ramas terminaban en manos que se alargaban para coger los frutos que el rostro de un hombre tiraba desde el cielo. Su rostro, pero con barba.

—Ese sería más difícil porque las ramas tendrían que sostener el rostro —dijo Sam

entusiasmada—. Déjame darle una vuelta.

—¿Cómo es, cómo es? —Marguerite rodeó la mesa para acercarse y ver el boceto. —Hala… Es increíble, cielo, ¿Cómo podrías hacer que las manzanas parezcan suspendidas?

—¿Con hilo de pescar? Pero solo podría ser una escultura de interior. No sé… Algo encontraré para que no se note. Ahora hay materiales increíbles. Lo difícil es sujetar el rostro por encima. —Se mordió el labio inferior. —Es mucho peso.

Ryker pasó la hoja y mostró otro boceto. Era una mujer de espaldas abrazándose a sí misma ante una puerta abierta. Al otro lado estaba oscuro, como si el futuro fuera incierto y tenebroso. Pero lo que a Ryker le hizo palidecer es que de la figura de la mujer salían gotas como si fueran lágrimas que la recorrían y bajo sus pies descalzos había un gran charco que parecía no secarse nunca. —Este no —dijo ella tajante arrebatándole el libro. Él elevó la vista hasta su rostro, pero avergonzada se volvió para sentarse de nuevo. Sam miró de reojo a su mujer que dijo con desparpajo —Van a ser unas esculturas impresionantes. ¿Dónde las vas a hacer, mi amor?

—Oh, pues… —Se sentó de nuevo. —No sé, necesitaré un estudio más grande.

Beverly entrecerró los ojos. —Aquí tenemos un garaje muy grande y solo tenemos un coche. Si quieres se puede preparar para esto.

—¿De veras? Sería genial, además como estoy en la casa de al lado podría consultar contigo cualquier duda. ¿Qué dices, Emelie?

—Sí, claro —dijo distraída antes de mirar su libro cerrado—. Es perfecto.

—Genial, pues empezaré mañana mismo. Haré que traigan mis materiales de Nueva York y encargaré las piezas. —Soltó una risita. —Tendrán que traerlas con grúa.

—Habrá que abrir el tejado —dijo Ryker sin dejar de observarla—. No os preocupéis, una de mis empresas de construcción se encargará de todo.

—Gracias —dijo Marguerite mirándole con cariño—. Tengo el mejor jefe del mundo.

De repente Emelie se levantó de nuevo. —Estoy algo cansada, si me disculpáis voy a retirarme.

—Nena, pero no hemos hablado de la exposición…

Como si no le hubiera oído fue hasta la puerta y dijo —¿Blue?

El gato apareció en el acto y pegó un salto para que ella lo cogiera en brazos. —Eres un poco perezoso, ¿no puedes subir las escaleras? —El gato ronroneó y les perdieron de vista.

Se hizo el silencio en la sala y Beverly apretando los labios se levantó para empezar a recoger los platos.

—Espera, que te ayudamos —dijo Sam.

—Gracias.

—No, gracias a ti por darnos de cenar.

—¿Está bien? —preguntó Marguerite preocupada.

Beverly la fulminó con la mirada. —Esa pregunta llega un poco tarde, ¿no?

Marguerite se sonrojó. —Siento lo que pasó.

—¿Lo sientes? ¡La dejasteis hecha polvo! ¡Como si fuera un perro al que han abandonado en una cuneta porque no convenía! ¡Se fue de aquí sin nada! Durmió en la estación de autobuses hasta que la convencí para que regresara porque el alquiler estaba pagado para todo

el mes y si lo logré fue porque no quería que el gato pasara frío. ¡Pasaron semanas hasta que Stephanie pudo hacer que se sincerara! Teníais que haber visto su cara cuando llegaron los cuadros, no se lo podía creer. ¿Sabéis lo que dijo? Debo ser horrible para que rechacen algo que les gusta tanto.

Pálido Ryker apretó los puños. —No es horrible.

—Eso lo sabes ahora, ¿no? —gritó fuera de sí—. ¡Ahora que todo ha salido a la luz! ¡Estaba destrozada, sola, mutilada emocionalmente por esos cabrones que la maltrataron y tú la abandonaste! ¡Confiaba en ti! ¡No sé cómo tienes el descaro de volver por aquí! ¡Debería darte vergüenza!

—Te aseguro que me avergüenza, pero no pienso rendirme.

Le miró con desprecio. —¿Ahora? ¿Ahora no puedes rendirte? ¿Ahora que es una estrella a la que todos admiran y no hay sombra de duda sobre su nombre? ¿Cómo fue eso que dijiste? No pienso dejar que manches mi apellido. Eres tú quien ensucia el suyo. Si fuera por mí os echaba a todos a patadas. Pero es la primera vez que la veo ilusionada con algo desde que os largasteis la última vez. —Miró a Sam. —Gracias.

—No tienes que darlas —dijo muy incómoda.

—Espero que los demás la molestéis lo menos posible. Está en medio de un proyecto muy importante para ella.

—¿Qué proyecto? —preguntó Ryker ansioso.

—A ti te lo voy a contar —dijo antes de volverse sacando los platos del salón.

Marguerite y Bill se acercaron a él. —Tranquilo amigo, viendo esos dibujos es evidente que no ha podido olvidarte.

Su ayudante asintió. —Solo tienes que darle un poco de tiempo para que se acostumbre a tu presencia, lo demás sucederá solo.

Capítulo 10

Emelie no pegó ojo en toda la noche, la llegada de Ryker la había tomado por sorpresa y todo lo que había pasado después aún más. ¿Pero es que era idiota? No solo había aceptado participar en la exposición, sino que también iba a trabajar estrechamente con Sam que estaba ligada a él. Es que era para matarla. Suspiró volviéndose de espaldas y se pasó la mano por la frente. Ni quería analizar lo que había sentido al verle que habían sido mil cosas, la verdad. Aparte del estupor, la incredulidad por su descaro y las ganas de matarle, su corazón se había alegrado, como si hiciera mucho tiempo que esperara ese momento. Entrecerró los ojos. Había visto su nuevo estilo, ¿la habría pillado? No, no podía ser, había sido muy cuidadosa. No, esta vez no la pillaría, cuando le había hablado de su nueva obra seguro que era por otro motivo. ¿Le habría gustado? A Marguerite sí. Oh, por Dios, deja de darle vueltas. ¿Qué te importa a ti lo que piense ese capullo prepotente? Céntrate, tienes que trabajar. Aún te quedan tres cuadros de la serie. Gimió volviéndose de costado porque ese estilo no la llenaba del todo. En cuanto acabara volvería a su estilo anterior donde se sentía más cómoda. Sí, con pinceladas más cortas. Se sentó de golpe. —¡Puntillismo!

Blue la miró desde su cama y suspiró como si su dueña fuera un fastidio. —Sí cielo, ahora me duermo. —Se dejó caer en la cama de nuevo y pensó en Ryker no pudo evitarlo. Que guapo estaba. Mostraba mucho interés por ella, ¿no? Sonrió sin poder evitarlo. Sí, demasiado. Pero tú dura que ha demostrado que no es de fiar. No querrás pasar por lo mismo de la otra vez, ¿no? No, claro que no. Se giró de nuevo al otro lado. Uff, que calor. Sacó las piernas de debajo del edredón. ¿Beverly habrá subido la calefacción? Qué va a subir con lo tacaña que es. Rio por lo bajo. Siempre estaba con que el mundo del arte era muy inestable y que tenía que controlar su dinero. Era estupenda, había tenido mucha suerte con ella. Había estado a su lado a cada momento y había recogido los pedazos de su vida para ayudarla a recomponerse. Y Stephanie también había sido de mucha ayuda. Sí, había tenido mucha suerte con ellas. Les pintaría un retrato en agradecimiento. Entrecerró los ojos pensando en el retrato de la madre de Ryker. Si quisiera vengarse, con hacerla fea con ganas… No, no podía hacerle eso a la pobre señora. ¡Es que eres muy blanda!

Aún era de noche cuando no soportó más estar en la cama y fue a dar un paseo por la playa a ver si así se despejaba. Vio el amanecer mientras caminaba pensando en Ryker y en que era lógico que la hubiera defraudado, no se conocían y afortunadamente había visto su cara negativa antes de que fuera demasiado tarde y perdiera totalmente el corazón. Bufó. —No, no lo perdiste del todo —dijo molesta—. ¡No, no te engañas a ti misma! Si le conociste cuatro días, por el amor de Dios. Así no se cimenta una relación. Y vuelve a casa, leche, que hace un frío que pela y tienes un montón de trabajo. —Cuando se volvió gimió por lo bajo al darse cuenta de todo lo que había caminado. —Genial, estás a tomar por saco.

Empezó a andar y hasta pensó en llamar a Beverly para que fuera a buscarla, pero su amiga no llevaba bien madrugar, no debía abusar. Diez minutos después bufaba y todo por el frío que hacía. Se suponía que cuando salía el sol la temperatura mejoraba, pero el viento empezaba a soplar con una fuerza increíble haciendo que su melena azotara su cara. Al ver que alguien se acercaba corriendo se dijo que menudas ganas de torturarse tenía ese hombre, pero cuando se acercó más se quedó de piedra. ¡No podía tener tan mala suerte! Ahora sí que llamaba. Sacó a toda prisa el móvil y se lo puso al oído.

—¿Por qué me llamas por teléfono? ¿No estás en casa? No me gusta que salgas sin avisarme.

—¡Beverly ven a buscarme!

—¿Qué? ¡Emelie no te oigo! ¿Qué dices?

—¡Es el viento! —Al mirar hacia Ryker vio que sonreía. Mierda, ya la había reconocido. —¡Tienes que venir a buscarme!

—Estoy en pijama.

—¡Cómo si estás en bragas! ¡Mueve el culo y sube al coche que para eso te lo compré!

—Emelie, ¿qué pasa?

—Hola nena.

Gimió volviéndose. ¿Ya había llegado? Sí que corría, sí.

—Una mañana estupenda, ¿no?

Gruñó al móvil. —¡Estoy donde la casa azul!

—¿La casa qué?

—¿Vuelves a casa? Te acompaño.

—No, tú estás haciendo ejercicio. No te detengas, hay que machacar esos músculos —dijo empezando a caminar a toda prisa—. Adiós. —Se puso el teléfono al oído. —¡Beverly date prisa!

—¡No te oigo bien! ¿La casa qué?

Exasperada colgó el teléfono y al verle a su lado se sobresaltó. Muy bien, hora de ponerse seria. —¡Quiero estar sola!

—No es bueno estar solo tanto tiempo y tu trabajo ya es muy solitario. Te acompaño a casa y me aseguro de que llegas bien.

—¿Qué me va a pasar? —Dio un paso atrás y otro intentando alejarse, pero él la seguía. —He hecho este recorrido mil veces y… —La ola le pasó por encima y le pegó un revolcón que la dejó sin aliento tumbada boca abajo en la arena. —Nunca hay que dar la espalda al mar, es de primero de caminantes por la orilla —susurró.

—¡Emelie!

Él se arrodilló a su lado y Emelie levantó la cabeza asombrada para ver que la parte de arriba del chándal la tenía seca. —¿A ti no te ha tirado?

—Peso más que tú. ¿Te has hecho daño?

Gruñó apoyándose en las manos y entonces se dio cuenta. —¡Mi móvil!

Él estiró la mano para cogerlo e hizo una mueca porque estaba lleno de arena y era evidente que se había empapado. —Igual metiéndolo en arroz…

Se lo arrebató de mala leche. —Trae acá.

—Esto no ha sido culpa mía.

—Si me hubieras dejado en paz… —Se levantó y totalmente empapada empezó a caminar hacia la casa. Ahora el frío cortaba el alma, la verdad. —¿Llevas tu móvil?

—No, siempre lo dejo en casa cuando hago ejercicio.

—¡Genial! ¡Esto es genial! ¡Vamos a coger una pulmonía!

—Mira, allí hay una mujer. Seguro que nos deja llamar.

Ella miró hacia una terraza de madera donde la mujer intentaba asegurar las macetas para que no se las tirara el viento. No tenía otra opción. Fue hasta allí con Ryker a su lado y ella les vio llegar. A toda prisa se metió en la casa y cerró la puerta de la terraza. Asombrada miró a Ryker. —¿Nos está dando esquinazo?

—Eso parece —dijo molesto antes de entrar en su jardín.

—No, Ryker.

—Necesitamos resguardarnos hasta que Bill venga a por nosotros. ¡No pienso consentir que cojas una pulmonía! —Golpeó el cristal de la puerta de atrás. —¿Oiga? ¡Necesitamos llamar por teléfono!

Se acercó para escuchar —¡Lárguese de aquí!

—Ryker vamos.

—Ni hablar. ¡Estamos mojados, necesitamos llamar para que vengan a buscarnos!

—¡Voy a llamar a la policía!

—¡Pues llame a la policía, joder! ¡Pero hágalo rápido que mi novia se está congelando!

Ni se daba cuenta de que empezaba a temblar y Ryker la abrazó. —Enseguida vienen, nena. La policía nos ayudará. —Tiritando de frío no pudo evitar abrazarse a él. —Oiga, ¿puede darnos una manta?

—¿Pero quién se cree que soy, una ONG?

Él juró por lo bajo acercándola a la puerta para que el viento no le diera en la espalda. —¿Ha llamado a la policía?

—Claro que sí, enseguida vienen.

—Menos mal que hay buenos vecinos como usted —dijo con rabia.

—Ryker déjalo, no merece la pena.

Bajó la vista hacia ella y se miraron a los ojos. —Lo siento, nena.

Esas palabras la tensaron. —No quiero hablar de eso.

—¿Es algo que quieres enterrar como el resto de tu vida? ¿Para qué? ¿Para reflejarlo en tus cuadros porque es la única manera en la que te expresas? Joder, háblame, grítame, pero no te lo guardes.

—¡De qué sirve que te diga que me has hecho daño! ¡Lo sabes de sobra!

—Y te he defraudado.

—¡Sí! ¡Me prometiste mil cosas y no cumpliste ninguna! ¡Creía que me cuidarías, que me protegerías, querías hacer lo que fuera porque sacara a la luz mi arte y cuando descubriste que no todo era como habías imaginado, me diste la espalda! ¡Dudaste de mí y te largaste!

¿Cómo quieres que me lo tome? —Se le quedó mirando sin darse cuenta de que sus ojos se habían llenado de lágrimas de dolor. —¿Qué quieres de mí? ¿Por qué has vuelto? Ya pueden ver mi arte, ya puede disfrutarlo todo el mundo, ¿qué más quieres de mí? —Sintió como su sexo se endurecía y abrió los ojos como platos. —¿Pero a ti qué te pasa?

Hizo una mueca. —Pues si te digo la verdad no lo sé, nena. Últimamente no me reconozco a mí mismo. —Bajó la mano hasta su trasero y la pegó a él haciéndola jadear de la sorpresa. —¿Estás entrando en calor? Porque yo sí. —Rozó sus labios cortándole el aliento y cuando los rozó de nuevo suspiró de gusto pegándose más a él.

—¡Arriba las manos!

Emelie chilló del susto antes de volverse hacia dos policías que les apuntaban con sus armas.

—Estupendo agentes, ¿nos hacen el favor de ayudarnos? —preguntó Ryker como si nada antes de ponerla ante él para disimular su excitación. —Hemos sufrido un pequeño accidente.

Cuando se bajaron del coche patrulla, Emelie corrió hacia la casa como alma que lleva el diablo. Beverly le abrió la puerta. —¿Pero qué te ha pasado? ¿Ha llovido?

—A ver si te compras un sonotone, guapa. Estás como una tapia —dijo entre dientes antes de correr hacia las escaleras—. ¡Un chocolate caliente!

Ryker llegó en ese momento e hizo una mueca. —Un accidente con una ola que nos pilló a traición.

—Ah… —Señaló la puerta. —Tu casa está por allí.

—Voy a asegurarme de que está bien. —Subió las escaleras de dos en dos y fue hacia su derecha.

Emelie abrió el grifo del agua caliente antes de empezar a quitarse el abrigo que estaba empapado, dejándolo caer al suelo. El grueso jersey le siguió y se desabrochó los pantalones en tiempo récord deseando meterse bajo el agua. Dejó caer las braguitas y cuando iba a meterse en la ducha vio a través del espejo que Ryker estaba tras ella totalmente desnudo. Se le secó la boca mientras se acercaba a ella. —Nena, ¿ya no tienes frío? —Sus dedos pasaron por su estrecha cintura rodeándola y se estremeció por su tacto cuando la abrazó pegándola a su torso. —¿Todavía quieres que sea yo? —Sus manos subieron hasta sus pechos haciéndole sentir algo exquisito. Maravillada inclinó su cuello hacia atrás y él besó su mejilla. —Me muero por llenarte. —Pasó la lengua hasta el lóbulo de su oreja y se la acarició con una sensualidad que la volvía loca. Ni fue consciente de como la metía en la ducha. —La temperatura perfecta. —Su mano bajó hasta su vientre llegando hasta su sexo y metió la mano por entre sus muslos haciendo que gimiera de placer antes de que el pulgar acariciara ese punto que la volvería loca. El agua caía sobre sus pechos y Ryker no dejó de rozar el botón de su placer lentamente, en una tortura exquisita. Pero de repente aceleró el ritmo de sus caricias y desesperada por apoyarse en algo llevó las manos a los azulejos que tenía en frente, pero él no la abandonó sino que siguió rozando una y otra vez hasta que cada fibra de su ser se tensó con fuerza. —¿Vas a correrte, nena? —La acarició más rápido. —Córrete en mi mano. —Fue tal el placer que la recorrió que gritó arqueándose hacia atrás mientras él la sujetaba por su cintura. —Eso es, preciosa —dijo presionando su clítoris para aumentar su placer—. Tienes el cuerpo más sexy del mundo. Jamás me he excitado tanto como en este momento.

Aún medio mareada sintió su miembro entre sus nalgas y cuando recorrió sus labios inferiores se estremeció de arriba abajo todavía sintiendo el orgasmo anterior, así que no fue consciente de cómo se colocaba. Ryker dio un empujón de caderas entrando en ella por completo y se quedó sin aliento, no por el dolor, sino por todo el placer que la recorrió de arriba abajo. Mareada de esa bruma exquisita alargó el brazo hacia atrás para acariciar su nuca. Abrió los ojos y vio como él la observaba mientras se movía por primera vez en su interior. —¿Me sientes, preciosa? —Besó sus labios de manera ansiosa y susurró contra ellos —Esto es el paraíso. —Entró en ella provocando que un grito saliera de su interior y cuando la invadió de nuevo llegó otro. Creyendo que aquello no podía ser real, sintiendo como a cada una de sus estocadas su vientre se tensionaba más y más, tuvo que apoyarse de nuevo en la pared. Ryker dio un paso atrás llevándosela con él y sintió como entraba más profundamente en su interior. Sujetándola por las caderas la llenó de nuevo y volvió a empujar hasta que no le quedó ni un hilo de cordura porque todo lo que la rodeaba se quebró, desapareció para mostrarle el placer más exquisito que conocería jamás.

Ni notó como la abrazaba a él de nuevo mientras sus respiraciones se relajaban. Solo el sonido del agua le dijo que aquello no había sido un sueño. Abrió los ojos viendo el vapor que les rodeaba y sintió sus caricias, sus besos en el cuello y como su miembro aún seguía en su interior. —¿Estás bien?

—Aún estás en mí.

—Y me quedaría ahí para siempre.

La verdad es que era tentador y sonrió antes de que la volviera para atrapar su boca con una pasión que la arrolló.

Sus amigos miraron hacia arriba. —Qué energía —dijo Marguerite antes de meterse el tenedor en la boca y masticar los huevos—. Cielo, me tienes abandonada.

Sam que estaba trabajando en la mesa mientras se tomaba un café asintió. —Perdona, intentaré remediarlo esta noche.

Soltó una risita. —Vale, te perdono.

Bill chasqueó la lengua. —Se tenían ganas, eso es evidente. Como esto va para largo me voy hasta la ciudad. ¿Alguien quiere algo?

—Oh, pues… —Beverly se levantó. —Yo tengo que ir a hacer la compra. La señora Bennet dice que no hay de nada.

—Genial. —Sam les dio una lista. —Necesito esto de la ferretería.

—Y yo necesito un cepillo, no sé qué he hecho con el mío.

Sam levantó la vista de lo que estaba haciendo para mirarla como si fuera un desastre. —¿Qué? Tiene que estar en algún lugar de la casa, pero no sé dónde.

—En casa es un desastre —explicó Sam—. No sé cómo puede ser tan eficiente en su trabajo con Ryker y ser en casa lo totalmente opuesto.

—Tampoco es tan eficiente —dijo Bill.

—Eh, que en lo mío soy la mejor.

—¡Ay, la hostia! —gritó Ryker—. ¡Blue baja de ahí!

Asombrados miraron hacia arriba para oírla gritar —¡Ryker para!

—¡Quítamelo de encima, quítamelo! ¡Me está arañando la espalda, joder!

Todos se echaron a reír a carcajadas. —El gato se ha hartado, no me extraña —dijo Beverly cogiendo unos platos—. Está acostumbrado a tenerla solo para él.

—Bueno, al parecer el descanso se ha acabado —dijo Marguerite—. Los jefes bajarán enseguida.

Todos se levantaron de la mesa y escucharon decir —¡Ni se te ocurra volver a hacer algo así!

—¡Nena, no me fastidies! ¡Necesito ir al médico!

—¡No seas exagerado!

Se escuchó un portazo en el piso de arriba y todos estiraron el cuello para ver como Ryker bajaba los escalones únicamente vestido con el pantalón del chándal. Cuando llegó al comedor con un arañazo en la cara gruñó. —Bill, tráeme algo de ropa. Tenemos que ir a ver al médico.

—¿Pero qué ha pasado? —preguntó haciéndose el tonto.

Ryker se volvió mostrando los arañazos de los que salían regueritos de sangre. Todos dejaron caer la mandíbula del asombro. —Leche con el gato —dijo Marguerite—. No se anda con chiquitas.

—Suerte has tenido que no se te ha tirado a la cara —dijo Bill.

—No jodas.

—Van a por los ojos. Cuatro arañazos y ciego de por vida.

De repente el gato apareció y pasó entre sus piernas estirándose como si quisiera caricias. —Sí, ahora…

—Oh, qué mono, quiere que le perdones —dijo Marguerite.

—Acaríciale —le exigió Beverly—. Si no pensará que estás enfadado.

—¡Es que estoy enfadado, joder!

—Tú verás, pero como te coja tirria ya puedes correr. A la anterior cocinera no podía ni verla y un día cuando le pisó el rabo sin querer, le hizo la depilación en todas las piernas.

—Hay que cortarle las uñas.

—Ya, como si no le crecieran —dijo Beverly como si fuera tonto—. Acaríciale.

Suspiró agachándose y pasó la mano por su lomo. —Amigo, tienes que compartirla conmigo.

—Más te vale que le dejéis fuera. —Beverly se acercó a la puerta y gritó —¡Emelie, me voy al pueblo!

—¡Trae helado!

Sonrió. —¡Hecho! ¡Tienes el desayuno en el horno!

En ese momento apareció su amiga con un chándal rosa y bajó a toda prisa los escalones haciendo una mueca al ver los arañazos de Ryker. —¿Un poco de agua oxigenada?

—Si no te importa…

Ella miró al gato y dijo muy seria —Niño malo.

—Iré a por ropa para que te vistas —dijo Marguerite—. Estos se van al pueblo a comprar.

—Nosotros podemos empezar a trabajar. ¿Tu wifi funciona bien, preciosa?

—¿Y el tuyo? —preguntó indignada.

—A trompicones.

—Sí, funciona bien…

Él sonrió. —Usaremos el despacho, ¿te parece?

Qué remedio. Todos se fueron por un sitio distinto y de repente estaban solos de nuevo. —Siento lo de…

—No ha sido culpa tuya. —Le dio un beso en los labios.

—Ven que te cure. —Cogió su mano y fueron hacia el baño de abajo. Emelie buscó bajo el lavabo el botiquín e hizo una mueca porque solo había alcohol. —Esto va a escocer un poco.

Ryker gruñó volviéndose y ella pasó el algodón con delicadeza. —Joder, la madre que parió al gato.

Se mordió el labio inferior porque puede que le quedara cicatriz. —Igual sí que deberíamos ir al médico, este de aquí es un poco más profundo.

—¿Sigue sangrando?

—No, pero…

—No pasa nada. Límpialo y ya está. —Él suspiró. —Esto va a ser un problema.

Entrecerró los ojos. —¿A qué te refieres?

—¿Y si le compro un regalo al gato?

—No hace falta.

Él miró hacia Blue que estaba en la puerta observándoles como si no se fiara un pelo de lo que pudiera hacerle a su dueña. —Nena, si esos ojos no mienten, como vuelva a hacerte el amor me va a despellejar vivo.

—Pero es que no vamos a volver a hacer el amor.

Él se volvió pasmado. —¿Cómo has dicho?

—Esto ha sido un rollete, no hay que exagerar. Date la vuelta.

—¿Cómo que un rollete? ¡Yo voy en serio!

—Ya, claro. ¿Te vuelves, por favor? Tengo mucho trabajo pendiente.

La cogió por los brazos y la sentó sobre la taza del wáter. —Nena, te juro que sí.

—Me da igual —dijo dejándole de piedra—. Ya no me importa.

—¿Cómo que no te importa?

—Mira, me lo he pasado muy bien, ha sido una primera experiencia de la que no podría pedir más, pero de ahí a tener algo serio contigo… No, no me interesa. —Se levantó y salió del baño cogiendo el gato. —Vamos cielo, tenemos que acabar ese cuadro hoy.

Salió tras ella para ver cómo le daba mimos mientras se alejaba. —Sí, está algo pesado, pero debes tener paciencia. Se irá antes de que te des cuenta.

Él entrecerró los ojos. —Más quisieras. —Le resquemó la espalda y juró por lo bajo acercándose al espejo para mirársela. —Será cabrito.

Capítulo 11

Un par de horas después Emelie sonrió dando una pincelada. Qué mañana había pasado, qué maravilla. Soltó una risita porque hubiera seguido si no llega a ser por Blue. —Menos mal que me centraste, cielo. —El gato maulló tumbado en la camita que tenía allí. —¿Te lo puedes creer? Ahora quiere algo serio. Ahora. Cuando ya soy una rica y famosa artista con el padre en prisión para que no dé la lata. Es que es para pegarle un tiro.

—¡Nena, te estoy oyendo!

Jadeó volviéndose. —No se puede entrar aquí.

—Tenía curiosidad —dijo mirando los cuadros en la pared—. Joder, son aún mejores que en las fotos.

—Oye, ¿estás sordo? Fuera.

—No seas pesada. —Se agachó ante el más reciente. La lluvia caía sobre un puente antiguo de madera. Las caras en las gotas eran bellísimas. —Parecen ninfas.

—Lo son.

Se incorporó y dio varios pasos atrás. Mosqueada preguntó levantándose —¿Qué haces?

—Buscar la otra cara de tu obra, nena.

—Estos cuadros no la tienen.

—¿No me digas? —preguntó haciéndose el tonto.

—¿No ves que no tienen muchos colores oscuros?

—Sí que los tienen. En las sombras que has incorporado, el puente… —Inclinó la cabeza. —Nena, ¿soy yo riendo?

—¡Qué va! ¿Cuándo te he visto yo reír?

La miró sorprendido. —Claro que me has visto.

—No me acuerdo. —Levantó la barbilla. —Como siempre estabas de mala leche...

—Eso es mentira.

—Oye, déjame trabajar que no tengo más tiempo que perder. —Volvió al caballete y él la siguió para ponerse detrás. —Lárgate —dijo entre dientes.

—¡Ja! Y ahí también estoy yo.

Le miró asombrada. —Cielo, ¿estás bien?

—¡No me mires como si estuviera loco, soy yo!

—¡Ve a que te tomen la fiebre, porque deliras!

Gruñó y en ese momento se abrió la puerta. Beverly entró con el móvil en la mano. —Tengo un candidato, ¿quieres que venga mañana a primera hora? Es cuando tiene tiempo.

—Vale, que venga.

Beverly se alejó. —¿Un candidato para qué?

—Tengo que usar más modelos —dijo distraída dando una fina pincelada.

—¿Y eso por qué?

Le miró asombrada. —¡Porque los necesito!

—Me tienes a mí.

—A ti ya te tengo muy visto. Necesito otro culo, otras piernas, otro torso que me inspire. Además, tengo que cambiar las caras de las esculturas y…

—¿Cómo que cambiarlas?

—Claro, no te voy a poner siempre a ti. Tengo que variar o pensarán que he perdido un tornillo.

—¿Y por qué iban a pensar eso?

—Porque no eres nada mío.

Él apretó los labios. —Nena, estás muy rebelde.

Chasqueó la lengua como si le importara un pito lo que pensara.

—¿En serio vas a cambiar mi cara?

—Compréndelo, Ryker, no quiero que la gente piense que tenemos algo. Una cosa es una escultura, pero toda la serie… Demasiado.

—¿No me digas? —Señaló los cuadros. —¿Y esto no es demasiado?

—Vuelvo a decir que son imaginaciones tuyas.

—Emelie, no hagas que tenga que demostrártelo, tengo las fotografías.

—Haz lo que quieras —dijo como si le importara un pito—. ¿Me dejas trabajar, por favor?

Él apretó los puños de la impotencia antes de salir de allí mosqueadísimo. Exasperada miró a Blue. —¿Pero este qué se cree? ¿Que por cuatro polvos bien echados, voy a olvidar todo lo que ha pasado? Pues no. —El gato maulló. —Menos mal que tú me comprendes.

Ryker al otro lado de la puerta a punto de entrar de nuevo apretó los labios antes de soltar el pomo y volverse para regresar al despacho. Cuando entró en él, Marguerite que estaba al teléfono levantó una ceja por el cabreo que tenía.

—Te llamo luego y más te vale que lo hayas arreglado —dijo antes de colgar—. ¿Qué pasa ahora?

—No va a perdonarme.

—Claro que sí. Cuando se dé cuenta de que nadie le da orgasmos como los tuyos, no te dejará escapar.

Asombrado preguntó —¿Tengo que dejar que se acerquen otros tíos?

—Tiene que comparar. Le acabas de abrir un mundo nuevo, ahora ya no puede vivir sin ello.

—¡Mañana vendrá un modelo!

—¿Cómo que un modelo? ¿Y tú?

—Eso mismo digo yo. —Se llevó las manos a la cabeza caminando de un lado a otro. —Quiere pasar página.

—No se lo permitas. ¡Una cosa es que te sustituya en la cama y otra muy distinta que lo haga en su arte! ¡Eso no puedes consentirlo!

Dejó caer los brazos. —¿Y qué quieres que haga? Dios, si me sustituye en los cuadros estoy perdido. Y a lo mejor si conoce a otro, las posibilidades de que esto no acabe bien aumentan… ¡Haz algo!

—¿Yo? —preguntó asombrada.

—¿Por qué no vas a hablar con ella? Eso, y le hablas de mí, a ver qué te dice.

Se echó a reír. —Si le caigo fatal, pero… Sam es otra historia.

Entrecerró los ojos antes de salir del despacho. Salió de la casa con Marguerite detrás. —Déjame hablar a mí —dijo ella.

—¿Y eso por qué?

—Porque tú tampoco le caes demasiado bien.

Se detuvo en seco. —¿De qué estás hablando?

—Porque siempre me tienes fuera de casa, es algo… posesiva.

—¿Tiene celos de mí?

—Bueno, tu chica los tuvo de mí y es lógico, pasamos mucho tiempo juntos.

—Muy bien, habla tú con ella.

Caminaron hacia el garaje donde Sam estaba organizándolo todo con ayuda de Bill. Estaban moviendo una mesa de trabajo. —¿De dónde la habéis sacado? —preguntó su ayudante.

—Del garaje de la otra casa. Están mejor preparados en cuestión de herramientas. Aquí no tienen ni un martillo. Déjala aquí, cuando llegue la pieza ya la arrimaré.

—¿Cuándo llegará? —preguntó Ryker como si nada.

—En cuatro días. ¿Habéis hablado con los de la grúa y los del tejado?

Marguerite asintió. —Estarán aquí para entonces. Solo tengo que comunicarles el día y la hora aproximada.

Sam sonrió. —Genial. —Se frotó las manos. —Estoy deseando empezar.

Su mujer gimió y Sam la miró. —¿Qué pasa?

—Esta es una oportunidad única, cielo.

—Lo sé, no voy a fastidiarla no te preocupes.

—No, no es eso, sé que harás un trabajo increíble. Lo que me preocupa… más bien quien me preocupa es Emelie.

Sam frunció el ceño. —¿No está convencida de que lo haga yo? Sé que no ha visto mis trabajos, pero…

—No, no es eso. —Se acercó y cogió su mano. —Verás, son piezas enormes, increíblemente grandes y vas a necesitar mucho tiempo. Meses.

—Sí. Me ha dicho Beverly que si vosotros os vais de la otra casa, puedo mudarme con ellas, no hay problema.

—¿Y si cambia de opinión?

—No va a hacer eso. —Perdió algo la sonrisa. —¿O sí?

—No digo que lo vaya a hacer, pero es evidente que no hay un contrato ni nada que os

asocie.

—No puedo pedirle eso, además ya ganamos bastante con la publicidad del Facebook. Sería ruin, ¿no crees?

—Entiendo que confíes en ella, pero estamos hablando de tu futuro, de nuestro futuro. Esto puede ser algo realmente increíble para ti, cielo. Necesitamos que ella se comprometa en este proyecto.

—¿Cómo? —Marguerite miró hacia Ryker y Sam entrecerró los ojos. —¿Qué se te está pasando por la cabeza?

—Si están juntos no se echará atrás. Seremos como una gran familia —dijo ilusionada—. Y a la familia no se la deja tirada.

—Entiendo, quieres que le prepare una encerrona metiéndole a este por los ojos.

—Vamos, se han acostado esta misma mañana. Para ella no será un sacrificio enamorarse de él. ¡Además, sabes de sobra que ya está casi colada, sus cuadros, sus diseños de las esculturas lo demuestran! Solo está encabezonada por culpa de lo que ocurrió en el pasado. Y sabes que en parte fue culpa mía. Se lo debo. Se lo debo a los dos.

Sam miró hacia Ryker. —Ya le hiciste daño una vez, no confiaste en ella y no le eches la culpa a Marguerite, porque ella solo expresó sus dudas. Fuiste tú quien tomó la decisión.

—Cierto, fue responsabilidad mía e intento solucionarlo.

Suspiró acercándose a la mesa y sentándose sobre ella. —Después de que llegarais de las compras, ayudé a Beverly a sacarlo todo del coche. —Todos asintieron. —Estuvimos hablando un rato. No sabéis el daño que le hicisteis.

Preocupado se acercó a ella. —¿Qué te ha contado?

—Intentó… Ya sabéis, acabar con todo.

Dio un paso atrás como si le hubiera golpeado.

—Se metió en el mar. Estuvo sin vida. Un hombre la sacó y la reanimó. Por eso Beverly se preocupa tanto por ella. Le costó mucho dejar que fuera sola a pasear y acostumbrarse a darle independencia. Por eso está tan molesta con nuestra presencia aquí. Así que no, no pienso colaborar en tenderle una encerrona y mucho menos para sacar beneficio en mi carrera. La respuesta es no. No soportaría tener sobre mi conciencia que algo saliera mal y ella lo pagara con su vida.

Todos estaban en shock y Ryker se llevó las manos a la cabeza volviéndose. —Jefe, no lo sabías…

—Sí que lo sabía. ¡Sí que lo sabía! —gritó torturado antes de volverse—. ¡Su psiquiatra me advirtió de que había una posibilidad y sacamos a la luz la mierda de lo de su padre! ¡Y para colmo me largué dejándola sola! ¡Me desentendí en uno de los peores momentos de su vida y fue Emelie quien lo pagó! ¡Y la culpa es mía, no me extraña que me odie! —Rio sin ganas. —¿Qué coño estoy haciendo aquí? ¡Mi presencia solo sirve para que lo recuerde todo de nuevo!

—Ella te quiere, amigo. Los cuadros lo demuestran.

—Pero no soy bueno para ella.

—Si te vas ahora sí que pensará que no te interesa, que no es importante para ti —dijo Sam furiosa—. ¡No puedes largarte si es lo que estás pensando! —Se bajó de la mesa. —¿Tienes que joderte y aguantar lo que te echen durante el tiempo que sea necesario? ¡Sí! ¡Porque merece

la pena luchar por lo que amas! ¡En algún momento se dará cuenta de que hablas en serio y te querrá a su lado! ¿Piensas rendirte?

Él se enderezó. —No, no pienso hacerlo.

—Entonces tenemos que hablar.

Se volvieron y allí estaba Stephanie con un grueso abrigo de lana. Su mirada decía que no estaba de acuerdo en absoluto. —Señor Reingold no puedo decir que sea un placer.

—Me lo imagino.

—¿Me acompaña? Debemos hablar a solas.

La siguió y sin hablar caminaron por la playa durante varios minutos. —Lo ha pasado muy mal. —Él se mantuvo en silencio. —Tan mal como para querer abandonar. Se rindió y fue porque usted le mintió. Había conseguido convencerla de que usted la apoyaría en todo y su rechazo fue la gota que colmó el vaso. —Sonrió con ironía. —Al parecer me equivoqué, pensé que la pérdida del gato sería fatal, pero no había pensado en usted. Hay que ver lo que engaña la gente.

—Siento lo que hice.

—Sí, es evidente, pero hay cosas que no pueden cambiarse. —Se detuvo para mirarle. —Está enamorada de usted, ¿sabe? Puede que quiera enterrarlo, pero sigue ahí. Disimula, siempre lo ha hecho. Tuvo que simular en el colegio que su padre era alguien que la quería, en el instituto que era una chica como las demás y después... Lo que pasó después era lo que le faltaba. Solo en su arte no disimula, muestra su otra cara, aunque pocos la ven. Ella creía que usted la había visto, que la había visto de verdad y que la había entendido, pero algo en su interior le decía que si quería protegerla era por algo. Como es desconfiada creyó que lo hacía por su trabajo. Por su arte, como esa que la retuvo durante todo un año, pero en el fondo de su ser Emelie deseaba más que a nada que la quisiera por sí misma. Y demostró que no era así, que ella le daba igual. Incluso su arte dejó de interesarle.

—Lo hizo cuando recibió los cuadros, ¿no?

—Era el único hilo que les unía y cuando los recibió todo se vino abajo. Todas las esperanzas a que algún día llegara a creerla y regresara… Pero eso no iba a pasar. —Se quedaron en silencio de nuevo y la psiquiatra miró hacia el mar. —La encontraron allí, fue un milagro que sobreviviera. Y ahora usted está aquí de nuevo. —Se volvió para mirar sus ojos. —No puede fastidiarla otra vez.

—¿Qué debo hacer para ganarme su confianza?

—Lo que dijo esa mujer ahí dentro es bastante exacto. Solo tiene que estar ahí para ella, para cuando le necesite. Pero si cree que va a fallarle de nuevo, váyase ahora. En este momento lo superaría porque no cree nada de lo que le diga, pero si vuelve a confiar en usted y le falla… No sé cómo va a reaccionar.

—No pienso fallarle de nuevo.

—Pues le deseo suerte. De veras que sí, porque deseo que sea feliz. Ahora pregúntese si usted puede hacerla feliz.

—Sí, puedo.

—Llámeme si me necesita.

Fue hacia el coche y él observó cómo se iba. Al mirar hacia la casa vio a Emelie en la

ventana del salón. Juró por lo bajo y se acercó a toda prisa entrando por la puerta del jardín. Se la encontró en el hall. —¿Qué hacía Stephanie aquí? —preguntó furiosa.

—Nena, no pasa nada.

—¿Qué hacía aquí?

Decidió ser sincero, era lo menos que merecía. —Advertirme.

Palideció. —Te lo ha contado, ¿no?

—Ya lo sabía. Me enteré justo antes de que apareciera.

—Beverly… —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Al parecer no puedo confiar en nadie! —Fue hasta la escalera.

—Ella lo ha hecho para evitar que te hiciera daño.

Sin hacerle caso llegó arriba y él la siguió. —Nena… —Al llegar a su habitación ella cerró de un portazo antes de que pudiera entrar y Ryker abrió la puerta para verla sentada en la cama intentando reprimir las lágrimas. Se acercó y se sentó a su lado. —Fue culpa mía.

—No.

—Sí que lo fue, no me disculpes. Te fallé. Estabas vulnerable y te hice daño. La gota que colmó el vaso. —La miró. —¿Fue así, nena?

Mirando al vacío ni se dio cuenta de que lloraba. —Ni sé lo que ocurrió. Durante un segundo pensé que me daría paz y la paz no llegó, cuando quise salir era demasiado tarde. —Volvió la vista hacia él. —Así que ya ves, me arrepentí demasiado tarde.

—Siempre has sido muy fuerte, debías serlo para superar lo que viviste. Pero que lo pensaras, que llegaras a intentarlo… —La cogió por la nuca acercándola a él y a Emelie se le cortó el aliento. —Ni se te ocurra hacer algo así de nuevo, ¿me oyes? —La miró como si la adorara y las lágrimas no dejaban de fluir de la emoción. —Eres única y no solo por tu obra, eres especial por ti misma. —Se acercó hasta su mejilla y respiró hondo. —Tu olor, tu sabor, tu manera de caminar o de hablarme cuando me haces el amor… Nadie es como tú y no puedes privarnos de ti, preciosa. —Se apartó para mirar sus ojos. —Júrame que no volverás a hacerlo.

—¿Por qué te importa tanto? Antes no era importante.

—Siempre has sido importante. Estaba enfadado y no supe rectificar a tiempo. Pero me arrepiento de ello, te juro que sí.

—Es demasiado tarde.

Intentó apartar la mirada, pero él lo impidió. —Mírame nena. —Ella elevó la vista hasta sus ojos. —Entiendo que no me perdones, que no me creas, pero no volveré abandonarte. Aunque ya no me quieras no pienso abandonarte y aunque no esté aquí a tu lado, siempre podrás contar conmigo y vendré desde cualquier lugar del mundo.

Asintió y él se dio cuenta de que no le había creído. Soltó su cuello, sabía que sus palabras caían en saco roto, pero al menos lo había intentado. Solo esperaba que pudiera demostrarle que hablaba en serio. —¿No estabas trabajando? —Sonrió. —Ya lo sé, tenías hambre. Al final no has desayunado. —Se levantó y alargó la mano. —¿Vamos? Seguro que la señora Bennet tiene algo para nosotros.

Miró su mano y dudó. Él al darse cuenta la dejó caer, pero no perdió la sonrisa. —¿Huevos con beicon?

—Es la hora de la comida. Hoy toca salmón. Siempre toca salmón los jueves.

—Y no te gusta.

—Tiene muy mala leche cuando se cabrea —susurró.

—Preciosa, trabaja para ti.

—Ya, pero si se cabrea me quedo sin cocinera. ¿Te ves haciendo la comida para todos?

—El salmón está bien.

—Está genial.

Rio por lo bajo y ella le miró de reojo algo incómoda. Por hablar de algo dijo —Marguerite está embarazada.

—Sí, fue una sorpresa cuando me dijo que quería ser madre. Ahora tendré que buscar otra ayudante, con el bebé querrá más estabilidad y no viajar tanto.

—Entiendo. ¿Me la puedo quedar yo?

No pudo disimular su sorpresa. —Creía que no te caía bien.

—Es soportable. Me llegan mails todos los días que no tengo tiempo a leer. Mi marchante dice que necesito una asistente, pero Beverly ya se encarga de todo en la casa y de mí… No quiero cargarla también con ese trabajo.

—Marguerite estaría encantada. —Entrecerró los ojos. —De hecho, creo que diría que sí sin dudar si con ello se queda con Sam.

Sonrió. —Entonces perfecto, pueden vivir aquí. —Decidida fue hasta la escalera y la escuchó decir por lo bajo —Van a ser unas navidades muy distintas, ya verás.

Se le cortó el aliento al escucharla. Quedaban tres semanas para Navidad. Tres semanas. Nunca había tenido unas navidades increíbles. Con el padre que le había tocado en gracia y cómo había sido su vida después, estaba seguro de que ni recordaba unas navidades en familia. Entrecerró los ojos. Pues se iba a quedar de piedra con las que él le iba a organizar.

Capítulo 12

Cuando llegó abajo vio que Sam y Bill estaban montando la mesa para comer. —Bill…

Su amigo se acercó a él y salieron fuera de la casa. —¿Recuerdas cuando te dije que encontraras fotos de la madre de Emelie?

—Creí que ya no querías que lo hiciera. Con todo lo que pasó…

—Sí, sí, lo entiendo, pero ahora necesito que las consigas.

—¿Vas a darle una sorpresa?

—Si eres capaz de conseguirlas sí.

—Eso está hecho jefe. —Ryker levantó una ceja. —¿Ahora?

—Cuanto antes.

Su amigo bajó los escalones y vio cómo iba hacia el cuatro por cuatro. Sonrió porque siempre podía contar con él. Entró de nuevo en la casa y cuando encontró a Marguerite en el despacho, entró cerrando la puerta con llave. Ella colgó en el acto. —¿Qué pasa? ¿Esa comecocos te ha echado la bronca?

—No, ha sido bastante agradable dentro de lo que cabe. —Se sentó ante ella. —Necesito que hagas algo por mí.

—Lo que sea, ya lo sabes.

—Sé que siempre te vas a Lyon en navidades, pero necesito que este año te quedes aquí.

Separó los labios de la impresión. —Por Emelie.

—Nunca ha tenido unas navidades memorables, quiero que este año sean especiales.

—Hecho.

—¿Así sin más?

—En Lyon Sam se aburre como una ostra porque no habla francés y desde que murieron mis padres no es que sea muy divertido. Además, embarazada tengo una excusa.

—Estupendo, ahora solo tienes que organizarlas. Quiero la mejor decoración y todo lo demás.

—Un momento, tú siempre te vas a la Toscana para las fiestas.

—Este año no.

—¿Y tu familia? Tu madre se va a poner como loca, ya te perdiste el cumpleaños de tu padre, ¿quieres cabrearla?

—Ya hablaré yo con ella.

Llamaron a la puerta y él fue a abrir para mostrar a Beverly. —Siento molestaros, pero la comida está lista y la señora Bennet no espera.

—Muy bien, gracias. —Miró tras ella antes de cogerla por el brazo para meterla en el

despacho.

—¿Pero qué pasa?

—Estamos hablando de las navidades.

—¿Qué?

—¿Tú vas a estar aquí?

—Claro. Yo tampoco tengo familia por eso era interna. —Miró a Marguerite. —¿Qué pasa?

—Vamos a organizar unas navidades para Emelie. —Sonrió. —Y para ti, que también te las mereces.

Sus ojos brillaron de la ilusión. —¿De veras?

Ryker asintió. —No digas nada, todo será sorpresa a medida que vaya surgiendo.

—Es genial. —Estaba encantada. —Seguro que le gustará mucho. Por cierto, tengo una idea para lo del gato.

—Soy todo oídos.

—Una gatita.

—¿Y llenar la casa de gatos? Ni hablar.

—Que esté capada. Solo necesita una compañera. Además, él también está capado así que lo de los gatitos no pasaría.

Miró a Marguerite. —¿Qué opinas?

—Que la gata odiará a Emelie.

—Al menos así estaremos más igualados. Blue me odia a mí y la nueva la odia a ella.

—Vais a formar una familia de lo más interesante.

—Ese será el regalo de Blue. —Sonrió. —Y sé exactamente que regalarle a Emelie.

Marguerite silbó. —Por la cara que pone mi jefe se va a quedar con la boca abierta.

—Eso espero.

Esa noche en la cama Emelie frunció el ceño. Durante la comida y la cena Ryker había estado de lo más sociable, pero no había vuelto a insinuársele. De hecho, cuando ella acabó la cena dijo que se iba a acostar porque estaba agotada y él con una simple sonrisa en los labios le contestó que tuviera dulces sueños. ¿Sería pitorreo? ¿Qué pasa, que después de saber que había perdido la cabeza ya no quería sexo con ella? ¿Ahora era de porcelana y había que mantener las distancias por si se rompía? Con lo mosqueado que parecía cuando le estaba curando la espalda. Para que veas que no es de fiar, dijo una vocecita en su interior. Pero lo que le había dicho en su habitación… Había sido muy bonito. Que siempre podría contar con él. ¿Le quería en su vida? Dios, sí… Le necesitaba. Algo dentro de ella era feliz simplemente con verle, así que cuando la tocaba era como rozar el cielo. ¿Si llegaba a confiar en Ryker, a ella le valdría con lo que tenían en ese momento? Tendría que valer, antes de conocerle tenía mucho menos. ¿Amigos? Sí, podía ser. Cosas más raras se habían visto. Ya digeriría cuando él tuviera pareja y las cosas cambiaran. De momento disfrutaría de tenerle a su lado porque en algún momento se iría por negocios o lo que fuera, en algún momento tendría que volver a su vida, pero regresaría, había dicho que lo

haría y ella sabía que viviría simplemente para esos instantes.

Después de dormir casi diez horas se levantó de muy mal humor. Hasta el gato la evitaba. Beverly al ver su cara al entrar en el comedor, silbó antes de ponerle un café bien cargado. Se sentó en la cabecera. —Buenos días.

—Para unos más que para otros. ¿Has visto? Ha nevado.

Sus ojos brillaron de la ilusión antes de mirar hacia la ventana. La arena estaba blanca, nunca había visto algo así. —Qué bonito.

—Sabía que te gustaría. Acuérdate que el modelo está a punto de llegar.

Gruñó antes de coger una tostada y empezar a untarle mantequilla. Le dio un mordisco.

—¿Has usado condón?

Se atragantó y empezó a toser con fuerza. Su amiga se levantó para darle palmadas en la espalda. —San Blas, San Blas…

La miró con los ojos rojos del esfuerzo. —¿Por qué has preguntado eso?

—Curiosidad. —Se sentó de nuevo. —Ya entiendo, no le has dado importancia porque quieres un bebé —susurró.

—No le he dado importancia porque cuando me toca no puedo ni pensar con claridad. —Entrecerró los ojos. —Pero tienes razón, me ahorraría la inseminación y esos tratamientos valen una pasta.

—Bien visto amiga, nunca se sabe cuándo se va a necesitar el dinero. —Soltó una risita. —Además te va a salir guapísimo.

—Mira, se me acaba de quitar la mala leche de golpe. —Contenta dio otro mordisco a la tostada.

—Un bebé… —Los ojos de Beverly brillaron de la ilusión. —Un bebé en la casa.

—Dará mucha alegría.

—Pero para asegurarse hay que repetir.

—Ayer no parecía que quisiera.

—Es tío, claro que quiere. Lo que pasa es que teme hacerte daño de nuevo y ahora va con pies de plomo.

Hizo una mueca antes de beber de su café.

—¡Buenos días! —dijo Marguerite desde el hall antes de aparecer ante la puerta con una sonrisa en los labios mientras se quitaba la gruesa bufanda. —¡Ha nevado!

—¿Cómo has entrado?

—Anda esta, pues con la llave que me ha dado Beverly porque el jefe no me ha devuelto la mía.

Asombrada volvió la vista hasta su amiga y esta chasqueó la lengua. —Total, iba a entrar igual. Ayer cuando fui a la compra hice unas cuantas llaves.

Marguerite dejó el abrigo en el otro extremo de la mesa y se acercó sentándose al lado de Beverly

—¿Y Sam? —preguntó antes de morder la tostada de nuevo.

—En el garaje. Necesita un par de estufas, la pobre va con el plumas.

—Mierda, no había pensado en eso. Beverly, ¿hay algo por la casa?

—Si no iré al pueblo, no te preocupes.

—Está como loca. —Marguerite se sirvió un zumo de piña. —No deja de pensar en el proyecto. —La miró a los ojos. —Gracias. Temía que perdiera la ilusión en el trabajo por el poco éxito que estaba teniendo, pero es muy buena, de verdad. Si quieres te muestro unos trabajos que tengo en el ordenador.

—No es necesario.

—Hoy empieza a trabajar en tu busto.

—¿Y de dónde ha sacado la piedra? —preguntó asombrada.

—La ha ido a buscar a Nueva York. Se ha levantado a las cinco. Tenía una pieza en casa que le valía y allí que ha ido.

—Buenos días —dijo Sam desde la puerta.

—No era necesario que fueras a Nueva York para empezar mi busto.

—Oh, no es nada. Además, tenía que regar las plantas.

Se sentó frente a su mujer y fue evidente el sitio vacío a su lado. —El jefe está en una llamada con su hermano, que está en París.

—Vale —dijo como si le diera lo mismo.

—Al parecer hay movida.

—¿De veras? —preguntó interesadísima.

—A David le gusta demasiado confraternizar con las artistas, no sé si me entendéis. Han salido unas fotos suyas comiéndole la boca a dos en una misma noche y después se largó con ellas.

—Un trío —dijo Beverly asombrada—. ¡Un trío, Emelie!

—Así que el jefe está ejerciendo de hermano mayor e intenta ponerle las pilas. Esas cosas no se hacen en público, que luego todo se sabe. Es malo para la fundación y para sus empresas. —Suspiró. —El jefe no da a basto, no sé cómo lo hace. Yo me volvería loca con tantas cosas en la cabeza. Cuando no le está llamando el director de tal empresa, le piden que asista a una gala benéfica o algo así. Es un no parar, ni los fines de semana tiene libres.

—Pero ahora estáis aquí —dijo preocupada porque se fueran pronto.

—Oh, lo llevaremos todo desde tu oficina. Esa es la magia de internet, puedes trabajar desde donde quieras. Y a los actos asistirán sus padres o sus hermanos. Ya está todo hablado.

—¿Y por qué?

Marguerite que iba a meterse unos huevos revueltos en la boca se detuvo en seco y la miró. —¿Y por qué?

—¿Por qué no os vais? Lo de la exposición ya está solucionado.

Miró a Sam como si no supiera que decir y esta forzó una sonrisa. —Por mí, mi mujer no quiere dejarme sola. Y el jefe no puede vivir sin ella.

No pudo disimular su decepción. —Y… —añadió Marguerite—. Porque quiere hacer las

paces contigo. —Soltó una risita. —Bueno, en realidad ya las habéis hecho, pero él quiere asegurarse de que le perdonas. —La miró a los ojos. —Está muy arrepentido, te lo aseguro. Y yo también. ¿Me perdonas por haber dudado de ti?

—Sí, no te preocupes, olvidado.

Suspiró con fuerza. —Menos mal, este tema me traía por la calle de la amargura.

—Buenos días. —Ryker entró en el comedor y sonrió a Emelie. —Buenos días, nena. ¿Has descansado?

Se sonrojó ligeramente. —Sí, gracias.

Él se acercó y la besó en la mejilla para susurrar a su oído —Yo he soñado contigo.

Se puso como un tomate, pero disimuló cogiendo su taza de café mientras él se sentaba. —¿Qué tal tu hermano?

Él parpadeó sorprendido antes de mirar a Marguerite que hizo un gesto con la mano como si no tuviera importancia. Él gruñó antes de mirarla. —No es nada nuevo, nena. David es de los que opina que cuanta más relación con los artistas, más se pega el arte.

Las chicas rieron por lo bajo.

—¿Y tú opinas lo mismo?

Él sonrió comiéndosela con los ojos. —Si fuera así no me despegaría de ti ni un segundo.

Se sonrojó aún más. —¿Y qué tiene de malo que tenga relaciones con las artistas?

—Que son demasiadas y demasiado públicas. Nadie le tomará en serio porque pensarán que es un playboy de tres al cuarto. David tiene un futuro prometedor por delante, no quiero que lo arruine todo porque se le vaya la cabeza.

Frunció el ceño porque por como hablaba de él ni que fuera un crío. —¿Cuántos años tiene?

—Diecisiete.

Abrió los ojos como platos. —¿Qué?

Ryker sonrió. —Fue un desliz de mis padres. Una sorpresa.

Marguerite soltó una risita. —Y ya está haciendo tríos, para que veas lo atrasadas que nos hemos quedado. Sobre todo esta —dijo señalándola con la cabeza.

Jadeó. —No me he quedado retrasada.

—Anda que no, eras virgen con veintiséis. Que es algo en sí increíble, leche.

Se puso como un tomate y Ryker cogió su mano por encima de la mesa. —Esperaba el hombre adecuado.

—Eso —dijo dándole la razón—, pero no te hagas ilusiones.

Él reprimió una sonrisa. —Lo intento, nena.

Se le cortó el aliento. —¿Tienes ilusiones?

—Bastantes.

—Oh… —Sintió que todos la observaban. —Pues vete quitándotelas de la cabeza.

—Eso nena, tú resístete que así es más interesante.

La miraba de una manera… Era evidente que lo de la noche anterior había sido para darle un respiro, porque ahora no la dejaría respirar en absoluto. Madre mía, qué sueño había debido

tener. Llamaron a la puerta, salvada por la campana. —Uy, el modelo.

—O Bill que se ha olvidado la llave —dijo Sam con la boca llena.

Fue hasta la puerta y la abrió con una sonrisa en los labios, perdiendo la sonrisa de golpe al ver a un tipo de unos cincuenta años con una nariz enorme.

—Vengo de modelo, ¿es aquí?

Mierda, iba a matar a Beverly. Sintió a Ryker tras ella y se volvió para mirarle. —Arréglalo.

—¿Yo? —preguntó divertido.

Le rogó con la mirada. —Por favor… —Miró al hombre de reojo antes de susurrar —No me vale.

Reprimió la risa. —Está bien, no te preocupes.

Emelie sonrió al hombre. —Buenos días.

—Un placer —dijo amablemente antes de que Ryker se acercara a él sacando la cartera del bolsillo trasero del vaquero.

Entró en el comedor y fulminó a Beverly con la mirada. —¿No habías visto fotos del modelo, bonita?

—Pues no. Un modelo es un modelo.

—Pues no me vale. —Se dejó caer en su sitio. —¡No es mi modelo!

—Entonces deberías elegirlo tú. Además, no creas que ha sido fácil. En los Hamptons no abundan los tíos que quieran despelotarse, ¿sabes? Tendrá que venir desde Nueva York.

Gruñó molesta y en ese momento entró Ryker. —¿Se ha cabreado?

—En absoluto, le he dicho que estabas muy ocupada con una obra que te tiene inmersa y le he pagado. Me ha contestado que puedes llamarle cuando quieras.

Suspiró del alivio. —Me lo tendré que inventar. —Entrecerró los ojos. —Un reto. —De repente sonrió ilusionada. —¡Un reto! —Se levantó de inmediato.

Ryker sonrió sirviéndose café.

—¿Cuánto le has pagado?

—Quinientos dólares, no ha dicho ni pío.

Todos rieron por lo bajo. —¿Crees que conseguirá lo que se propone? —preguntó Sam.

—Ni hablar, no salgo de su cabeza —dijo satisfecho antes de beber—. Ni saldré, pienso dejarme la piel en ello.

Beverly le miró horrorizada. —Pues prepárate, porque cuando en su trabajo algo no sale como le gusta, se le pone una mala leche que más vale salir corriendo. Pasa poco, pero cuando pasa…

—Tranquila, ya estoy yo aquí para calmarla.

Los golpes se oyeron en toda la casa y Ryker salió del despacho con el teléfono en la mano frunciendo el ceño. Cuando vio que el gato pasaba ante él huyendo suspiró. —Mark, te llamo luego —dijo antes de colgar y darle el teléfono a Marguerite estaba tras él reprimiendo la

risa.

—Ánimo machote.

Entró en el pasillo que llevaba al estudio y empujó la puerta para verla destrozando un lienzo contra la mesa de trabajo. Suspiró del alivio porque por los colores no era uno de la serie que estaba haciendo. Se cruzó de brazos observándola. Sudaba y todo del esfuerzo. Carraspeó y sorprendida levantó la vista hacia él con los pelos como una loca. Se sonrojó. —Me estaba desahogando. Stephanie dice que es bueno.

—Me parece muy bien. —Se acercó y rodeó la mesa que estaba golpeando. Cogió el bastidor destrozado antes de ponerlo en la mesa y estirar la tela que estaba rota. El rostro del hombre ni se veía entre tanto borrón y Ryker hizo una mueca. —¿No te decides?

—Muy gracioso.

—Nena, es muy habitual que los artistas tengan a alguien que les inspira. En tu caso soy yo y acepto el puesto encantado.

—¡Pero la que no está encantada soy yo!

La cogió por la cintura pegándola a él. —¿Seguro?

Ay madre, que le estaban subiendo unos calores… —Muy bien, uno rapidito que tengo trabajo.

Se la comió con los ojos acercando su cara a la suya. —Lo de rapidito ya lo vamos viendo.

Capítulo 13

Sentada ante el lienzo tres horas después totalmente desnuda dijo —No te muevas.

—Nena, es que esta postura es muy incómoda —dijo tumbado en el sofá de costado—. Se me clavan los muelles. Además, si me conoces de memoria.

Suspiró. —Esa forma que hace tu cintura en esa postura no la había visto nunca. Estate quieto, ahora tengo buena luz.

—El gato me está mirando.

—Es que a veces también se tumba ahí. Le estás quitando el sitio. —Blue subió al sofá y se enroscó ante sus partes pudendas.

Él carraspeó incómodo. —Nena… Esa zona es de lo más delicada.

—Tranquilo, que está de lo más relajado. Estáis más monos… —Dio otra pincelada. —Este lo colgaré en el salón.

—Ni de coña.

Soltó una risita.

—Emelie…

—¿Sí?

—Te das cuenta de que no hemos usado protección, ¿no?

—Ajá… —Dio otra pincelada.

—¿Y no te molesta?

—No, me gustaría tener un hijo.

Escuchó como se le cortaba el aliento. —¿Te gustaría?

—Sabes que puedo mantenerlo. —Le miró a los ojos. —¿Te inquieta?

—¿Tener un hijo contigo? —Ella asintió. —No, nena, no me inquieta en absoluto. A la que va a inquietar es a mi madre que espera boda. —Le miró asombrada antes de echarse a reír y él gruñó por lo bajo. —Artistas.

—¿No le vale con que seamos amigos?

—¿Amigos? No, no creo que le valga en absoluto —dijo por lo bajo. Se sentó en el sofá —. Y a mí tampoco.

—Pues de momento es lo que hay. Ahora se lleva mucho eso de ser folla amigos.

Se acercó y se colocó tras ella abrazándola por la cintura. Se quedó de piedra al ver su obra. No tenía nada que ver con la imagen del sofá. Él totalmente desnudo y de costado, con la pierna adelantada para que no se le viera nada indecente, tiraba de una cuerda con tal fuerza que todos sus músculos estaban en tensión. El viento movía sus cabellos como si estuviera luchando contra las inclemencias y los colores eran tan vívidos que parecía que se salía del cuadro. —¿A

dónde va esa cuerda?

Se encogió de hombros. —No sé… Ya lo averiguaremos. Todavía no lo he decidido. —Se volvió y sin pensar en ello le abrazó por la cintura pegando la mejilla en su pecho.

—¿Tiro de ti, nena? ¿Te presiono demasiado?

La enterneció su preocupación. —Estoy bien. Deja de buscar el otro lado de la moneda, ¿quieres?

La acarició sin dejar de mirar el cuadro. —Es increíble, nena. Estoy deseando verlo acabado.

Pero ese cuadro no lo acabó y dos días antes de Navidad seguía sin saber cuál era su reflejo. Ella se excusaba diciendo que tenía mucho trabajo pendiente y terminó la serie de los cuadros estilo Monet. Al verlos todos juntos apareció un jardín japonés tan hermoso que robaba el aliento. Estaba deseando que fuera la exposición para mostrarlos. Su hermano Luke ya les había dado la fecha, sería el cinco de enero. Justo después de las fiestas. Parecía que todo iba viento en popa, pero él no dejaba de darle vueltas a su situación, algo no iba bien, lo notaba. Algo no iba nada bien a pesar de las noches que compartían. Mirando por la ventana como Emelie paseaba para despejarse apretó los labios.

—¿Qué ocurre?

Se volvió hacia Marguerite que tras él se acariciaba el vientre. —¿Tienes ardores?

—No me cambies de tema. Pareces preocupado.

—El contrato con los alemanes no termina de firmarse.

—Tú no estás preocupado por eso, perderían el culo por firmar el contrato. Es un problema con los abogados que siempre están dando por saco, pero sabes de sobra que se arreglará. —Dio un paso hacia él. —¿Algo no va bien con Emelie?

Apretó los labios. —Sigue manteniendo las distancias.

—Pero si has avanzado mucho. No te agobies.

—Tengo la sensación de que no terminamos de avanzar.

—Si hasta quiere tener un hijo contigo. —Mirándole fijamente asintió. —Entiendo, no te ha dicho que te quiere. Crees que nunca conseguirás su amor.

—Hay veces…

—Dime.

—Hay veces que parece que me odia. Me mira como si quisiera saber lo que hay dentro de mí, como si estuviera dispuesta a defenderse.

—Está insegura. Necesita tiempo para darse cuenta de que no te vas a ir.

—Pero es que algún día tendré que irme, Marguerite. Y si quiere un futuro a mi lado, deberá trasladarse a la Toscana conmigo. —Marguerite apretó los labios. —Sí, ya sé que es un problema. Aquí ha creado su burbuja y se va a resistir con uñas y dientes.

—Aquí se siente segura. Por primera vez en su vida se siente segura. Quizás deberías plantearte que fueras tú quien se trasladara.

—¿Y los viñedos? ¿Y los negocios en Italia? ¿Y mi vida, mis amigos, mi familia allí?

Marguerite apretó los labios. —Esto es un encierro para ti, ¿no es cierto?

—Por Dios, estamos enclaustrados. No conoce ni a sus vecinos.

—Está sensible y no quiere conocer a nadie. Aquí se siente segura.

—Pues yo no puedo llevar esta vida. Necesito acción, lo sabes muy bien. Negocios, amistades, familia. Esos son mis pilares. Aquí he dejado mi vida en pausa.

—Pues vete.

Se volvió sorprendido para ver a Emelie en la puerta con Beverly detrás, que perdió la sonrisa poco a poco. —Vete, ¿qué te retiene?

—¡Joder nena, pues tú! ¡Tú me retienes!

—Estoy bien —dijo intentando disimular que no le importaba—. Vuelve a tu vida. Te he perdonado, no tienes por qué sacrificarte más.

Se volvió para irse y él juró por lo bajo antes de correr tras ella. —¡Emelie! —Se detuvo en las escaleras, pero no se volvió para mirarle. —Nena, tengo una vida fuera de aquí, debes comprenderlo. Podemos hacerte un estudio en la casa de la Toscana. Te encantará, ya verás y…

—No —dijo de manera tajante antes de seguir subiendo las escaleras—. Te veré en la exposición, que tengas un buen viaje.

Palideció viendo cómo se iba, dando por terminada su relación. Como si no fuera nada en su vida. Apretó los puños intentando contenerse, pero no fue capaz y subió las escaleras de dos en dos para seguirla. Al llegar a su puerta la abrió como una tromba y allí estaba ante la ventana mirando el jardín. —¿De veras me acabas de decir que me largue?

—Es lo que quieres —dijo fríamente.

—No nena, no es lo que quiero, ¡no sin ti!

—Yo no me voy a ninguna parte.

—Joder, ¿por qué?

Se volvió para mirarle fríamente a los ojos. —Porque no me fío de ti.

Se le cortó el aliento. Aunque siempre lo había sabido, que se lo dijera de esa manera le dio la respuesta a lo que fallaba en su relación. Nunca conseguiría que le perdonara, su padre le había fallado, la mujer en la que había confiado su trabajo también y él la había traicionado cuando más vulnerable estaba. Nunca le perdonaría, pero aun así tenía que preguntárselo. —Me has mentido, ¿no es cierto?

—¿A qué te refieres?

—No me has perdonado y nunca lo harás. Nunca lo olvidarás.

—¿Desde cuándo perdonar y olvidar son la cara de la misma moneda? No te equivoques. Puede que te haya perdonado, pero olvidar es otra historia. —Le señaló rabiosa. —¡En mi moneda no se traiciona! ¡No se hace daño ni se abandona! Confié en ti una vez, ¿por qué debería hacerlo de nuevo?

—Joder nena, porque te quiero.

Emelie palideció mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. —No es cierto —dijo con voz temblorosa.

Él se acercó y angustiado la cogió por los brazos. —¡Qué puedo hacer para que me creas! ¡Te quiero, te necesito! ¿Por qué crees que viviría aquí si no fuera por ti? Tenemos el mundo a

nuestros pies, dime que vendrás conmigo.

—No. —Una lágrima cayó por su mejilla. —No iré contigo, porque yo no te amo.

Pálido dio un paso atrás. —¿Qué has dicho?

—No te amo. Durante un tiempo no salías de mi cabeza, seguramente por todo lo que había ocurrido, pero ahora que hemos pasado tiempo juntos sé que no te amo y no lo haré nunca. Así que vete tranquilo.

—¡No me mientas! —gritó fuera de sí—. Los cuadros…

—Tenía que terminar la serie. Pero si ves el que he acabado esta mañana, verás que ya no estás. —Sonrió con tristeza. —Así que vete tranquilo.

Sin poder creérselo salió de la habitación. Bajó las escaleras corriendo encontrándose con Marguerite. —Jefe, ¿qué pasa? —Vio cómo iba hacia el estudio. Ella y Sam le siguieron corriendo y vieron cómo se acercaba a la pintura que estaba en el caballete. Un precioso atardecer nevado, pero ninguna de las dos contempló la obra, porque solo le miraban a él y el sufrimiento que traspasaba su rostro. —¿Ryker?

—No me quiere, ya no salgo. Ha dejado de pintarme.

Separó los labios de la impresión. —No puede ser.

Intentando controlarse volvió la vista hacia su ayudante. —Dile a Bill que nos vamos. Tú puedes quedarte con Sam, no te necesito.

—Pero…

Sam realmente impresionada por su dolor se tapó la boca con las manos mientras él salía del estudio. El portazo al salir de la casa lo escuchó todo el mundo. —Dios mío, ¿qué ha hecho Emelie? —preguntó Sam.

—Protegerse para cuando llegara este momento —dijo apenada antes de volverse para mirar la pintura. Sonrió con tristeza—. Es su peor obra y él ni se ha dado cuenta. Lo ha hecho a propósito para que se fuera.

—No se lo digas. —Se volvieron hacia ella que parecía asustada. —Deja que se vaya.

—¿Por qué?

—Stephanie me lo ha pedido, dice que es por nuestro bien.

—Dios mío, es una prueba. ¡Y se va a ir pensando que te da igual! ¡No puedes permitirlo!

—No es una prueba para él.

—No lo entiendo —dijo Sam—. ¿Es una prueba para ti?

—Tengo que averiguar qué siento realmente y no puedo hacerlo con él aquí. Tengo que averiguar si puedo volar hacia esa vida que Ryker quiere para nosotros. —Dio un paso hacia ellas mostrando la tensión en su rostro. —¿Crees que no sabía que en algún momento tendría que irse? Claro que lo sabía. Su familia, su trabajo, todo lo que le rodea, es importante para él, no deja de hablar de ello. Tengo que averiguar si tengo la fuerza para enfrentarme a ese futuro, pero tengo que averiguarlo sola.

—¿Y lo que él sufre en este momento? ¿Cómo puedes ser tan egoísta?

—Marguerite, por favor… —dijo Sam—. Tampoco es fácil para ella, ¿no lo ves?

—¡Es que no entiendo por qué le está haciendo esto! ¡Por qué se lo está haciendo a sí misma! —Se volvió hacia Emelie. —¿Crees que no te quiere de veras? ¿Sabes lo que sufrió

cuando te dejó la otra vez? ¡No había día que no pensara en ti, en lo que había hecho! ¡Incluso creyendo que habías jugado con él, no dejaba de torturarse por haberte abandonado! ¡Y ahora le haces esto! —La señaló con el dedo. —¡Le vas a perder!

—Stephanie dice…

—¡Déjate de tonterías! ¡Ella no ha estado aquí con él, tú sí! ¡Tú has compartido sus noches y sus días, sus risas, sus caricias! ¡Qué sabrá esa!

—Todo, lo sabe todo —dijo antes de volverse e irse.

A Marguerite se le cortó el aliento. —Dios mío…

—¿Qué pasa ahora? —preguntó su mujer.

—Hay algo que todavía no sabemos. Por eso está tan asustada, porque teme su reacción cuando se entere y tiene que averiguar si da el paso de contárselo. Si confía en él para decírselo.

—La prueba definitiva. Pues dejemos que sea cuando ella lo decida. El tiempo pondrá las cosas en su sitio. —La besó en la sien. —Vamos a despedirnos de Ryker. Conociéndole ya estará a punto de irse.

Viendo por la ventana de su despacho como el cuatro por cuatro se alejaba, sollozó y Stephanie sentada en la butaca susurró —Es lo mejor, te lo aseguro.

Asintió antes de volverse. —Lo sé.

—Tienes algo de tiempo hasta la exposición para aclarar tus ideas. Qué vas a hacer en el futuro y cómo quieres enfocarlo. Además, deberás decirle lo del bebé. Tenemos mucho trabajo por delante para que te enfrentes a ese momento. Siéntate Emelie. Empecemos.

Limpiándose las lágrimas fue hasta el sofá donde siempre se sentaba en sus sesiones.

—No te voy a preguntar cómo te sientes en este momento porque eso es evidente. Estoy muy satisfecha de que saques a la luz parte de tus sentimientos, eso es bueno para el alma, pero dime, ¿cómo te sientes por haberle mentido?

—Mal. —Se quedó mirando la alfombra. —No creo haber hecho bien.

—¿Por qué piensas eso? ¿Hubieras preferido dejarte llevar e irte a Italia con él?

Negó con la cabeza. —¿Por qué no?

—Porque no lo entenderá.

—Si te quiere de verdad sí que lo entenderá.

Levantó la vista hasta sus ojos. —¿Cómo le explicas a la persona que amas que intentaste matar a tu padre y que por eso murió tu madre? Va a pensar que estoy loca, que en realidad no me conoce, que… —Se llevó las manos a la cabeza sollozando de miedo por perderle para siempre. —Igual sí que estoy loca, igual no le merezco…

—¿Acaso no mereces ser feliz?

—¡No! —Se levantó furiosa y se abrazó a sí misma caminando de un lado a otro. —¡Maté a mi madre!

—No es cierto, intentaste salvarla que es muy distinto. La estaba pegando y reaccionaste. Eras una niña.

—¡La mató! ¡La mató por mi culpa!

—Eso es lo que te decía, ¿no? Que su muerte había sido culpa tuya. Eso demuestra que es un cabrón sin sentimientos, un cobarde que se exonera de todo cuando es el único responsable de lo que pasó ese día.

Sollozó de dolor tapándose el rostro con las manos.

—Eso es, cielo. Sácalo a la luz. Has llevado esa culpa en tu interior demasiado tiempo y ya es hora de que te liberes.

Capítulo 14

El chófer abrió la puerta y los focos la iluminaron de la que salía del coche. Con una tímida sonrisa saludó con la mano a sus seguidores que no dejaban de gritar su nombre y pasó entre los medios acompañada de Beverly.

—Por favor… —escuchó a lo lejos.

Se volvió para ver a una adolescente llamándola a gritos. —¡Por favor, Emelie una foto!

Caminando sobre sus tacones de quince centímetros se acercó con su vestido de terciopelo verde y sonrió a la chica. —¿Llevas mucho aquí? Uff, hace frío.

—Tres horas, pero ha merecido la pena.

Sonrió colocándose a su lado y apartó uno de sus marcados rizos tras la oreja para que sacara un selfi. —Gracias, gracias —dijo emocionada—. Me encanta tu obra.

—Me alegro muchísimo. —Se volvió e hizo un gesto a Beverly que se acercó de inmediato. —¿Vienes sola?

—No, con mi madre. —La mujer tras ella la saludó con la mano algo avergonzada.

—Que las dejen pasar.

La chica la miró asombrada. —¿Puedo?

—Pero es una fiesta privada —susurró Beverly.

—¿No querían que mi arte fuera contemplado por el mundo? Pues ella está deseando verlo. Que pasen.

Beverly miró a la chica mientras Emelie con seguridad se acercaba a un periodista que le pedía una entrevista. —Venid conmigo.

—¿De verdad podemos pasar?

—Eres una privilegiada, chica. Serás de las primeras en ver su última obra.

—Seguro que será impresionante.

—No lo sabes bien.

Beverly se acercó al hombre de seguridad con ellas. —Son las invitadas de Emelie Walters.

—¿No están en la lista?

—La lista se cambia. ¿O quieres que le diga a la artista principal de la muestra que rechazas a sus invitadas?

De inmediato les dio dos tarjetas para colgar del cuello y la chica chilló de la alegría.

Emelie se acercó. —¿Todo arreglado?

—Gracias, gracias… —dijo su madre—. No sabe lo que esto significa para ella. La adora, tiene fotos de sus pinturas por toda la habitación.

—Es importante fomentar el arte en los más jóvenes. —Miró a la chica. —¿Pintas?

—Sí.

—¿Algún día me harás la competencia y me harás llorar de la alegría al ver tus cuadros?

—¡Sí!

Se echó a reír. —Así me gusta. Pues entremos.

Caminando al lado de Beverly, que también estaba abrumada aunque intentaba disimularlo, susurró —¿Dónde está Marguerite?

—Ni idea.

—Mierda —dijo por lo bajo sin dejar de sonreír—. Como no esté todo preparado me muero y después la mato.

En ese momento sonó el teléfono de Beverly que lo cogió de inmediato. —Bien de acuerdo —dijo antes de colgar—. Está en el stand central asegurándose de que la cortina está bien colocada.

Suspiró del alivio. —Perfecto.

Alguien de la organización se acercó y la mujer vestida con un traje negro dijo —Por favor, vengan por aquí.

—Sí, por supuesto. Oh, ellas son mis invitadas.

—La puerta de invitados está ahí mismo. Disfruten del refrigerio.

—Gracias, gracias —dijo la chica antes de tirar de la mano de su madre—. Vamos mamá, me muero de hambre.

Las tres se echaron a reír viendo su excitación y Emelie miró a la mujer. —¿A dónde vamos?

—Los artistas estarán en otro salón hasta el inicio de la exposición. Tendrá tiempo para conocer a algunos que están deseando encontrársela. No dejan de preguntar por usted.

—Pues vamos allá. —Caminaron por una alfombra negra hasta una puerta y la mujer la abrió. —Enseguida empezará, no les haremos esperar mucho.

—Gracias. —Entró en aquella habitación y todos se la quedaron mirando.

—Es como ir desnuda en un sueño y que todos te miren —dijo Beverly.

Rio por lo bajo. —Y que lo digas.

Caminó hacia un hombre que parecía ansioso y alargó la mano. —Señor Carpenter es un honor conocerle. Sus acuarelas siempre me han cautivado.

—Oh, querida el honor es totalmente mío, se lo aseguro. Su trabajo me tiene totalmente fascinado. —Varios se fueron acercando para escuchar —¿Cómo consigue que la obra secundaria no sea visible a la vista?

—¿Práctica? —Varios se echaron a reír. —No, de veras, no sé muy bien cómo lo hago, simplemente la pinto oculta. Es difícil de explicar.

—Me encantaría verla trabajar. ¿Cuánto tarda en terminar un cuadro?

—Depende del tamaño del lienzo. Para los últimos dieciséis tardé tres semanas.

La miraron confundidos. —¿No son treinta cuadros?

—Exacto, esta composición la he hecho en dos periodos, y forman un total de treinta

lienzos. No todos los pinté en el mismo momento. Algunos son de hace meses y estaban guardados en mi desván, esperando que me decidiera a hacer el resto.

—Hola, nena… —Se le cortó el aliento y se volvió lentamente para ver a Ryker guapísimo de smoking. La miraba como si ansiara que no le rechazara, como si lo deseara más que nada en la vida y Emelie se emocionó sin poder evitarlo. Inseguro la besó en la mejilla. —¿Cómo estás? —susurró a su oído—. ¿Nerviosa?

—Increíblemente no lo estoy mucho. —Se apartó para mirar sus ojos. —Porque estás aquí.

No pudo disimular su sorpresa. —¿De veras?

Ella cogió su mano observándole, pero en su mirada no había ni un solo reproche, solo alivio y una felicidad inmensa que la emocionó todavía más. —De veras. Y quiero que sepas que pase lo que pase esta noche nunca te olvidaría.

—Nena, estoy aquí no va a pasar nada. Al fin estoy contigo y no volveremos a separarnos. Te quiero, preciosa. —Besó suavemente sus labios haciendo que varios susurraran a su alrededor, pero hicieron que no lo escuchaban. Le daba igual lo que pensaran, solo él importaba en ese momento. —No me puedo creer que esté pasando esto. Creí… Bueno, eso ya no importa. Ven, que te presento a mis padres.

¿Sus padres? Oh, Dios mío… Ligeramente sonrojada se dejó llevar hasta una pareja que no dejaba de observarles. Los reconoció de inmediato por las fotos que había sacado de internet para el retrato y por la sonrisa de oreja a oreja que tenía ella, sabía que ya se había ganado a la suegra. Lo que fue un alivio, la verdad, porque no tenía ni idea de lo que sabía de ella.

—Madre, ella es la artista que te ha inmortalizado, mi prometida Emelie Walters. Emelie, Rose Reingold.

—Bienvenida a la familia —dijo encantada—. Estaba deseando conocerte. Mi hijo no es de hablar mucho de su vida privada, pero cuando no fue al cumpleaños de su padre por ti, supe que serías la madre de mis nietos.

Se sonrojó. —¿El cumpleaños de su padre? No sabía…

—No tiene importancia, habrá muchos más. —El aludido se acercó cogiendo su mano y besándosela como todo un caballero. —Martin Reingold.

—Mucho gusto.

—El que tiene un gusto exquisito es mi hijo.

—Gracias padre. Madre, dile lo que te ha gustado tu retrato, se lo hemos dado en una comida con la familia y hasta ha llorado al verse.

—Querida, es maravilloso. Mi hijo dice que detrás de mi pintura está un retrato de mi marido. Mi otro yo. Es tan bonito…

—Me alegro mucho de que le guste.

En ese momento dos hombres parecidísimos a Ryker se acercaron y dejó caer la mandíbula del asombro. —¡Ya tengo modelos!

Estos se sonrojaron haciendo reír a Ryker. —Está bromeando.

Suspiraron del alivio mientras ella chasqueaba la lengua. —Como si no hubieran posado antes —dijo haciendo reír a sus padres.

La mujer de la organización apareció por otra puerta. —Vamos a empezar, por favor. Se

les irá llamando por orden de apertura de salas para que comenten las obras a la prensa.

—Tú serás la última, nena.

Le miró. —¿Lo has visto?

—Ya lo había visto, ¿recuerdas? Les vas a dejar con la boca abierta.

Sí, eso temía. Forzó una sonrisa y en ese momento pasó un camarero con una bandeja de copas de champán. —Brindemos —dijo su suegro cogiendo dos copas antes de darle una a ella. Ay, madre… Miró de reojo a Ryker que no podía estar más contento y eso la alegró. La quería de veras, ni un reproche ni una mala palabra, simplemente lo había aceptado para seguir adelante. Su suegro levantó la copa llamando su atención. —Por una noche que recordaremos siempre.

—Eso me temo —dijo por lo bajo.

—¡Salud! —Todos juntaron sus copas con alegría antes de beber, pero ella aunque acercó la copa a los labios se hizo la loca.

—¿No bebes? —preguntó su suegra—. Da mala suer… —Dejó caer la mandíbula del asombro. —¡No! —Se puso como un tomate mientras la mujer chillaba loca de contenta y su marido la miraba como si hubiera perdido un tornillo.

—Madre, ¿qué pasa? —preguntó Ryker.

Rose se quedó de piedra. —¿No se lo has dicho?

—No he tenido tiempo… —siseó antes de forzar una sonrisa hacia su prometido.

—La hostia —dijo su hermano pequeño antes de echarse a reír—. Este es el mejor momento de mi vida. —Le dio un codazo al otro. —Y no se entera.

—Cierra el pico, enano. —Luke se acercó a Ryker. —Espabila, se supone que eres el mayor y el más listo.

—Yo tampoco me entero —dijo Martin—. ¿Se puede saber qué pasa?

Entonces Marguerite acalorada llegó hasta ellos. —Ya estoy aquí. Es que esta barriga me molesta tanto que tardo el doble en hacerlo todo. —Un camarero se acercó con la bandeja. —¿No ve que estoy preñada? Tráigame un zumo.

—Enseguida.

Ryker abrió los ojos como platos haciendo reír a sus hermanos y sus padres sonrieron de oreja a oreja. —¿Qué pasa? —preguntó Marguerite.

Él cogió su copa y se las dio a sus hermanos que las cogieron de inmediato. La abrazó por la cintura y susurró —¿Vamos a tener un niño?

—Sí —dijo sin aliento sintiéndose maravillosamente a su lado.

—Te quiero, nena.

—Y yo a ti. He tardado en darme cuenta de que no soy nada sin ti. Eres mi reflejo, mi luz y mi alegría. La otra parte de mi moneda y ahora estoy convencida de que te necesitaré siempre. —Besó sus labios deseando sentirle y Ryker la pegó a él como si no quisiera separarse de ella jamás.

—¡Felicidades, chicos! —dijo Marguerite encantada mientras Ryker la elevaba—. ¿Chicos? Estamos en público. Vamos Ryker, suelta…

Todos se echaron a reír y Ryker la dejó en el suelo separando sus labios para mirarla a los

ojos. —¿Vendrás a Italia conmigo?

—Sí, si tú quieres.

—Por supuesto que quiero. Me muero por pasar el resto de mi vida a tu lado, sea donde sea.

Hasta a su vida renunciaría por ella y no se podía creer la suerte que tenía. —No será necesario que renuncies a tu mundo por mí, mi amor. Pero hablaremos de ello después.

Él asintió y le dio un beso en la sien antes de volverse hacia sus padres que estaban locos de contentos. Les felicitaron y se pusieron a hablar de la boda en la Toscana. En la que todos consideraban la casa familiar. —No, la boda será en los Hamptons —dijo Ryker cortándole el aliento—. Donde empezó todo.

—Qué bonito —dijo su madre muy emocionada.

Él la miró. —Cuando estemos en el país viviremos en los Hamptons.

—Gracias, cielo.

La organizadora se acercó. —Tienen que ir a presidir el acto. Por favor, ¿me acompañan?

—Sí, por supuesto —dijo Martin.

—Yo me quedo contigo.

—No, vete con ellos. Esto lo has organizado tú, los demás artistas merecen que estés allí.

—¿Seguro?

Asintió. —Ve, estaré bien.

—De acuerdo.

Marguerite vio cómo se alejaba y Emelie nerviosa se apretó las manos. —¿Estoy haciendo bien? ¿Y si se horroriza?

—No te arrepientas ahora, haces lo correcto.

Beverly se acercó. —Que gente más interesante. —Miró hacia la puerta donde los Reingold estaban a punto de salir. —El hermano de tu chico está como un tren. ¿Tendrá novia?

—No —dijo Marguerite—. Así que ataca, que solo tienes esta noche. Después se va a Dubái una temporada.

—Uy, ¿estoy mona?

—Por cómo te ha mirado el culo cuando has pasado a su lado, creo que estás pasable. —Ambas miraron a Emelie que empezaba a ponerse muy nerviosa. —Respira… Recuerda lo que te ha dicho Stephanie. Todos estos están aquí por ti, por ver lo maravillosas que son tus obras.

—Bueno están también por los otros —dijo Beverly por lo bajo.

—Qué va, esos son de relleno. Esta exposición es para ti.

Se le cortó el aliento. —¿Qué quieres decir?

Marguerite sonrió maliciosa. —Espera y verás.

Ahora sí que se puso nerviosa. —¡Un folleto, necesito un folleto!

—Ya, claro, que te lo voy a dar. —Miró a su alrededor. —Eh tú, ¿dónde está mi zumo? ¡Y otro para esta que está perdiendo azúcar de los nervios!

—Que mala leche se te está poniendo —dijo asombrada—. Con lo fina que eras.

—Ya verás cuando estés con este bombo, ya… Uff, que calor. ¡Qué bajen la calefacción!

Beverly empezó a abanicarla con el bolso de mano y preocupada por ella pidió una silla. En cuanto se bebió el zumo la vieron mejor y de repente dijeron —Emelie Walters.

Asombrada miró a la mujer. —¿Ya?

Esta sonrió. —Es su turno.

—Venga, mueve el culo.

—Pero…

—Uy, uy que esta se raja. —Beverly la empujó por la espalda. —Venga…

—¿Y si me dais unos segundos más? ¡Para hacer algo de yoga! ¡Stephanie dice que es buenísimo para relajarse!

—¡Tira!

Cuando llegaron a la mujer esta sonrió. —Respira hondo… —Ella lo hizo. —Perfecto. Eres Emelie Walters y esos que están ahí solo sienten admiración por ti, no debes temerles, solo disfrutar del momento. Porque es tu momento, Emelie. —Abrió la puerta. —Bienvenida a la otra cara de la moneda.

Intrigada dio un paso al frente y vio a un montón de gente en una sala rodeándola y que en el centro estaba su futura familia aplaudiendo como los demás. Abrumada miró a Marguerite que asintió. —Ha luchado mucho por esto, por mostrarte que tu obra alegra el alma, da esperanzas y que perdurará siempre.

Impresionada caminó hacia Ryker, pero de repente vio uno de sus cuadros en la pared. Uno de los primeros en la academia. Se quedó de piedra porque no había vuelto a verlo desde hacía años. Impresionada miró el cuadro que le seguía y vio los ojos de su madre sonriéndole. El marco que había al lado era un dibujo de un busto que había hecho cuando tenía doce años. Las paredes de esa sala estaban llenas de obras que ni recordaba haber dibujado. Ryker se acercó. —¿Lo ves, nena? Y esto solo es el principio.

—¿De dónde los has sacado?

—En casa de tu padre había una caja en el desván llena de cosas tuyas. El instituto, los archivos de la academia… He recopilado todo lo que he podido. —Cogió su mano y fue hasta la sala de al lado donde ya estaba su obra más madura antes de su secuestro, pero en esa ocasión al lado de cada cuadro había una fotografía con su otra cara, la que estaba oculta. Era un trabajo impresionante. —¿Te gusta? Sé que no te gusta mostrar tu otro yo, pero ya lo sabía todo el mundo, así que…

—No importa.

—¿De veras?

—De veras. —Él suspiró del alivio. —Forma parte de mi vida, como tú.

—¿Vamos a la otra sala?

—Lo estoy deseando.

Observaron sus cuadros durante el secuestro mientras eran escudriñados cada uno de sus gestos por todos los asistentes. —¿Cómo los has conseguido? Muchos los había vendido.

—Sus nuevos dueños no querían perderse esto. Todos han sido muy amables en cederlos para la exposición.

Entonces entraron en otra sala y se quedó sin aliento al ver la escultura de la cabeza. —La ha terminado.

Sam que apareció de la nada sonrió. —¿Te gusta?

—¡Es maravillosa! —dijo entusiasmada acercándose al gran bloque de mármol—. Increíble, exactamente como la había imaginado. —Miró hacia arriba para ver el raíl que transportaba los sueños y las ideas que se iban elevando mientras rodeaban la cabeza hasta desaparecer… —Es perfecta.

—Gracias —dijo Sam encantada mientras el público que entraba en la sala empezaba a aplaudir.

Emelie la rodeó fascinada porque estaba tan bien hecha que no se notaba ninguna de sus cinceladas. Vio que el raíl estaba sujeto a la cabeza por pequeños hierros que casi ni se apreciaban y que los sueños iban subiendo sujetos al raíl de la misma manera. —Nena, es hora de descubrir tu obra final.

Se volvió hacia Ryker. —Ha quedado increíble, ¿no crees?

—Haré que la coloquen en el jardín de la Toscana.

Emocionada cogió su brazo. —Gracias.

Se volvieron hacia la enorme pared que estaba cubierta por una cortina y la maestra de ceremonias dijo al micro —Y aquí la tenemos señoras y señores, su último gran trabajo. Una obra que conmoverá a futuras generaciones. Les presento…

Ella apretó su brazo y Ryker la miró. Emocionada susurró —Te amo.

—¡Mi otra cara de la moneda!

La cortina se dividió deslizándose a ambos lados descubriendo su alma. No había caras ocultas en su pintura. Todos sus sueños, sus inquietudes y sus temores salían reflejadas en las treinta pinturas. Ryker impresionado dio un paso al frente y ella soltó su brazo mientras él contemplaba su dolor con el cuchillo en la mano siendo aún una niña. La escena de la muerte de su madre, como se veía sola en aquella habitación rodeada de cuadros. Su sufrimiento, sus miedos y como la pintura se volvía bella, alegre. Los ojos de Ryker cuando le conoció diciéndole que todo estaba bien, su sonrisa, como llenaba su vida, como las lágrimas se convertían en risas, en amor a pesar del miedo. Cuando llegó al último cuadro allí estaba ella con las manos desnudas rogándole que no la dejara, que no la abandonara después de descubrir realmente como era. Ryker se volvió con los ojos empañados en lágrimas y emocionada alargó las manos que él cogió de inmediato antes de abrazarla con fuerza. —Estoy aquí, cielo, y nunca más volveré a dejarte.

—Siento haberte alejado, haberte hecho daño.

—Shusss…

—Tenía que saber si podía seguirte, tenía miedo a defraudarte si te enterabas y …

Los aplausos fueron atronadores y él susurró a su oído —Nunca me defraudas preciosa, soy yo quien te ha fallado a ti.

—No cielo, yo… —Vio que uno de los carriles vibraba con fuerza y se dio cuenta de que había allí tanta gente que se estaban apoyando en la escultura. —¿Ryker?

Él miró hacia arriba. —¿Qué coño? ¡La están moviendo! —Ryker se alejó. —¡Haced que se aparten de la escultura!

En ese momento un carril se desprendió y al ver a Marguerite justo debajo le dio un empujón antes de que la enorme pieza cayera sobre ella. Se escucharon gritos y Ryker se volvió hacia la escultura mientras varios se apartaban para mostrar a Emelie tirada en el suelo boca

abajo con el carril aprisionando su cuerpo. Su cabeza sangraba tanto que su cara no se veía y sintiendo que el terror le invadía gritó —¡Emelie! —A toda prisa se acercó y sus hermanos agarraron la pesada estructura para quitársela de encima. Entre varios la quitaron y él se arrodilló a su lado. —¿Nena?

Su mano se movió buscando la suya y él la agarró de inmediato. —Estoy aquí preciosa, todo va a ir bien.

—Me duele la cabeza —susurró.

Él impotente se agachó cerca de su rostro. —No te muevas, todo irá bien. —Apretó su mano. —Enseguida te ayudan.

—Me hubiera gustado…

—¿Qué, mi vida?

—Haber estado más tiempo contigo.

Angustiado besó su mano. —Y lo estaremos.

Ella sollozó. —No podía tener tanta suerte…

—¿Emelie? —Asustado porque ya no hablaba gritó —¡Emelie!

Intentó tocarla, pero sus hermanos se le echaron encima para apartarle. —¡Dejadme! ¡Me necesita!

Abrazando a Sam que estaba en shock, Marguerite sollozó sin poder dejar de observar el dolor desgarrado de Ryker y como fuera de sí intentaba acercarse a ella. Aquello no podía estar pasando.

Ryker ante el cuadro se vio a sí mismo tirando de una cuerda, pero debajo de esa pintura la cuerda terminaba enlazando un corazón frágil, resquebrajado en varios sitios pero que aun así resistía.

—¿Jefe? —preguntó Bill.

—Que lo embalen, lo colgaré en mi habitación de la Toscana.

—Entendido jefe. ¿Y los otros?

Miró hacia los cuadros de la serie que Emelie no había llegado a mostrar. Apretó los labios. —Que los lleven al depósito del desván. Bien embalados y protegidos. No quiero que les pase absolutamente nada.

—Entendido, jefe. Por si acaso encargaré que el servicio haga una revisión del techo que da al tejado y deberá hacerse cada día por si en algún momento aparece alguna gotera.

—Gracias, amigo.

Se volvió para salir del estudio, pero algo llamó su atención. Bajo la paleta llena de pintura reseca había un libro abierto por la mitad. Levantó la paleta para ver las fotos de su madre. Era un álbum, el que él había dejado bajo el árbol en las navidades que no había pasado con ella. Cómo se arrepentía de no haber estado a su lado. Dejó la paleta sobre la mesa y pasó la hoja para verlas sentadas en la cama, abrazadas la una a la otra mientras reían mirando a la cámara. Pasó la hoja para verla de muy pequeña, debía tener unos tres años y sentada en el suelo abría la caja de una muñeca. Sus ojos mostraban una ilusión enternecedora. Eso le hizo pensar en

su hijo y en cómo le gustaría ver ese brillo en sus ojos, pero sobre todo hacer que ese brillo no se le borrara nunca.

Unos brazos rodearon su cintura y sonrió acariciándolos antes de volverse. El rostro de Emelie mostraba la cicatriz en su sien. Su cabello corto, su delgadez y su fragilidad decían a gritos cuánto había sufrido en los últimos meses para recuperarse. Había sido duro, pero lo había conseguido. Lo habían conseguido y era hora de iniciar una nueva vida. —¿Sabes que eras preciosa?

Ella sonrió. —¿Eso significa que ya no lo soy?

—Ahora eres arrebatadora. —Besó suavemente sus labios antes de soltarla para mirarla como si quisiera asegurarse de que estaba bien. —¿Te duele la cabeza?

—Cielo, estoy bien. Ya oíste al neurólogo, la fractura se ha curado totalmente. —Miró hacia el álbum y sonrió con tristeza.

—¿Qué quieres hacer con él?

Pasó la hoja para ver a su madre en bikini en la playa poniendo la mano delante del objetivo como si no quisiera sacarse la foto. —Que se quede aquí.

—¿Estás segura?

—Es el pasado, por mucho que duela hay que dejarlo atrás. Además, estará aquí y volveremos.

En sus ojos vio que estaba algo asustada por el cambio. —Claro que sí, nena. —Se puso tras ella, la cogió por la cintura y acarició su barriga de seis meses. —Volveremos antes de que te des cuenta.

—Nacerá en la Toscana.

—Y tendrá una vida increíble, de eso nos encargaremos nosotros. —Besó su sien. —La nuestra también será maravillosa, ya verás.

—Lo sé… —Se pegó a él y apoyó la cabeza en su pecho antes de suspirar mirando su estudio. —Echaré de menos esta casa. Mis horas pintando, los largos paseos por la playa…

—Después del parto y de que te recuperes, volveremos para la boda como hemos hablado. Y nos quedaremos una temporada, te lo prometo. —Caminó llevándosela con él hacia la puerta y Emelie rio. —Vamos allá.

—Oh, mis bocetos.

—Harás bocetos nuevos.

—Beverly…

—Ya estará en el coche. Y también estará Blue sedado para el viaje para que no se entere de nada con Violet a su lado.

—¿Te he dado las gracias por tu regalo de Navidad?

—Nena, era un regalo para el gato no para ti.

—Cierto, para mí era el álbum y la maravillosa decoración que preparaste…

—No preciosa, tenía previsto regalarte otra cosa —dijo llegando al hall.

—¿Sí? —preguntó sorprendida—. ¿El qué?

—Llevo meses esperando a que lo preguntaras.

La volvió y ante ella tenía un precioso anillo de diamantes en forma de flor y en el centro

había un puntito de oro. Era precioso, pero algo le hizo mirar el punto de oro. —¿Qué es eso? ¿Hay algo grabado?

Se echó a reír antes de sacar algo del bolsillo de la chaqueta. —Aquí tienes una lupa, sabía que la ibas a necesitar.

Asombrada la cogió y la acercó al anillo para ver una moneda, una moneda minúscula con sus caras.

Él rio por la sorpresa en su rostro. —Me dio la idea una diminuta moneda suiza, es conmemorativa, de Albert Einstein. Me dije que nosotros también merecemos nuestra propia moneda.

Emocionada elevó la mirada hasta sus ojos. —E ibas a dármelo en Navidad…

—Te quiero, nena. Y lo supe desde el principio, aunque mi orgullo aquella noche lo fastidió todo. Pero nunca dejé de pensar en ti.

—Ni yo en ti, mi amor. —Alargó la mano y él le puso el anillo en el dedo. —Es precioso, me encanta. —Besó sus labios. —Perfecto para mí, perfecto para nosotros. —Se miró la mano. —¿Qué hay en la otra cara de la moneda?

—La felicidad.

Epílogo

Se echó a reír viendo como Marguerite intentaba que el niño saliera de la piscina mientras la suya en su cuquito bajo la sombrilla les miraba con los ojos como platos y los gatos salían espantados por los gritos que pegaba la francesa intentando evitar que el niño le tomara más el pelo.

Sam salió del garaje con el cincel en la mano y gritó —¡Pierre, como no le hagas caso a tu madre, te castigo sin dibujar!

—¡No mami!

—¡Al baño!

Marguerite cogió en brazos a su hijo de cuatro años y salió de la piscina infantil echando pestes. —Y que tú repitas…

—Si son para comérselos. —Cogió a Ryker en brazos y le guiñó un ojo a su hijo mayor. —¿Verdad que sí, cielo?

—Sí, mami —dijo obediente.

—¿Ves?

—¿Cómo lo haces?

—Mi hombre les pone las pilas. —Le hizo un gesto a la niñera para que cogiera a la niña y entraron en la casa. —Hablando del rey de Roma —dijo viendo como entraba en la casa después de ir a la oficina.

—Hola nena. —Se acercó y le dio un beso en los labios antes de coger al niño en brazos. —No cojas pesos, luego te duele la espalda.

—Bah, estoy bien. ¿Qué tal en el viñedo?

—Este año doblaremos la producción.

—Eso es genial, cielo.

—¿Cómo está mi niño? —Le besó en el cuello haciéndole reír antes de agacharse ante su pequeña. —Hola preciosa. —Le acarició la mejilla. —¿Me has echado de menos?

—Cariño… —Él levantó la vista hacia ella. —Tengo una noticia maravillosa.

Dejó al niño en el suelo y se incorporó teniendo toda su atención. —¿Qué pasa, nena? ¿Has vendido toda la serie?

—Sí, pero no es eso. —Cogió su mano y sonrió radiante. —Son gemelos.

Se echó a reír. —¿Qué?

—Sí, estáis sembrados —dijo Marguerite—. A este paso tendréis veinte.

Él riendo abrazó a su esposa. —Pues sería genial.

—¿Te alegras?

—Claro que sí, nena. —La miró a los ojos. —No podría ser más feliz.

Sam llegó en ese momento y se tensó como cada vez que veía a Ryker, seguramente porque no soportaba la culpa de lo que había ocurrido con su escultura. Su marido la miró sobre su hombro y perdió parte de su sonrisa. —Felicidades —dijo Sam incómoda.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—Sí, claro.

—¿Vamos al despacho?

Marguerite preocupada miró a Emelie que no sabía lo que ocurría y les siguieron hasta el despacho, pero su marido cerró la puerta antes de que pudieran entrar. —Pues a pegar la oreja —dijo Marguerite pegando la mejilla. Ella no se cortó e hizo lo mismo.

En ese momento Beverly salió del salón con una doncella, diciéndole que tenía que limpiar mejor los cristales cuando las vio allí pegadas. Le hizo un gesto a la doncella para que se fuera y se acercó a sus amigas. —¿Qué pasa?

—Shusss… No me entero de nada —dijo Marguerite.

—¿De verdad? —preguntó Sam levantando la voz—. ¡Serán hijos de puta!

Emelie no lo soportó más y abrió la puerta. —¿Qué pasa?

Sam con los ojos llenos de lágrimas dijo —No fue culpa mía.

—¿No fue culpa tuya el qué?

—Que se cayera el carril. Los de la grúa que colocaron la estructura la agarraron por el raíl. ¡Lo acaba de confesar a la prensa un trabajador de la exposición!

Emelie sonrió. —¿Ves como no tenías la culpa? —Se acercó para abrazarla y Sam se echó a llorar sobre su hombro. —Todo está bien, yo estoy bien y tu trabajo no tuvo la culpa.

Sam se apartó asintiendo y miró a Ryker —Gracias por decírmelo. Sabía que con lo que pesaba esa cabeza, que se apoyaran en ella no había tenido nada que ver. Además, me colgué yo misma de los soportes del raíl para asegurarme de que aguantarían. La dañaron con la grúa y se mantuvieron callados.

—La reverberación del sonido al aplaudir y el material defectuoso por el transporte provocaron el accidente. Para limpiar tu nombre he interpuesto una denuncia contra los transportistas.

—Gracias, gracias… —Fue hasta su mujer y la abrazó. —Se ha acabado.

—Sí, mi amor. Ya puedes estar tranquila —dijo llorando por todo lo que su esposa se había echado la culpa. Les había costado muchísimo que volviera a esculpir y a pesar de haberla apoyado totalmente, durante esos cuatro años había sufrido muchísimo.

Vieron cómo se alejaban y Beverly sonrió cerrando la puerta a toda prisa. Emelie se cruzó de brazos mirando a su marido. —¿Qué has hecho?

—¿Yo? Nada nena, te lo aseguro. Solo he hecho que Bill husmeara un poco. Cuatro años ha costado dar con ese testimonio, pero lo hemos conseguido.

Por ese tipo de cosas le quería más cada día. —¿Y está dispuesto a declarar?

—Al final no habrá juicio, nena. No dejaré que esto se convierta en un circo que te afecte. Les he presionado con la mala publicidad, con iniciar acciones legales que pueden durar años y que perjudicarán su empresa. A cambio de que les deje en paz, van a publicar una carta de

disculpa hacia Sam y hacia ti, asumiendo la responsabilidad de lo que ocurrió. Dirán que el transporte fue inadecuado y que dañaron la obra. Le darán a Sam tres millones de indemnización y a ti te darán cinco por las lesiones causadas. Asunto cerrado. Al fin podrá volver a su vida sin más auto recriminaciones.

—Genial —dijo Beverly—. Es una pena que ese tipo no hubiera aparecido antes.

Emelie suspiró. —Sí que es una pena, ha sufrido mucho por esto.

—Quien más ha sufrido has sido tú, nena. Tú pagaste las consecuencias. —Él apretó los labios. —Joder, me siento culpable. Algo dentro de mí…

—¿Quería que Sam pagara su error? Cariño, aunque hubiera cometido ese error no lo habría hecho a propósito.

—Lo sé, y te juro que he intentado que lo que ocurrió no nos afectara, que viviéramos como si nada hubiera pasado, como tú querías. Ambos simulábamos que no había ocurrido nada y listo. Pero realmente el perdón no llegó hasta esta mañana cuando la vi mirándote a través de la ventana. Tú reías con Ryker en brazos y al ver su tristeza… Era como si estuviera sufriendo por haber estado a punto de robarte ese momento. Me sentí un miserable y cuando llego al despacho recibo esa llamada que lo cambia todo. ¿No es una locura?

—La vida es así, está llena de sorpresas y a veces no son agradables. —Se acercó y le abrazó por la cintura. —Pero juntos lo superaremos todo.

Beverly abrió la puerta. —Voy a ver si la niñera ha empezado a bañar a los peques.

Cuando les dejó a solas ella acarició su mejilla. —No tengas remordimientos por quererme y odiar que sufra algún daño. Has sido lo más amable que has podido con Sam durante estos años, te he visto, ¿sabes? Puede que sintieras algo de rencor, pero por mí, por hacerme feliz, has sabido convivir con ella a pesar de lo que creías. Eres increíble.

—Tú sí que lo eres. —Se sentó y la puso encima de él. —Gemelos.

—Sorpresa, sorpresa…

—¿Y serán niños o niñas?

—Eso todavía no lo sé, no se veía bien.

—Otra sorpresa. Mis padres se van a poner como locos. Por cierto, vienen en el fin de semana con los chicos. —Se acercó a su oído y susurró —Se lo va a pedir.

Le miró sorprendida. —¿Luke le va a pedir matrimonio a Beverly?

Él sonrió. —No arruines la sorpresa.

No podía ser más feliz y le abrazó por el cuello. —Te quiero.

—¿Te gusta la vida que hemos creado juntos?

—Es maravillosa y ser tu esposa es lo mejor que podía haberme pasado en la vida.

—¿Volverías a casarte?

—Una y mil veces.

—¿Dejarás de pintarme?

—Jamás mi amor, eso no pasará. —Besó sus labios y susurró contra ellos —Como jamás dejaré de amarte.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)
7- La consentida de la reina (Serie época)
8- Inseguro amor (Serie oficina)
9- Hasta mi último aliento
10- Demándame si puedes
11- Condenada por tu amor (Serie época)
12- El amor no se compra
13- Peligroso amor
14- Una bala al corazón
15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
16- Te casarás conmigo
17- Huir del amor (Serie oficina)
18- Insufrible amor
19- A tu lado puedo ser feliz
20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
21- No me amas como quiero (Serie época)
22- Amor por destino (Serie Texas)
23- Para siempre, mi amor.
24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
25- Mi mariposa (Fantasía)
26- Esa no soy yo
27- Confía en el amor
28- Te odiaré toda la vida
29- Juramento de amor (Serie época)
30- Otra vida contigo
31- Dejaré de esconderme
32- La culpa es tuya
33- Mi torturador (Serie oficina)
34- Me faltabas tú
35- Negociemos (Serie oficina)
36- El heredero (Serie época)
37- Un amor que sorprende
38- La caza (Fantasía)
39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
40- No busco marido
41- Diseña mi amor
42- Tú eres mi estrella
43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
45- ¿Nunca? Jamás
46- Busca la felicidad
47- Cuéntame más (Serie Australia)
48- La joya del Yukón
49- Confía en mí (Serie época)
50- Mi matrioska
51- Nadie nos separará jamás
52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
53- Mi acosadora
54- La portavoz
55- Mi refugio
56- Todo por la familia
57- Te avergüenzas de mí
58- Te necesito en mi vida (Serie época)
59- ¿Qué haría sin ti?
60- Sólo mía
61- Madre de mentira
62- Entrega certificada
63- Tú me haces feliz (Serie época)
64- Lo nuestro es único
65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
67- Por una mentira
68- Vuelve
69- La Reina de mi corazón
70- No soy de nadie (Serie escocesa)
71- Estaré ahí
72- Dime que me perdonas
73- Me das la felicidad
74- Firma aquí
75- Vilox II (Fantasía)
76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
77- Una noticia estupenda.
78- Lucharé por los dos.
79- Lady Johanna. (Serie Época)
80- Podrías hacerlo mejor.
81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
82- Todo por ti.
83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
84- Sin mentiras
85- No más secretos (Serie fantasía)
86- El hombre perfecto
87- Mi sombra (Serie medieval)
88- Vuelves loco mi corazón
89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo
91- Lady Corianne (Serie época)
92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
93- Róbame el corazón
94- Lo sé, mi amor
95- Barreras del pasado
96- Cada día más
97- Miedo a perderte
98- No te merezco (Serie época)
99- Protégeme (Serie oficina)
100- No puedo fiarme de ti.
101- Las pruebas del amor
102- Vilox III (Fantasía)
103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
104- Retráctate (Serie Texas)
105- Por orgullo
106- Lady Emily (Serie época)
107- A sus órdenes
108- Un buen negocio (Serie oficina)
109- Mi alfa (Serie Fantasía)
110- Lecciones del amor (Serie Texas)
111- Yo lo quiero todo
112- La elegida (Fantasía medieval)
113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
114- Con solo una mirada (Serie época)
115- La aventura de mi vida
116- Tú eres mi sueño
117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
119- Sólo con estar a mi lado
120- Tienes que entenderlo
121- No puedo pedir más (Serie oficina)
122- Desterrada (Serie vikingos)
123- Tu corazón te lo dirá
124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
126- Dragón Dorado (Serie época)
127- No cambies por mí, amor
128- Ódiame mañana
129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
131- No quiero amarte (Serie época)
132- El juego del amor.
133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.
137- Eres parte de mí (Serie oficina)
138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
139- Renunciaré a ti.
140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
143- Lady Elyse (Serie época)
144- Nada me importa más que tú.
145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
148- ¿Cómo te atreves a volver?
149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
152- Tú no eres para mí
153- Lo supe en cuanto le vi
154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
157- Me has dado la vida
158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
163- La vida que siempre he soñado
164- Aprenderás, mi amor
165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
168- Sólo he sido feliz a tu lado
169- Mi protector
170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
171- Algún día me amarás (Serie época)
172- Sé que será para siempre
173- Hambrienta de amor
174- No me apartes de ti (Serie oficina)
175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
176- Nada está bien si no estamos juntos
177- Siempre tuyo (Serie Australia)
178- El acuerdo (Serie oficina)
179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
180- No quiero olvidarte
181- Es una pena que me odies

182- Si estás a mi lado (Serie época)
183- Novia Bansley I (Serie Texas)
184- Novia Bansley II (Serie Texas)
185- Novia Bansley III (Serie Texas)
186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
189- Lo que fuera por ti 2
190- ¿Te he fallado alguna vez?
191- Él llena mi corazón
192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)
193- No puedes ser real (Serie Texas)
194- Cómplices (Serie oficina)
195- Cómplices 2
196- Sólo pido una oportunidad
197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
199- Un baile especial
200- Un baile especial 2
201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)
202- Lo siento, preciosa (Serie época)
203- Tus ojos no mienten
204- Estoy aquí, mi amor (Serie oficina)
205- Sueño con un beso
206- Valiosa para mí (Serie Fantasía)
207- Valiosa para mí 2 (Serie Fantasía)
208- Valiosa para mí 3 (Serie Fantasía)
209- Vivo para ti 2 (Serie Vikingos)
210- No soy lo que esperabas
211- Eres única (Serie oficina)
212- Lo que sea por hacerte feliz (Serie Australia)
213- Siempre estás en mi corazón (Serie Texas)
214- Lo siento, preciosa 2 (Serie época)
215- La intensidad de lo que siento por ti
216- Lucha por lo que amas (Serie Australia)
217- Ganaré tu corazón (Serie Vikingos)
218- Mi otra cara de la moneda

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3

4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.